

LAS GEOGRAFIAS LITERARIAS. EL PAIS VASCO

J. Ramón Prieto Lasa

Cuadernos de Sección. Hizkuntza eta Literatura 13 (1995) p. 43-175
ISSN: 0212-3223
Donostia: Eusko Ikaskuntza

Lan honetan literatur produkzioaren eta geografi eremuaren arteko harremanen azterketarako hurbilketa bat planteatzen da, ikuspegi desberdinetatik. Aukeratu den eremua Pirinioetako hegoaldeko euskal lurraldeek osatua da, lau sailetan banatuak: kostaldea, Kantauri aldeko haranak, mendialdeak eta eskualde lauak. Literatur ihardueratik sorturiko materialak funtsean XVIII. eta XIX. mendeetan biltzen dira eta ala bateko zein besteko zirkunstantziak direla eta, Euskal Herriarekin lokarriak dituzten idazleei buruzko informazioetatik datoz, bai eta zerturiko eskualdeetako moldaera fisiko edo kulturei dagozkien testigantzetatik.

El presente trabajo se plantea realizar una aproximación, desde diferentes perspectivas, al estudio de las relaciones (producción literaria/ámbito geográfico). El espacio elegido está constituido por los territorios vascos del sur de los Pirineos, organizados en cuatro apartados: la costa, los valles cantábricos, las zonas montañosas y las zonas llanas. Los materiales derivados de la actividad literaria básicamente se centran en los siglos XVIII y XIX y proceden de informaciones sobre escritores vinculados al País por diferentes circunstancias y de testimonios alusivos a la configuración física o cultural de las zonas estudiadas.

This work is an approach to the study of the relationship between literary production and geographical ambit from different perspectives. The chosen area comprises the Basque territories to the South of the Pyrenees, and is broken down into four sections: the coast, the Cantabrian valleys, the mountainous areas and the plains. The material deriving from literary activity basically concentrates on the 18th and 19th centuries and comes from information about authors connected to the Country by different circumstances, and from testimonies regarding the physical or cultural layout of the areas studied.

CONCEPTO Y METODOLOGIA

A grandes rasgos, puede afirmarse que el objetivo que persiguen las **geografías literarias** es poner de manifiesto las relaciones existentes entre algunos de los factores que intervienen en la comunicación literaria (emisor, mensaje, referente, etc.) y su situación espacial. La idea maestra que les confiere su originalidad reside esencialmente en el hecho de estar concebidas con el propósito de operar un acercamiento entre ambas realidades, para servir de base a distintas aplicaciones.

La literatura hace referencia a múltiples aspectos que, en principio y por lo general, le son «ajenos»: así, especialmente desde la segunda mitad del siglo XIX, se han estudiado las conexiones entre los testimonios literarios y su situación histórica, económica, social, ideológica, cultural, artística, etc. También a la inversa: muchos de esos testimonios han constituido fuentes de gran interés para el conocimiento de fenómenos históricos, sociales, culturales, etc. Si aplicamos estas observaciones al ámbito de la Geografía, obtenemos conclusiones equivalentes: por un lado, la literatura se ha hecho, y se hace, eco de diversas realidades geográficas, que pueden ser «conocidas» desde una perspectiva literaria; por otro, las geografías literarias tratan de señalar el mayor o menor impacto que la literatura ha podido ejercer en determinados espacios físicos.

En consecuencia, las informaciones relativas a regiones, zonas, localidades y lugares pertenecientes al objeto de estudio sólo son pertinentes en función de dicha interrelación, que descansa sobre el conjunto de factores que inciden «literariamente» en el espacio elegido. La metodología a seguir se basa, inicialmente, en dos directrices fundamentales:

1. Por lo que se refiere a la repercusión que la literatura ha tenido en el ámbito de estudio, hay que tener en cuenta:

—Los escritores nacidos en él.

—Los visitantes y residentes.

—Los elementos configuradores del espacio urbano con proyección cultural y literaria (ateneos, academias, teatros, etc.), así como monumentos y otros testimonios de carácter artístico alusivos a la historia literaria.

—Las creencias populares originadas en la transmisión por vía oral de determinados mitos o narraciones legendarias, etc.

Como fuente de información de primer orden para algunos de estos aspectos contamos con las biografías de los escritores nacidos en la zona y de los que, procedentes del exterior, hayan tenido algún tipo de relación con ella. Igualmente, son de gran utilidad, además de los estudios dedicados a este fin, los repertorios bibliográficos y diccionarios históricos, geográ-

ficos, literarios, etc., por recoger abundante información, aunque no siempre fiable, en el mismo sentido.

A partir de diversos trabajos de alcance parcial, se han podido ofrecer **geografías o guías literarias** que abarcan la totalidad de un territorio extenso, estado o nación¹.

2. Los distintos niveles de proyección que el espacio físico ha podido tener en la creación literaria están representados sobre todo por:

—Los testimonios que, total o parcialmente, se localizan en él.

—Los fragmentos alusivos a sus perfiles físicos, económicos, etc.

—La creación de personajes literarios a partir de individuos concretos o de tipos humanos característicos del entorno, etc.

Los escasos trabajos realizados en España sobre el tema que nos ocupa suelen limitarse a estos aspectos².

En este terreno interesan las alusiones procedentes de la literatura tradicional y de obras de autores nativos, viajeros y visitantes. Los nativos suelen proporcionar informaciones que recrean, positiva o negativamente, la realidad: influidos por su simpatía o antipatía hacia determinados aspectos de la misma, su visión es, por lo general, más «subjetiva» que la de los viajeros. Estos, al establecer una relación más breve —y, en muchas ocasiones, única— con el espacio, suelen aportar materiales de carácter más referencial, pero muy valiosos por su «espontaneidad». Además, al ser más superficial su conocimiento del ámbito, con frecuencia llaman la atención sobre motivos que les sorprenden y que pueden pasar inadvertidos para un nativo, acostumbrado a ellos.

Dichos testimonios literarios suelen referirse a realizaciones de orden paisajístico, artístico, etc., de manera muchas veces parcial; por ello, en ocasiones es necesario completar la información que proporcionan, acudiendo a otras fuentes, para obtener una visión más rica o totalizadora. En cuanto a su extensión, van desde la escueta inclusión de un topónimo hasta el desarrollo de un argumento en un único espacio. Tanto en un caso como en otro, deberá tenerse en cuenta el valor de su presencia y la medida en que sirve a los propósitos del estudio.

Especialmente en el siglo XIX y buena parte del XX, algunos narradores se han inspirado en rasgos de ciertos ámbitos geográficos para localizar en ellos algunos de sus relatos, pero, por diversas circunstancias —artísticas, sociales...—, no han hecho coincidir el topónimo literario con el geográfico. Es el caso, por ejemplo, de *Vetusta*, en Clarín, o de *Lúzaro*,

(1) Vid. Guide, citada en la Bibliografía. En las notas se cita la primera palabra que aparece en la Bibliografía (primer apellido del autor o primer sustantivo o sustantivable del título de obras anónimas o colectivas). En las referencias a autores de los que sólo se utiliza una obra, figura a continuación el número de página; en los demás casos se intercala entre ambos datos el primer sustantivo o sustantivable del título de la obra elegida. Si se trata de varios volúmenes, tras el título figura el número del volumen, y después el de la página. Cuando este sistema pueda inducir a error (por tener dos autores el mismo apellido, etc.) o resultar incompleto, se proporcionan los datos necesarios para evitar confusiones.

Se emplean las abreviaturas ordinarias: Bibl. = Bibliografía, Dic. = Diccionario, Lit. = Literatura, etc.

Hay localidades que utilizan exclusivamente y con carácter oficial su nombre en euskera. Sin embargo, el empleo de distintas denominaciones para referirse al mismo lugar puede provocar equivocaciones. Por esta razón, ante la exigencia de reproducir exactamente los testimonios literarios, ha sido necesario que el texto reprodujese las mismas formas toponímicas que figuran en las citas.

(2) Por ejemplo, las obras de Benítez Claros, Cossio, Fradejas Lebrero y Pérez Rioja citadas en la Bibliografía.

Castroduro, Monleón, Labraz, etc., en Baroja. Evidentemente, esta circunstancia debe ser tenida en cuenta, aunque con las necesarias reservas.

En muchas ocasiones, tales casos pueden interpretarse como espacios paradigmáticos, contruidos a partir de características comunes a varios reales, semejantes. La operación puede adaptarse a nuestro propósito. Ante la imposibilidad material de tratar algunas series de localidades individualmente, parece más conveniente, en estos casos, extraer de distintos textos los rasgos comunes y definidores de determinados conjuntos homogéneos, y tratar, por ejemplo, de la **descripción del pueblo pesquero** de una zona del litoral, que repetir una y otra vez los aspectos de varias localidades costeras que, con ligeras variantes, son comunes a todas ellas.

Ambas directrices metodológicas no son independientes, sino que, por el contrario, se relacionan estrechamente. Así, al tratar de un espacio determinado es necesario referirse a las dos conjuntamente, con el fin de obtener una visión completa de las relaciones [espacio/literatura] aludidas.

Además de un instrumento para conocer la evolución del espacio a través de la historia o la mayor o menor incidencia que «lo literario» ha tenido en él, las geografías literarias pueden servir de base a un extenso abanico de trabajos que abarca desde las publicaciones de carácter turístico hasta el análisis de las relaciones espacio-culturales, sin caer en el determinismo geográfico o ambiental. El presente estudio, concebido desde una perspectiva geográfica y metodológica limitada, no pretende ser más que una aportación y un estímulo para futuras investigaciones en este terreno.

Estas consideraciones de carácter general deben adaptarse al estudio del espacio geográfico elegido. De forma resumida, en el caso que nos ocupa, el País Vasco, conviene hacer algunas observaciones previas, relativas a las distintas fuentes de información:

—Fuentes de tipo general: repertorios bibliográficos, diccionarios, etc.⁴.

—Escritores nacidos en el país, desde la Edad Media hasta nuestros días, que han utilizado el euskera y/o el castellano (en este trabajo se tratará especialmente de estos): Axular, Iparraguirre, Bizkarrondo, Lizardi, P. Larramendi, el canciller Ayala, Malón de Chaide, Trueba, Unamuno, Maeztu, Baroja, Blas de Otero, Gabriel Celaya, etc.

—Escritores pertenecientes a familias de origen vasco, nacidos fuera del país: el marqués de Santillana, Alonso de Ercilla, etc. Refiriéndose a un texto barojiano, escribe el P. Elizalde:

Aunque esta región y la próxima no hayan tenido ningún centro importante de cultura, escribe Baroja, han dado muchos nombre a la literatura española. De ahí proceden los de Berceo, Mendoza, Guevara, Salazar, Garibay, más modernamente los de Samaniego, Espronceda, Larra y Miñano. No sabemos que Espronceda y Larra procedan de ahí.

(3) Para resolver este problema son de gran utilidad el libro de Elizalde y los artículos del **Índice de Artes y Letras**, «Geografía barojiana» y «Vasconia en la literatura barojiana», de Luis Sánchez Granjel citados en la Bibliografía.

(4) Entre las diversas publicaciones al respecto, cabe resaltar el importante repertorio bibliográfico de Jon Bilbao citado en la Bibliografía.

(5) Elizalde, p. 114.

—Personajes no relacionados directamente con la creación literaria, que han tenido un papel relevante en otras actividades de carácter cultural, o han influido en aquella: Jiménez de Rada, Ignacio de Loyola, Bartolomé Carranza, el P. Vitoria, etc.

—Historiadores, investigadores y críticos del área filológica nacidos en el país (A. Alonso, K. Mitxelena, F. Yndurain, etc.) o residentes en él (J. Cejador y Frauca, etc.).

—La amplia gama de viajeros y visitantes comprende desde personajes de obras literarias (Marcos de Obregón, Estebanillo González, etc.) hasta Bécquer, Zorrilla, el P. Isla, Pérez Galdós, Aimeric de Picaud, Humboldt —cuyos testimonios son de gran interés por coincidir su visita (a principios de siglo XIX) con el comienzo de una fase de transformaciones (económicas, sociales...) determinantes en nuestra historia—, Victor Hugo, Hemingway, etc.

—Instituciones culturales: ateneos, Seminario de Bergara, Sociedad Vascongada de Amigos del País, Euskaltzaindia-Academia de la Lengua Vasca, Eusko Ikaskuntza-Sociedad de Estudios Vascos, etc.

—Por lo que se refiere a los testimonios literarios relativos al país son de gran utilidad diversos estudios parciales realizados sobre zonas, temas o autores determinados!.

(6) Por ejemplo, los trabajos de Anselmo de Legarda, Benítez Claros, Elizalde y Santoyo citados en la Bibliografía.

1. Introducción

Oculto entre montañas habita las dos laderas de los Pirineos occidentales un pueblo que ha conservado por una larga serie de siglos su primitiva lengua y, en parte, también su antiguo régimen y costumbres, y que, según la feliz expresión de un moderno escritor, se ha sustraído tanto a la mirada del observador como a la espada del conquistador, el pueblo de los Vascos o Biscaynos.⁷

El conjunto territorial que está delimitado al sur desde el frente oriental navarro-aragonés hasta el occidental vizcaíno-santanderino⁸, y que al norte comprende las tierras de Laburdi, Benabarra, y Zuberoa ha recibido y recibe diversos nombres, con distintos alcances: vasconia, Euskal-Herria, Euzkadi y Euskadi, País Vasco. País Vasconavarro, País Vasco y Navarra, etc. El presente trabajo trata exclusivamente de los territorios guipuzcoanos, vizcaínos, alaveses y navarros, entre otras razones por existir publicaciones del mismo tipo dedicadas a los otros tres mencionados⁹.

Si atendemos a las primeras fuentes escritas relativas al pueblo vasco y a sus vecinos, veremos que los historiadores se refieren antes al grupo que al país; es decir, antes de que se emplee la noción de **Vasconia** aparece la idea de la existencia de los vascones como pueblo. Lo mismo cabe decir de Vardulia y los várdulos y de Cantabria y los cántabros. Posteriormente la territorialidad se impone en las denominaciones del país, y al viejo concepto de **vascones** le sustituye otro, que es el de **Navarra** (Nafarroa). En tierra meridional de los várdulos, de los caristios y de los autrigones, aparece **Alava** (Araba). Lo mismo sucede con los nombres, hasta cierto punto enigmáticos, de **Guipúzcoa** (Gipuzkoa) y de **Vizcaya** (Bizkaia)¹⁰

En nuestro país nos encontramos así, pues, con esta imagen de territorialidad más moderna, que está vinculada a contornos físicos muy determinados, mientras que la gentilidad antigua, aunque se vincula también a unos contornos, estaba basada, sobre todo, en relaciones gentilicias, en relaciones agnaticias, en relaciones de grupo y subgrupos de hombres que van repartiéndose la tierra, pero que incluso podemos pensar que viven en ámbitos físicos distintos.

Si examinamos lo que es el territorio antiguo de los várdulos, que va desde el mar océano hasta el Ebro, podemos concluir que en este territorio no hay unidad física; hay una unidad de hombres que viven y que se consideran parientes, agnados, de la misma gentilidad, de la misma «gens», del mismo grupo, que no podemos llamar tribu, como lo hacen algunos modernamente, porque la noción de tribu es una noción muy específica, como se puede saber leyendo cualquier manual de instituciones romanas.¹¹

Para Humboldt, en los albores del siglo XIX, «a los vascos caracteriza idioma, organización, costumbres, fisonomía y todo lo que rodea, sin exceptuar el aspecto de su país» (12); y refiriéndose al problema de sus orígenes escribe «no conoce, ni de cerca ni lejos una estirpe hermanada»¹³.

(7) Humboldt, pp. 9-10.

(8) Sollube, I, pp. 13-15.

(9) En la Guía francesa, citada en la Bibliografía, secciones 115 y 128.

(10) Caro, pp. 11-12.

(11) Caro, pp. 12-13.

(12) Humboldt, p. 17.

(13) Humboldt, p. 17.

Por lo que a la lengua vasca —**euskera**— se refiere, si bien en los últimos siglos ha experimentado un notable retroceso¹⁴, estamos asistiendo a un proceso de recuperación, gracias a esfuerzos individuales y colectivos. No hay que olvidar que «en tiempo de Fernando III, hacia 1235, los habitantes del valle riojano de Ojacastro estaban autorizados a responder en vascuence a la demandas judiciales»¹⁵.

Estos y otros problemas —que no se tratan aquí, por rebasar el alcance temático y geográfico de este trabajo— han provocado frecuentes polémicas acerca de los límites físicos del país. Si para algunos el concepto de Euskal-Herria —testimonio por escrito desde las primicias literarias en lengua vasca (siglo XVI)— comprende, además de las mencionadas, otras zonas limítrofes, para otros, el País Vasco se reduce a dos o tres provincias?

Es un país pequeño: solamente alcanza unos 20.657 Km², de los que 17.675 pertenecen al espacio objeto de estudio:

Guipúzcoa	1997	Alava	3.047
Vizcaya	2.210	Navarra	10.421

No se puede hablar de «uniformidad absoluta» en todo el territorio vasco. Debido a una serie de causas (históricas, geográficas, culturales, lingüísticas, etc.), estrechamente hermanadas, se aprecian una serie de diferencias que le dan enorme riqueza.

En primer lugar estarían las diferencias entre «vasco-españoles» y «vasco-franceses». A ello se refiere Humboldt quien, además, extiende los límites del país exageradamente:

«De la diferencia de carácter de los franceses meridionales, vascos y españoles sería precipitado el inducir directamente la diferencia de origen. Separados desde tantos siglos, y viviendo en situaciones completamente diferentes, se han desarrollado estas modificaciones, y a pesar de ello pueden haber habitado muy bien —sin querer decidir ahora ya sobre ésto— los antepasados de los vascos también en Aquitania y Castilla, y haber constituido todavía sus nietos una parte considerable de la población actual de estas provincias». «La identidad de un linaje nunca se puede, sin embargo, demostrar con certeza fuera de la identidad de su lengua, y lo único, que a la vista y a la investigación obliga como indudable e incontestable es, que todos los Vascos constituyen una Nación, y la semejanza de sus rasgos característicos en conjunto puede derivarse de la igualdad de su origen»¹⁷.

Un segundo factor sería la diferencia entre la sociedad rural y la urbana que, a su vez, repercute en otras circunstancias de importancia:

«En el país, mientras se hable vasco, habrá siempre la absoluta divergencia entre **la calle y el campo**. En la **calle** reina lo actual, y en el caserío, la prehistoria. No hay rincón en Europa donde el contraste sea tan brusco. No es la Edad Media enfrente de la Moderna, sino la edad del bronce frente a la del cemento y a la del cinematógrafo. Aquélla casi siempre más simpática y más pintoresca»¹⁸.

Una tercera distinción viene condicionada por los distintos entornos físicos que engloba el país. Refiriéndose a ellos, dentro de la zona meridional, escribe Pío Baroja:

(14) Geografía regional, p. 85.
 (15) Lapesa. p. 23.
 (16) Sollube, I, pp. 13-15.
 (17) Humboldt, pp. 174-175.
 (18) Baroja, Cura, p. 87.

«Yo creo que actualmente hay dos clases de vascos: unos que miran las aguas del Ebro y otros las que van al Cantábrico. Los del Ebro, de llanuras, se han hecho, por la raza o por el ambiente, violentos, sociables y poco habladores. El encierro de los toros en Pamplona y el buey ensogado que se corría en San Sebastián hace años, marcarían el carácter no ya sólo de dos ciudades, sino de los tipos vascos: el ibero y el cantábrico»

La «frontera», que señala el paso de una a otra parte del país está en los montes centrales del país, el conjunto de montañas comprendido entre la Cordillera Cantábrica y los Pirineos¹⁹. Es por ésto por lo que parece oportuno dividir este trabajo en una serie de apartados que, en términos generales, respondan a esta serie de diferencias. La división por «provincias» no es la más apropiada, dado que hay una serie de motivos o temas comunes a dos o más de ellas que es preferible tratar conjuntamente.

En el territorio comprendido entre esos montes centrales, la divisora de aguas²⁰, y el Cantábrico, existen dos zonas claramente definidas. En primer lugar, el mar y la costa, caracterizada por una economía donde el turismo y la pesca son de gran importancia. Después vienen los valles de los ríos que desembocan en el Cantábrico, definidos en su mayoría por un fuerte proceso de industrialización, excepto el del Bidasoa, que por su vinculación al valle del Baztán y a los Pirineos, en general, van incluidos en el tercer apartado. Este comprende esos «montes fronterizos» y los Pirineos —principales macizos del país— con sus correspondientes zonas y valles limítrofes. En último lugar están las zonas que quedan al sur; sus ríos tributan sus aguas del Ebro. Engloban, en términos generales, las zonas medias de Navarra y Alava (Llanada Alavesa, Cuenca de Pamplona) y las llanuras ribereñas. Su economía, tradicionalmente basada en la agricultura y la ganadería, está experimentando una industrialización acelerada, principalmente en las zonas de influencia de sus respectivas capitales.

De estas particularidades y diferencias -más tenuous en las dos primeras regiones; más fuertes entre éstas y la última- se ha hecho eco la literatura, de manera que a las distinciones geográficas, económicas, etc. -en un proceso histórico- corresponden otras de orden literario.

La tierra vasca se ha caracterizado en tiempos pasados por ser pobre y frágosa. **La Crónica de Enrique III** dice al respecto (1393):

«... elevó consigo pocas campañas, por quanto la dicha tierra non es abastada de viandas, é es tierra frágosa...»²¹.

En el mismo sentido se pronuncia la de Enrique II, haciendo referencia también a su clima (1374):

«El Rey Don Enrique fué su camino por tierra de Guipuzcoa à cercar la cibdad de Bayona, segund era ordenado; é como quier que era verano por el Sant Juan, las aguas fueron muchas, é tan grandes que se perdían muchos caballos bestias por aquella tierra de Guipuzcoa, que es muy fuerte; é fué la hueste del Rey muy menguada de viandas, ca por la tierra non las podían aver, lo uno por las grandes aguas, é lo ál por la tierra de Guipuzcoa ser muy aldrada de donde son las viandas»²².

(19) Geografía regional, p. 80.

(20) Sollube, I, p. 16.

(21) Crónicas, Enrique III, p. 212.

(22) Crónicas, Enrique II, p. 23.

Respecto a los habitantes ha llamado la atención, además de las costumbres, lengua, etc., lo que se ha llamado el «igualitarismo vasco», íntimamente relacionado al concepto de «nobleza de sangre». El tema sale a relucir en repetidas ocasiones en la literatura del Siglo de Oro; en **La prudencia en la mujer**, de Tirso de Molina, por ejemplo:

«Infantes, de mi Estado la aspereza
Conserva limpia la primera gloria
Que la dió, en vez del Rey, naturaleza,
Sin que sus rayas pase la vitoria.
Un nieto de Noé la dió nobleza;
Que su hidalguía no es de ejecutoria,
Ni mezcla con su sangre, lengua o traje,
Mosaica infamia que la suya ultraje.
Cuatro bárbaros tengo por vasallos,
A quien Roma jamás conquistar pudo,
Que sin armas, sin muros, sin caballos,
Libres conservan su valor desnudo»²³.

También los que visitaron el país se refieren a ello, directa o indirectamente. Humboldt llama la atención sobre la abundancia de casas solariegas que encontró tanto en poblaciones de relativa importancia, donde no es tan sorprendente, como en aldeas del interior:

«Sobre las puertas de muchas casas en Orio notamos escudos de armas, la mayoría grandes tenidos por águilas, leones, hombres salvajes, tallados en piedra, y reconocimos en ellos las **casas solariegas** de las familias, que las habitaban. Tales casas de abolengo se hallan también a menudo en el país en las aldeas»²⁴.

En otro orden de cosas, pero relacionado con lo anterior, está el testimonio de George Borrow, relativo al carácter de los vascos:

«No hay en la tierra pueblo más orgulloso que los bascos; pero el suyo es una especie de orgullo republicano, Carecen de clase aristocrática; ninguno reconoce a otro por superior. El carretero más pobre tiene tanto orgullo como el gobernador de Tolosa.

«Tiene más poder que yo, pero no mejor sangre; andando el tiempo, acaso sea yo también gobernador». Aborrecen el servicio doméstico, a lo menos fuera de su país natal, y aunque las circunstancias les obliguen con frecuencia a buscar amo, es muy raro que ocupen un puesto escaleras abajo: son mayordomos, secretarios, tenedores de libros, etc. Cierto que, por mi buena suerte, encontré un criado basco, pero siempre me trató más como a un igual que como a un amo: se sentaba delante de mí, me daba su opinión sin pedírsela y entraba en conversación conmigo en todo momento y ocasión. Me guardé muy bien de refrenarle, porque entonces se hubiera despedido, y en mi vida he visto una criatura más fiel»²⁵.

También la mujer vasca ha sido objeto de encomios por parte de la literatura. Probablemente el rasgo más celebrado del carácter femenino ha sido su diligencia y laboriosidad:

(23) Tellez, *La prudencia en la mujer*, p. 287.

(24) Humboldt, p. 62.

(25) Borrow, p. 419.

«En general es, sin embargo, la laboriosidad del sexo femenino uno de los rasgos, por los que se confirma la semejanza, ya percibida por Estrabón de la costa septentrional de España en usos y costumbres, y por los que se distingue del interior y sobre todo del mediodía de la tierra... En Bilbao no es nada extraordinario que las mujeres de comerciantes, no sólo ayuden activamente a sus maridos en la dirección de sus negocios, aun donde se trata de comercio de especulación en grande, sino que también lo gobiernan por sí con éxito en el por mayor y el por menor»²⁶.

Su importancia en la sociedad vasca ha sido, consecuentemente, vital. Tirso de Molina, en el siglo XVIII, se proclama abiertamente «feminista», al equiparalas con los hombres:

«...aunque diversas en el sexo y nombres,
En guerra y paz se igualan a sus hombres»²⁷.

George Borrow va más lejos y las coloca por encima de los hombres en cuanto a su talento:

«El carácter de las vascongadas difiere mucho del de los hombres. Son muy despiertas y agudas, y tienen, en general, más talento. Son famosas cocineras...»²⁸.

Sus habilidades culinarias han sido, y son, celebradas más allá de nuestras fronteras. Lo mismo ocurre, en términos más generales, con la hospitalidad del pueblo vasco. El duque de Saint-Simon, que estuvo en el país en 1721, escribe en sus **Memorias**:

«Llegamos el 15 (de noviembre) a Vitoria, donde encontré a la Diputación de la Provincia, que me aguardaba con un gran presente de excelente vino rancio. Eran cuatro caballeros considerables que estaban al frente de los asuntos del país. Los convidé a cenar y al día siguiente a almorzar con nosotros; hablaban francés y quedé sorprendido al ver a los españoles tan alegres y de tan buena compañía en la mesa»²⁹.

Baroja, refiriéndose a ámbitos hospitalarios más populares, las ventas, escribe líneas de gran belleza donde pone de relieve, además de otras características, su carácter acogedor:

«... Esos que corren, que huyen a confundirse pronto en el torbellino de la ciudad, no conocen las ventas de nuestras provincias vascongadas, las ventas más hospitalarias, las más amables de la tierra.

Vosotros que habéis recorrido el mundo a pie (...) ¿No es verdad, decidlo francamente, que las ventas de mi tierra son las más dulces, las más candorosas de este mundo, el mejor de todos los mundos?

...

Luego la vieja, que ve que habláis vascuence, os hace sitio junto al fuego, con grandes extremos de finura, y mientras os preparan la cena y os tostáis los pies, la viejecita de la nariz ganchuda y del pañuelo atado a la cabeza, os cuenta alguna historia insustancial del tiempo de su juventud en que ella estaba de criada en casa del rector del pueblo hace más de cincuenta años, y con los recuerdos sonríe enseñando sus encías como las de los niños, desprovistos de dientes.

(26) Humboldt, pp. 24-25.

(27) Téllez, *La prudencia en la mujer*, p. 287.

(28) Borrow, p. 420.

(29) Louis de Rouvroy, duque de Saint-Simon, **Memorias**, cap. 16. Vid. Santoyo, p. 135.

Mientras tanto la dueña de la casa va de un lado a otro y el patrón juega una partida al mus con otros tres en una mesa tan alta como los bancos donde se sientan...

Se devoran los guisos y se moja el pan en las salsas, no precisamente con la elegancia de un duque de Faubourg Saint-Germain, y se come en la mísera cazuela, lo que quizá no se usa en las casas aristocráticas...

Y luego, después de la cena, sube uno a dormir al piso principal, en una alcoba pequeña, ocupada casi completamente por una cama enorme de madera con cuatro o cinco colchones y otros tantos jergones, y cuando se escala aquella torre y se estira uno entre las sábanas, que huelen a hierba, mientras se oye el ruido de la lluvia en el tejado y del viento que muge, se enternece uno...»³⁰.

La literatura oral ha tenido y tiene gran arraigo en el pueblo vasco. Por ello, no pueden faltar aquí unas brevísimas observaciones de carácter general en este sentido. Su cultivo no puede circunscribirse a un ámbito geográfico concreto, pues, de una u otra forma, se ha desarrollado a todo lo largo y ancho del territorio.

Una de las modalidades que ofrece se manifiesta en la abundancia de cuentos y relatos legendarios, transmitidos de padres a hijos. Humboldt llama la atención sobre ello y hasta propone una división, muy sencilla, de los mismos:

«Ningún pueblo lleva tan lejos quizás la pasión por los cuentos como los vascongados. Corren también una gran cantidad de ellos entre el pueblo, hasta hay diferentes clases. Una es la **de los duendes**. A ésta pertenece p. ej. uno muy conocido, **Santon bilburgabena**, Antonio sin miedo. Otra clase son las de las imposibilidades, **de los imposibles**, como p. ej. la historia de la vida del no nacido, etc. Con gran alborozo hubiera recogido noticias más exactas sobre estos cuentos populares. Solo que, como únicamente existen en la boca del pueblo, sería necesario un completo desbarazo en la comprensión del vascuence y una permanencia todavía más larga para coleccionarlos de este manantial. Pero los hombres, que no pertenecen al pueblo, en parte no los conocen, en parte desdeñan en ocuparse en esto. También se aseguraron algunos que el atractivo de estas narraciones está tan íntimamente unido con el idioma, que en castellano pierden toda gracia, y en realidad sucede esto con toda poesía popular, a la que en cierto modo pertenecen también los cuentos, pues es siempre la expresión más natural y más peculiar de la fantasía nacional»³¹.

Respecto a las semejanzas que existen entre algunas narraciones vascas y las fábulas griegas opina:

«El campo sobre el que revolotea la fantasía inventora de cuentos, tiene que ser el mismo por todas partes, porque la fantasía y las pasiones humanas lo son, y porque también las localidades particulares, con que se relacionan ciertas fábulas... se repiten por todas partes. La peculiaridad del carácter nacional hace solo que un pueblo se detenga más en una situación, el otro en otra, de este campo, y la multiplicidad irregular de la imaginación ensarta combinaciones posible siempre de diferente manera»³².

(30) Baroja, Vidas, pp. 63-69.

(31) Humboldt, pp. 152-153.

(32) Humboldt, p. 153.

La expresión más conocida, cultivada hasta nuestros días, de la literatura oral vasca es el bertsolarismo. Los bertsolaris son los poetas-cantores del país. Se basan en la improvisación, no escriben lo que cantan y pocas veces se lo escriben a otros. Son poetas, pero no se sientan frente a una mesa con la pluma, sino que lanzan al aire los versos, que crean sobre la marcha. Si un bertsolari queda mudo, concluye su estro:

«Esta costumbre de improvisar públicamente letra y música se conserva en nuestros días cual precioso resto de las antiguas contiendas de bandos, en que los actores, situados en opuestos bandos, se preguntan y se responde, sostienen tesis o causas distintas, alardeando de ingenio, compitiendo en voz y primores de talento, ante un pueblo inteligente, apreciador de las travesuras y galas de la musa euscara»³³.

Si los vascos se han ocupado y se ocupan de la literatura, también ésta se ha inspirado en ellos. En repetidas ocasiones poetas, novelistas, etc., han cantado a este pueblo, aún no perteneciendo a él. Así Humboldt, refiriéndose a su obra sobre el país, escribe:

«No puedo lisonjearme de que logre bosquejar un retrato de la nación vasca que iguale a la imagen que de ella se ha grabado para mí siempre en mi alma. Si así fuera, empero y aunque sólo en parte lo consiguiese, me tendría por más que doblemente pagado de todas las fatigas, que he tenido que vencer, sobre todo en el estudio de su lengua, muchas por mi mismo; porque habría conseguido entonces a la vez erigirle un monumento, aunque poco digno de ella, sin embargo conforme a los sentimientos de respeto y amor, que en tan alto grado me ha inspirado»³⁴.

Y Mario Angel Marrodán, poeta vizcaíno, dedica esta composición, que inserto aquí como ejemplo, entre las muchas que existen:

«Vascos del aquí y ahora,
vascos de la casa vasca,
vascos con los cien motores
de la sangre y de la raza.
Vascos en la vasca historia
del ayer y del mañana.
Un pueblo que canta y lucha,
un pueblo que lucha y canta.
Vascos con la cruz a cuestras,
hijos del hierro y la azada.
Vascos que entrañáis el roble
desde el tronco hasta las ramas.
Lo eterno y lo nuevo tienen
febril aliento en sus almas.
Mi verde paisaje amado
Vasconia sigue su marcha.
Con el corazón os canto
porque soy corto en palabras,
porque ésta es la tierra que amo
hecha pasión, vida y patria»³⁵

(33) Navarro Villoslada, Amaya, p. 1377.

(34) Humboldt, p. 20.

(35) Marrodán, pp. 17-18.

2. La costa

2.1. Generalidades

El mar es un elemento de gran importancia en el paisaje y en la vida del País Vasco. Hemos visto también cómo para Baroja define la peculiar personalidad de los habitantes próximos a él, distinguiéndolos de los que pueblan las zonas del sur del país³⁶

El Cantábrico se define a sí mismo como un todo; centro de gravedad en torno al cual gira la existencia de una parte importante de la población, que se asoma a su costa:

«Vosotros sois la parte; yo soy el todo. Vosotros sois la línea; yo soy la esfera. Vosotros sois la nota; yo soy la sinfonía. Vosotros sois un signo aislado en el Espacio; yo soy el alpha y la omega, el principio y el fin...»³⁷.

Además, cara al exterior, aparece como un elemento de proyección universal, campo abierto donde toman contacto diversas culturas, distintos modos de sentir y ver el mundo. La mar de Euskaria constituye una parte pequeña de esa inmensidad, pero no por eso deja de poseer una nota de universalidad, al igual que todos aquellos que pueblan sus orillas:

«Mar de Euskaria, patria abierta,
tú que no tienes fronteras
di en las playas extranjeras
ola más ola mi pena.

¡Mar de Euskaria, rompe en llanto
y en tu idioma en desbarato
di, ensanchandote, qué raros
nos sentimos hoy los vascos!»³⁸.

Como resultado, se produce una identidad armónica que no se rompe; mar, naturaleza y hombres llegan a constituir un todo:

«El viento entre los pinos como un niño perdido,
y el mar
sólo en su vagabunda inmensidad.
El mar del Norte, mi mar»³⁹.

Y un elemento característico y repetido en este paisaje: la gaviota; la gaviota vista desde el paseo de la Zurriola, en la costa donostiarra:

«Este mar que alborota y alegra la Zurriola.
Esta playa que piensa de una a una las olas.
Y como preparadas, las raudas gaviotas
que, dando su chillido, juegan a que están solas»⁴⁰.

(36) Sobre el mar en la literatura medieval, existe un excelente estudio de Alberto Navarro González, citado en la Bibliografía.

(37) Baroja, *Leyenda*, p. 171.

(38) Celaya, *Canto*, pp. 12-13.

(39) Celaya, *Canto*, pp. 114-115.

(40) Celaya, *Canto*, pp. 56-57.

Baroja, en **La leyenda de Juan de Alzate**, hace hablar a una de ellas, que explica su vida, su recorrido, a los habitantes del bello rincón bidasotarra:

«También yo conozco vuestro Bidasoa. Tengo mi nido en el acantilado de Jaizquíbel, promontorio escarpado que las olas baten con furor. Visito las playas de Ondarraitz y de Fuenterrabía, buscando comida en los arenales y en los fangos de la baja marea; pero mi elemento es el mar abierto, allí donde no hay líneas y todo es gris e impreciso. Soy hija del caos; en las tempestades, entre las nieblas, respiro las brisas salinas y densas, y lanzo, como clamor de guerra, mi grito áspero y ronco. En el abismo del glauco Océano me balanceo sobre las olas, y sé evitar los hervideros de espuma. Entre los lamentos y quejidos de la galerna vuelo con una seguridad matemática y juego y me recreo sobre el torbellino...; pero conozco vuestro Bidasoa, lo visito buscando alimento en los canales fangosos de la baja marea, y en las playas de Irún y de Ondarraitz»⁴¹.

Desde el cabo de Higer hasta la terminación de la costa vasca en el límite con Cantabria, la cornisa presenta grandes acantilados: la montaña misma llega hasta el océano. El terreno es generalmente abrupto, con relieves que presentan al mar escarpes o deshechos roqueríos y numerosos accidentes geográficos: salientes cabos, pequeñas y grandes rías, etc. Este rudo perfil ha hecho que el vasco tenga gran dificultad al construir sus puertos⁴².

Humboldt resume así el carácter general de esta línea, desde el cabo de Machichaco:

«Entre Bakio y Bermeo está el cabo Machichaco, que limita por Levante la suave inflexión que hace el mar hacia Portugalete, así como el de Santoña por Poniente. Pues los montes de Santoña, el cabo Machichaco, la isla de S. Antón ante Guetaria y el cabo del Higer son los cuatro puntos más salientes, que dominan la vista de todo el golfo de Biscaya, y le dividen en tres ligeras ensenada»⁴³.

Aunque la corriente costera está en Fuenterrabía (Hondarribia) mucho menos cargada de arena que en la costa laburdina, el Bidasoa arrastra todavía este material formando un accidente natural muy característico de esta bahía:

«Fuenterrabía y Andaye están una enfrente de otra, en la bahía que hace la marea ascendente en la desembocadura del río ante la salida del Bidasoa. La bahía es larga, estrecha y retorcida en diferentes vueltas. Dos bancos de arena casi en forma de hoz la estrechan todavía más, y dejan sólo una canal en forma de arco para la salida al mar que en general sólo puede servir a lanchas de pescadores»⁴⁴.

Tomando el camino que conduce a Pasajes (Pasaia) encontramos el monte Jaizquíbel, caracterizado, según Baroja por su escasa altura, aunque Víctor Hugo no lo vio «tan pequeño».

«No tienen estas montañas mucha altitud, porque se asientan al nivel mismo del mar; sin embargo, Víctor Hugo con la prosopopeya del poeta dijo: **El inmenso Jaizquíbel está lleno de idilios**»⁴⁵.

A pesar de ello, a Humboldt se le hace la subida «muy dura»; el viajero pondera la belleza natural de estos parajes:

(41) Baroja, *Leyenda*, p. 162.

(42) Sollube, I, pp. 16-20, 78-79 y 111

(43) Humboldt, p. 150.

(44) Humboldt, p. 39.

(45) Baroja, *País*, p. 242.

«Una de estas (vías estrechas) nos condujo, en su mayor parte a la sombra de pequeñas arboledas de robles, al pie del Jaizquíbel; a nuestra izquierda vimos el llano hermosamente cultivado, pero que está interrumpido por todas partes por colinas y fondos agradables. Nos cansamos de tener a la vista siempre únicamente el árido Jaizquíbel, y robada por él la libre mirada al mar, dejamos nuestros caballos y, a pesar del calor del mediodía, subimos a la cima de la montaña.

Hasta un tercio aproximadamente está todavía cubierta de bosque; después viene brezal árido y pedregoso. La subida es fatigosa hasta para los peatones a causa de lo escarpado; sin embargo, aquí suben hasta en carro de bueyes, y se comprende así por lo menos el fundamento de su pequeñez»⁴⁶.

Desde la cima del Jaizquíbel contempla el mar:

«Arriba nos sorprendió la inmensa vista del mar. La inconmensurable llanura estaba, sin estorbo ninguno, ante nosotros; alrededor de la cálida hora de mediodía tranquila y sin oleaje, parecía subir a su extrema orla, como neblinas en el horizonte; la desierta soledad del monte correspondía al aspecto del mar y tierra; cielo y agua completaban a la vez la imagen de un yermo terrible, incitando a la melancolía...»⁴⁷

Además de este panorama, se ofrecen a la vista toda la región vecina y las montañas que la rodean:

«Seguimos un largo trecho por la cima. El brezal del monte desciende en varias colinas a la orilla del mar, arriba pastaban algunas reses. Ante nosotros se mostraron nuevas montañas, entre las que notamos particularmente dos puntas de igual figura y altura ascendiendo hermanadas. Entramos pues en una nueva región montañosa y las cumbres conocidas que, hasta ahora habíamos saludado cada mañana, empezaban a desaparecer en la lejanía»⁴⁸.

«Desde la altura aún tuvimos una vez más una vista sobre una hermosa ensenada. Dos peñascos salientes formaban una estrecha embocadura; en la tranquila superficie sombreada de verde, de la deliciosa ensenada colgada con matorrales, flotaba barquilla de pescador y por la estrechura de la grieta de las peñas se veía el altamar»⁴⁹.

La cadena montañosa que envuelve toda esta región se caracteriza por su aspecto árido y abrupto:

«Los montes detrás de Fuenterrabía hacia el mar son más altos; una cadena continua, la prosecución del Jaizquíbel, se extiende hasta la punta **del Híguer**, pero son brezales áridos, sin árboles y calvos»⁵⁰.

Desde diversos puntos de los montes que bordean la costa es posible contemplar, si no la totalidad, gran parte de ella. Uno de éstos se encuentra cerca de Zarauz (Zarautz), —localidad que, por cierto, inspiró una composición amorosa de Gabriel Celaya⁵¹—, camino de Getaría (Getaria):

(46) Humboldt, p. 42.

(47) Humboldt, pp. 42-43.

(48) Humboldt, p. 43

(49) Humboldt, p. 44.

(50) Humboldt, p. 39.

(51) Celaya, Canto, pp. 120-121.

«Cuando hubimos subido a lo alto de este monte, que separa a muy pequeña distancia Zarauz de Guetaria, pasamos la vista por la mayor parte del golfo de Vizcaya; la inmensidad azul reverberaba al través del verde follaje de los viñedos, que cubren las laderas y colinas del monte, y a nuestros pies aparecían las pintorescas peñas de Guetaria.»⁵².

Otro, cercano al anterior, es la isla de San Antón. Humboldt, además de proporcionar una descripción de lo que la vista abarca desde este lugar hasta el mar, da noticias acerca de la naturaleza de las tierras vecinas. La importancia de este enclave estriba en que se trata del punto que ofrece visión más perfecta de todos los que abarcan parte del litoral vasco:

«La vista desde la isla de S. Antón unida a tierra por un estrecho muelle es la más limpia y libre, que en esta costa se halla. Hasta aquí era siempre el último punto, que alcanzaba nuestra vista en la costa. Ahora veíamos desde ella el cabo Machichaco, y divisábamos así de una vez todo el golfo de Vizcaya desde Bermeo hasta San Sebastián, pues el cabo Machichaco, la isla de S. Antón y el cabo **del Higuier** son los tres puntos de esta costa más salientes hacia el mar, entre los cuales hace la tierra dos suaves inflexiones. La isla se compone por lo demás de dos alturas separadas por un valle, de las cuales la posterior y más alta es un mero montón de escollos unos sobre otros, a que se alcanza por un sendero estrecho al borde de enormes precipicios. Sobre la más cercana hay sólo una atalaya, sobre la posterior una ermita. Ermitas semejantes hay muchas en España, pero no siempre están habitadas por ermitaños, sino a menudo por labradores. La isla es en parte sitio de pastos, en parte labrantío. En las laderas escarpadas trepan vacas, y a los bancales suben hombres y mujeres, cestos, llenos de estiercol, sobre la cabeza por el sendero infinitamente dificultoso, en parte con escalones fallados en la peña»⁵³.

Zumaya (Zumaia), pequeño pueblo cercano a Guetaria (Getaria), sirve de marco geográfico a una composición de Gabriel Celaya en la que armoniza sus recuerdos personales con la naturaleza:

«No podría explicar más.

Sólo diré, aunque no sirve, porque son datos concretos,
que así me ocurrió en Zumaya, un 25 de marzo,
y que las nubes que he dicho parecían sólo restos.

¿Restos de qué? No lo sé, De un naufragio.

De una gloria perdida en rosa, y oro, y lila,
como el mar cuando muge

llora alguna incomprensible vaguedad»⁵⁴.

Zumaya aparece también en la novela de Baroja **Zatacaín el aventurero**, como lugar ocupado por los carlistas. También Iciar (Itziar) es lugar elegido por el novelista vasco. Allí escribe **Grito en el mar**, en 1896. La descripción que hace del mar y de esta zona costera resulta impresionante, a la vez que está caracterizada por su peculiar modo de ser y de escribir:

«Sentado en una roca y agarrado a otra con fuerza contemplaba las evoluciones del monstruo, miraba con los ojos muy abiertos, dichoso al verme libre de mis amargas ideas. El ala de imbecilidad venía a acariciar dulcemente mi espíritu.

(52) Humboldt, p. 64.

(53) Humboldt, p. 77.

(54) Celaya, Canto, pp. 114-115.

La niebla iba ennegreciéndose, el mar tomaba una brillantez fosforescente por el reflejo de una nube blanquecina que apareció en el cielo. Entonces me pareció que abajo, muy abajo, entre aquéllos remolinos turbios, veía una barca con la quilla al descubierto, las olas la lanzaban como un ariete contra las peñas, y al chocar, crujía como si se quejara dulcemente.

De pronto rasgó el aire un grito, quizá de un ave marina, para mi salido de una garganta humana, un grito largo, desesperado, estridente, aquella nota de dolor se perdió como un átomo de tristeza inmensa de la noche. El mar tomó un color de tinta; el viento murmuró con más fuerza; las olas siguieron mugiendo y mugiendo.

Me interné en el monte, pensando con espanto en las terribles aventuras de un cadáver, juguete del mar. La noche estaba templada; un silencio de reposo absoluto reinaba en la tierra; la luna comenzaba a salir entre nubarrones oscuros, que corrían atropelladamente por el cielo, y sus pálidos rayos iban plateando la niebla; el aire húmedo y perfumado por las emanaciones del campo, venía del bosque como si fuera el aliento poderoso de la montaña. En el fondo del valle se adivinaba la aldea envuelta en la bruma; a lo lejos, de la silueta oscura de un caserío, salía un rayo de luz como mirada rojiza de un ojo siniestro, que contemplaba parpadeando la noche»⁵⁵.

Junto a éste, otro testimonio menos romántico, más objetivo, acerca del carácter de esta comarca y de los que en ella moran, con una curiosa comparación, descompensada, sobre la grandiosidad de sus montes:

«Luego el solitario camino de montaña a Deba por junto a Itziar. Encerrado entre dos series de montes y rodeado de peñascos de extrañas figuras, se cree uno transportado al medio de los Alpes o Pirineos, pero la desolada bravura de la región se mitiga con la vista de amenas heredades y huertas, con las que la asiduidad de los habitantes ha coronado hasta las cumbres más empinadas»⁵⁶.

A corta distancia de Deva (Deba) se encuentra Motrico (Mutriku), último pueblo de la provincia de Guipuzcoa. Junto a él, Ondarroa, Vizcaya, donde nació Domingo Aguirre (1865-1920), «el mejor de los novelistas en lengua vasca», según Michelena; su obra principal es **Garoa** («El helecho»), 1912⁵⁷.

Ni el paisaje, ni el carácter de las poblaciones responden a esta división administrativa.

«Después la ilimitada vista sobre el mar entre Motrico y Ondarroa. Una calzada estrecha, pero bien dispuesta, une estos dos puertecillos, siempre en la ladera de los montes que da sobre el mar»⁵⁸.

Una descripción más detallada de estos caminos la da Trueba en el delicioso cuento **La novia de piedra**, que se desarrolla en Saturrarán, en el sitio de Iturrimendi, todavía en Guipúzcoa:

«Es punto menos que imposible ir de Motrico a Saturrarán por la orilla del mar, porque ocupa este espacio la alta montaña de Mijoa, espesísima y cortada casi perpendicularmente por el lado del curioso golfo cantábrico, si bien por el lado opuesto tiene suaves declives cubiertos de viñedos y manzanos y sembrados de caseríos, que se descubren aquí y allí entre bosquecillos de castaños y manzanos. Pero si el

(55) Baroja, Vidas, pp. 179-182.

(56) Humboldt, p. 78.

(57) Michelena, p. 156.

(58) Humboldt, p. 78.

viajero que toma la hermosa carretera de Motrico a Ondárroa siente vivo disgusto al ver que, en vez de caminar por la orilla del mar, se aleja de éste y le pierde de vista tras los altos viñedos de Mijoa, pronto su disgusto se convierte en alegría, porque el vallecito que lleva el mismo nombre que la montaña es un paraíso que jamás olvida el que le ha recorrido, a no ser que pertenezca al número de esos desventurados para quienes los montes no tienen más que cuestas, las rosas no tienen más que espinas y los campesinos no tienen más que ignorancia.

El valle de Mijoa empieza, pues, casi a las puertas de Motrico y termina en la playa de Saturarán. Por su fondo corren paralelamente la carretera y el riachuelo que muere en el valle donde nace... »⁵⁹.

Especial interés tiene para Humboldt la vista de Lequeitio (Lekeitio) a la que considera la localidad «más simpática y animada» de toda la costa vasca. Aquí volvemos a encontrar otro lugar donde se puede contemplar gran parte de ella. Lequeitio es uno de los lugares con mayor tradición pesquera de todo el Cantábrico:

«Lequeitio me pareció la villa más simpática y animada en todo el golfo de Vizcaya. La vista desde la **atalaya superior** en el pie del monte Otoy es magnífica y majestuosa. Abarca el golfo desde el cabo Machichaco hasta el del Higuero y un par de puntos pintorescos, que de ningún otro sitio caen a la vista, son los montes de Ea y Elanchove. Delante del puerto de la villa, que forma una ensenada hermosamente ceñida, a levante cerrada por el cabo Garaspio, está la isla de San Nicolás en la que en la última guerra tuvo que ceder sitio a un fuerte una antigua ermita allí existente»⁶⁰

Otra perspectiva interesante de esta parte de la costa puede ser contemplada desde Bermeo, localidad cercada a la anterior, sobre todo si el sol, la lluvia y la naturaleza toda se conjugan, como en la ocasión que describe Humboldt:

«Justamente delante de Bermeo tuve la dicha de gozar de una escampada soleada serena. La viejísima villa con sus negras torres regadas por las olas, los pintorescos escollos de la orilla de su pequeña bahía, y las heredades agradablemente cultivadas alrededor del río, que aquí se derrama en el mar, estaba clara y luminosa ante mí; el resplandor del sol, que difundía sus rayos sobre el paisaje, se realzaba por las sombras de las oscuras nubes de lluvia que cubrían la parte occidental del cielo, allá a lo lejos llovía, y un magnífico arco iris extendía sus brillantes colores sobre el mar»⁶¹.

Toda esta zona costera se caracteriza también por la fertilidad de su suelo y la belleza de su paisaje. Si tomamos el camino de Bermeo a Mundaca (Mundaka):

«De ninguna parte se abarca mejor con la mirada esta región que del camino de Bermeo a Mundaca, encantador y corto como un mero paseo. Como siempre sigue entre heredades y viñedos; ya arriba, ya abajo, se domina tanto la bahía mayor, en que están Bermeo y Mundaca, como las menores, que ésta forma junto a Bermeo, circunscrita por todas partes por peñas y pequeños promontorios vestidos de matorral, en aspectos los más variados, y se goza, ya de la vista completa del mar, o ya se le ve lucir por una pequeña abertura de la orilla peñascosa»⁶².

(59) Cuentos, pp. 66-67.

(60) Humboldt, p. 168.

(61) Humboldt, p. 151.

(62) Humboldt, p. 151.

Y si recorremos la región entre Plencia (Gaminiz) y Bermeo, pasando por Baquio (Baquio) y Lemóniz (Lemoiz); tropezamos con uno de los numerosos valles cuyos ríos van al Cantábrico:

«En el camino entre Plencia y Bermeo se han de subir dos altas series de montes, los de Lemonis y los de Bakin, entre los cuales, junto a Bakin, va un arroyuelo por un valle al mar»⁶³.

Aquí, en Lemóniz, se levanta, inactiva, una central nuclear; en Deva hubo proyecto de construir la segunda. Si iniciativas como estas siguen adelante, probablemente dentro de unos años el poeta o el viajero no podrán escribir lo mismo que éste, de principios del siglo XIX, un día de primavera, en el mismo lugar:

«El mar, que continuamente se abarca con la mirada desde la altura, estaba el día en que hice esta caminata, mágicamente hermoso. Era justamente un día de mayor con niebla y chaparrones alternativos, entre los que frecuentes escampadas de sol producían las más mágicas iluminaciones. Tan pronto se encubrían todas las puntas de los montes inmóvilmente en densos velos, como se precipitaba la niebla hacia el mar y amenazaba rodearme con sus húmedas nubes. Luego de repente se hacía oscura la hondonada del mar y de los valles y las puntas de los promontorios adelantaban sus cabezas, como islas brillantes. Después volvía a subir la niebla, y el cielo aparecía tapizado con pesadas y sombrías nubes de lluvia que bajaban sus onduladas puntas hacia el mar.

Hacia la mitad del camino junto a Bakin está el promontorio de San Juan con una isleta del mismo nombre delante y en la cual, según me dijo mi guía, debe habitar un ermitaño»⁶⁴.

Este rápido recorrido por el litoral vasco puede dar una idea de las características más importantes de su paisaje, algunas de las cuales se apuntaban al principio.

La costa se presenta escarpada, con grandes acantilados y numerosos escollos. La fertilidad de los valles existentes en las desembocaduras de sus correspondientes ríos difiere del carácter más árido de los montes que los separan. Estos se definen por su escasa altura, aunque desde algunos de ellos, más elevados y especialmente situados, la vista puede abarcar gran parte del litoral.

En cuanto al mar, cabe destacar su armonía con el entorno (vegetal, animal y humano), para el que, en muchas ocasiones, se erige como eje de la existencia. Esa armonía llega a veces a convertirse en auténtica identificación.

(63) Humboldt, p. 150.

(64) Humboldt, p. 150.

2.2. Pesca y turismo

Dos fuentes importantes de subsistencia para los moradores de la costa son el turismo y las actividades marítimas. Una buena parte de su economía se sustenta sobre estos dos pilares, que pueden darse juntos o por separado.

El pueblo vasco tiene una importantísima tradición marinera, en la que se advierten dos vertientes: por un lado, la de los nombres y hechos que han pasado a la Historia, y por otro, la de la pesca.

Los antiguos pescadores llegaban hasta el mar del Norte, Islandia, Groenlandia y Terranova —Isla de los basques— para capturar ballenas y bacalao:

«Somos los marineros de Fuenterrabía. Somos gente alegre, sin miedo y sin preocupaciones.

Hemos hecho la pesca, el comercio de altura y la piratería... Nuestro pueblo tiene por padre el río y por madre la mar. Antes íbamos a la pesca de la ballena; después fuimos a la del bacalao en Terranova; ahora hacemos expediciones más modestas. Hemos luchado con el francés con valor y constancia; hemos hecho largos y peligrosos viajes.

Conocemos las tempestades y los escollos, los vértigos, las angustias y el terror; el kraken, el monstruo del Maelstrom y la isla de Satanás. Nada de esto nos arredra...»⁶⁵.

Es a estos hombres —marineros y pescadores— a los que con mayor razón se puede aplicar el testimonio del mar al proclamarse centro de muchas vidas.

De las carreras de las tripulaciones para alcanzar las ballenas y de su regreso a puerto con la carga de bacalao para venderla a mejor precio han quedado, como derivación deportiva, las regatas de traineras. Diversos autores (Adolfo de Larrañaga, Gabriel Celaya, etc.) han cantado el carácter de este deporte marinero en sus más diversos aspectos (rapidez de las traineras, esfuerzo de los remeros, etc.):

«¡Sasoya! No es la fuerza corporal desatada.
Tan física es el alma y universal, el ritmo
que ciertas distinciones parece sin sentido.
Yo he visto la trainera de Orio en los buenos días,
su patrón con la mano todavía en la estacha,
los remeros doblados, tan tensos que, aún parada,
vibraba la madera de aquella flecha alerta.
Y yo he visto sus champas
y aquel golpe de remos que a todos nos llevaba»⁶⁶.

Efectivamente, en gran parte del pueblo vasco existe una gran afición por este deporte. Las regatas atraen a gran cantidad de gente de los más diversos lugares: pueblos cercanos, localidades que compiten, etc. De todo ello surge un especial ambiente en el que las apuestas tienen gran importancia. Como en el caso del juego de la pelota, las cantidades que se mueven han sido, en ocasiones, elevadas. Ejemplo de ello fue lo ocurrido con la isla de Izaro, de la que habla Humboldt:

(65) Baroja, *Leyenda*, p. 163.

(66) Celaya, *Canto*, p. 73.

«Delante de la bahía de Bermeo está una isleta, Izaro. En ella hubo en otro tiempo un convento de franciscanos fundado por la reina Isabel en 1500, pero que después fue trasladado, por mayor comodidad a Bermeo»⁶⁷.

Se trata, pues, de una isla de relativa importancia, sobre todo con referencia a pequeños pueblos pesqueros, como Bermeo o Mundaca. Pues bien, el 22 de julio de 1719 estas dos localidades se la jugaron a las regatas. Bermeo ganó la regata y la isla⁶⁸.

Los remeros no llevan, sin embargo, ganancias tan materiales. El verdadero premio de la tripulación ganadora es de muy distinta índole:

«El ritmo lento y hondo, seguro, acompasado
de una triunfal palada,
los pechos respirando la anchura de los mundos,
y el corazón en alto,
y un clamor en Igueldo, y en Urgull, y en el Muelle,
y todos los pesqueros tocando las sirenas
al ver que, ya por puntas, ganaban por dos largos.
Ganaban... ¿Qué ganaban?
El orgullo de ser poderosos y sanos»⁶⁹.

La pesca del Cantábrico es conocida y apreciada en muchos países y en distintas épocas. Ya en el siglo XIV el Arcipreste de Hita, gran conocedor del «buen yantar», hace referencia a ella, que se encuentra entre las huestes de Doña Cuaresma:

«fecho era el pregón del año jubileo,
Por salvar las sus almas avían todos desseo:
Quantos son el mar venían al torneo,
Arenques é vesugos venieron de Bermeo»⁷⁰.

Sobre la vida de los pescadores del Cantábrico se ha escrito mucho: Ignacio Aldecoa en **Gran Sol** se refiere a ella; del mismo modo, Baroja en **La estrella del capitán Chimista**, que se desarrolla en Motrico, en **Las inquietudes de Shanti Andia**, cuyo escenario es Lequeitio (Lúzaro) etc.; Embil, Juan de Aguirre, Galardi, etc. son otros marineros vascos en la obra de este escritor. En muchas ocasiones, directa o indirectamente, se hace referencia al peligro constante de estos hombres cuando van a la mar. Las variaciones del clima, propias de la zona cantábrica, hacen que estas expediciones tengan en ocasiones un final desgraciado.

«La mar es la mar: la mar
que multiplica por cero
un ingenuo dar y dar.

...

La mar inhumana crece
la mar es sólo la mar.
¡Ay, pescador, mal podrás!

...

Pescador, mira que el mar
te amenaza con sus ojos
grises y hijos de imán.

...

La mar, la mar, siempre el mar,
como el perdón sin perdonar,
y el aguantar, y el aceptar.

...

(67) Humboldt, p. 151.

(68) Pinilla, p. 286.

(69) Celaya, Canto, p. 72.

(70) Ruiz, II, estr. 112, p. 92.

¡Ay, pescador, que la mar
ni comprende, ni perdona!
¡Ay, pescador, mira el mar!

La mar es una igualdad.
La mar es como la muerte
que anula para dar paz»⁷¹.

...

...

A esta tragedia del mar se refiere Baroja en **Angelus**, bello cuento en el que exalta, además, la religiosidad del **arrantzale** (pescador) vasco:

«Eran trece los hombres, trece valientes curtidos en el peligro y avezados a las luchas del mar. Con ellos iba una mujer, la del patrón... La trainera, larga, estrecha, pintada de negro, se llamaba **Arantza**, que en vascuence significa espina. Tenía un palo corto, plantado junto a la proa con una vela pequeña...

Habían salido de Motrico y marchaban a la pesca con las redes preparadas, a reunirse con otras lanchas para el día de Santa Catalina. En aquel momento pasaban por delante de Deva...

La trainera se encontraba frente a Iciar. El viento era de tierra, lleno de olores de mote; la costa se dibujaba con todos sus riscos y sus peñas.

De repente, en la agonía de la tarde, sonaron las horas en el reloj de la iglesia de Iciar y luego las campanadas del **Angelus** se extendieron por el mar como voces lentas, majestuosas y sublimes.

El patrón se quitó la boina y los demás hicieron lo mismo. La mujer abandonó su trabajo y todos rezaron, graves, sombríos, mirando al mar tranquilo y de redondeadas olas...»⁷².

La tranquila y bonancible tarde finaliza con un cambio repentino del estado de la mar por el que parece toda la tripulación. A este peligro se expone todo pescador que sale a luchar por su sustento; paradójicamente, a pesar de ser él quien sufre el riesgo, no es el principal beneficiado de lo que tal peligro puede traer consigo.

Los pueblos y los barrios de pescadores tienen una fisonomía especial. Su pequeñez, su carácter íntimo y recogido, su contacto directo con el mar hacen de ellos lugares en que todavía persiste lo que en sitios muy cercanos a ellos ya se ha perdido, a causa del desarrollo turístico, industrial, etc.

«Las barcas quietas, varadas,
con dos remos laterales,
sed de olas y vagancia.

Ahora de tablas vacías
en un gesto de abandono,
las filósofa el turista.

Obligadas a la arena,
en su soledad estéril
nostalgian lírica pesca.

Almas en pena dormidas,
roto y destripado el vientre
tras la tempestad homérica.

Deslucidas y lisiadas
os pudría, como se pudre
el aliento de las barcas.

Por los zarpazos sufridos
en el panteón del agua
los brazos tienen caídos.

Pero también los vapores
anclados sobre el mar
a prueba de pescadores.

Con el candil a la espalda
los barcos de nuestras costas
soportando la resaca.

(71) Celaya, Canto, pp. 116-117.

(72) Baroja, Vidas, pp. 94-96.

Doncellas de las mareas
que, después de haber bailado,
muertas de salitre y brea.

Zarpareis, barcos pesqueros,
evangelizando peces
al destino aventurero»⁷³.

Como burbujas al cielo
aburridas de faenas,
símbolos perecederos.

Orio en Guipúzcoa, es, en este sentido, un ejemplo típico:

«Orio sencillo y difícil
todo está por inventar.
En tu playa he descubierto
que el mar —¡amor!— es el mar»⁷⁴.

Las mismas circunstancias han hecho que muchos de estos lugares hayan pasado desapercibidos para artistas (poetas, pintores, etc.) que han tenido contacto con ellos.

Otros, que les debían especial veneración, no interpretaron o no supieron interpretar su auténtico carácter. Este es el caso de Zuloaga quien, para Gabriel Celaya, no entendió la belleza de Zumaya:

«Zumaya dulce y secreta
Zumaya virgen, Zumaya
palpitando en la luz nueva:
Larga pausa, curva playa,
labio rizado de ausencia,
dime por qué Zuloaga
nunca entendió tu belleza.
Todo lo vio con tus ojos.
No vio el ojo que en él eras»⁷⁵.

No obstante, Zumaya, pequeño puerto de mar más que pesquero, en la desembocadura del río Urola, es un pueblo en el que la pintura tiene la palabra. Además de encontrarse allí singulares obras de arte, es cuna de algunos pintores, como Baltasar Echave y su esposa, la «Zumaya» (siglo XVII). También fue residencia del mismo Zuloaga, que, atraído por la belleza del lugar, construyó su casa veraniega en la playa de Santiago, pequeño museo donde pueden verse algunas de sus propias obras y de otros notables pintores⁷⁶.

Una caracterización general del panorama que ofrecen estos pueblos de la costa que no han sido «invadidos» por la industria o el turismo viene dada por esta descripción de Orio. En ella se señalan motivos comunes de la fisonomía y el aspecto exterior que todos ellos presentan. Hay que hacer la salvedad de que han pasado más de ciento cincuenta años desde que estas líneas fueron escritas; no obstante, el testimonio puede servir para señalar el estado de conservación, en algunos de estos lugares, de un peculiar modo de vida y de unas manifestaciones tradicionales. Orio es un pequeño puerto de pescadores. Sus **arraunararis** (remeros), victoriosos en muchas regatas, lo han sido precisamente por su fide-

(73) Marrodán, p. 95

(74) Celaya, Canto, p. 70.

(75) Celaya, Canto, p. 70.

(76) Donosty, p. 108.

dad al remo de sus traineras de pesca. Su minúsculo puerto se halla al filo del Oria, cuya barra ha sido causa de deplorables naufragios.

«Orio es un poblado mal edificado e insignificante de unas 100 familias. Sólo que en los más pequeños de estos lugares vascongados se halla siempre también una cierta limpieza y el aliño, y en cada uno por lo menos algunos edificios mayores y en parte fastuosamente contruidos. Siempre se distingue la iglesia, la casa consistorial y lo que en el país vascongado nunca falta, el juego de pelota, que de ordinario está rodeado de un muro y con asientos de piedra. El coste de estas construcciones, cuando no dan para ello grandes sumas los particulares hacendados por embellecimiento de su pueblo, se subviene con los ingresos de los bienes comunales (**propios**).

Sobre las puertas de muchas casas en Orio notamos escudos de armas, la mayoría grandes, tenidos por águilas, leones, hombres salvajes, tallados en piedra, y reconocimos en ellos las **casas solariegas** de las familias que las habitaban. Tales casas de abolengo se hallan también a menudo en el país en las aldeas»⁷⁷.

Fuenterrabía es «más sombrío y triste», pero no por eso menos bello:

«Fuenterrabía, que se reflejaba en el mar con su alta iglesia y su torreón desde la redonda colina abajo, en la que está edificada, tiene, tan estrechamente amontonada como está, un aspecto más de ciudad, pero también sombrío y triste»⁷⁸.

Los mismos elementos que hemos encontrado en el «modelo» aludido (pequeñez de edificios, situación, etc.) los volvemos a encontrar en Zarauz con ligeras variantes:

«Zarauz es un poblado pequeño, habitado por unas 1.500 almas, pero que tiene una gran iglesia parroquial y una nueva casa consistorial con un alto portal de columnas. Está arrimado tras el monte Santa Bárbara, cuya alta y escampada pared peñascosa, poblada empero con matorral en lo alto, limita la vista románticamente mirando del camino de Oria»⁷⁹.

Entre los edificios característicos del pueblo se encuentra la iglesia. También las iglesias responden a un modelo que, con más o menos variantes, se repite con relativa frecuencia. La iglesia de Santa María de Ondárroa —severa, pero con muestras del gótico decadente y del plateresco—, una de las más antiguas de Vizcaya, puede servir como ejemplo:

«Ondárroa alcanza un aspecto romántico por su puente de un arco alto sobre el río y su arcaica iglesia. Todas las iglesias de estos pueblecitos son en rectángulo, sin verdaderas torres, pero con varios remates a modo de torrecillas en los lados, y con muros enormemente gruesos, contrafuertes y bóvedas, semejantes a fortalezas. Pero esta se distingue por su tamaño, su antigüedad y la ornamentación gótica, con que está muy ricamente adornada»⁸⁰.

Sus singulares valores artísticos hacen de la de Guetaria un lugar de interés para el viajero. Aquí también se da a mezcla de estilos resultante del largo proceso de construcción y reconstrucción de grandes edificios. Está dedicada a San Salvador y constituye el ejemplar religioso de estilo ojival más genuino y notable de Guipúzcoa, hasta el punto de haber sido declarada monumento nacional⁸¹:

(77) Humboldt, p. 62.

(78) Humboldt, p. 39.

(79) Humboldt, p. 64.

(80) Humboldt, p. 78.

(81) Donosty, p. 104.

«En la iglesia, que tiene una torre alta singularmente adornada, es afamada la talla en el coro. En esta especie de trabajos domina en las iglesias católicas mayores y más antiguas una cierta travesura del capricho del artista, y si se divisan por todas partes en el edificio solamente representaciones severas y religiosas, dentro de la reja del coro, en los variados adornos de los sillones del coro la fantasía toma su libre juego, sin hacer caso del destino y santidad del lugar... También aquí había las más diversas figuras de arabescos y caprichos, ginetes sobre monstruos repetidamente enlazados unos con otros, centauros, cazas de leones, etc.»⁸².

Plencia (Plentzia) ofrece un singular atractivo al visitante del siglo XIX. Su situación, limpieza y alegría llaman su atención de manera que la singulariza y diferencia del resto de las poblaciones costeras. Forma parte, junto con Portugalete, Bermeo, Lekeitio y Ondárroa de las llamadas «Cinco Villas de la costa». Situada cerca de Bilbao (Bilbo), fue en otros tiempos un notable puerto mercantil y pesquero. Fue fundada en 1299 por Privilegio de Don Diego López de Haro III⁸³.

«Plencia es pequeña, pero tiene quizás más que ninguna otra villa de esta región un aspecto pulcro y simpático. Se presenta en particular bien desde la altura. A través del río del mismo nombre, que se mezcla con el mar, junto al poblado va un puente»⁸⁴.

Mención especial merece el puerto de Pasajes, en Guipúzcoa, a cinco kilómetros de San Sebastián (Donostia). Actualmente es el centro pesquero más importante de todo el País Vasco⁸⁵. A principios del siglo XIX ofrecía este aspecto:

«La hermosura y seguridad del puerto de Pasajes es conocida de hace tiempo por otras descripciones. Sólo la entrada es extraordinariamente estrecha, y por esto la arribada y salida no sin peligro. El mar forma entre altas escarpadas peñas una larga y estrecha canal tierra adentro; vista desde la orilla de acá, sobresalen en la misma tres peñas, la del medio más que las otras, y forman en aquélla dos ensenadas menores. En la entrada más externa está el fuerte de Santa Isabel, en la interna está edificado el fuerte de San Sebastián. Al final de esta calle de peñas el estrecho brazo de mar, amenazado por ambos lados por terribles paredes de peña, se ensancha en tranquila, apacible ensenada. La dársena propiamente está en el poblado mismo, de allí vuelve la marea y se extiende hasta San Sebastián en un lago al que rodean viñedos y huertas. Otra parte del agua alcanza hasta Lezo, y brazos menores todavía hoy hasta Rentería, pues en otro tiempo llegaban aún buques mayores a ella»⁸⁶.

El pueblo está edificado en el mismo monte:

«Las casas de Pasages están en parte en una orilla del lago hacia San Sebastián, en parte edificadas alrededor del puerto. Detrás de éstas ascienden inmediatamente paredes peñascosas escarpadas, y se iba de la posada en que nos alojamos, a pie llano del piso, a una terraza del monte. Por delante a menudo las inunda la marea. En esta apretura se ven forzados los vecinos no rara vez a cambiar su morada, lo que se

(82) Humboldt, p. 76.

(83) Sesmero, p. 117.

(84) Humboldt, p. 150.

(85) Geografía regional, p. 89.

(86) Humboldt, p. 45.

verifica sin muchas dificultades, dada la pequeñez de las casas. Vimos en muchos sitios ruinas abandonadas»⁸⁷.

Humboldt habla también de las bateleras: mujeres que prestaban sus servicios de pasaje en la bahía, conocida precisamente con este nombre:

«Ya avanzada la tarde nos hicimos pasar al través del lago hacia San Sebastián; son siempre muchachas las que desempeñan aquí el oficio de remeros; cercan al forastero, no bien se acerca al agua, y porfían unas con otras en incomprensible vascuence por el honor de pasarle al otro lado»⁸⁸.

Su celebridad traspasó los límites de la zona y trascendió fuera de ella. Se las viene citando desde antiguo. Las nombra Leonardo del Castillo en 1660, con motivo del viaje de Felipe IV a la bahía; la Condesa d'Aulnoy las vio en 1679. Las describen también Mañé y Flaquer en 1879 y Madrazo, en **Una expedición a Guipúzcoa**⁸⁹, y las hace famosas Bretón de los Herreros en el drama del mismo nombre, estrenado en 1842. Las citan Alejandro Laborde en 1809, Eliseo Reclus en 1867 y Víctor Hugo y Doussault en 1873⁹⁰. Las de Bretón de los Herreros cantan:

«Aprisa, vengan aprisa
que en leche la mar está
¡laralá!
y fresca como la brisa
pasará la batelera
al que quiera y como quiera
de allí para aquí, de acá para allá.
Ralaralá! Lalaralá! »⁹¹.

En el siglo XVII los Austrias Menores quisieron llevarlas al estanque del Buen Retiro de Madrid sin conseguirlo⁹².

Esta tradición literaria llega hasta nuestros días. He aquí un poema del siglo XX en el que se trata el tema de las bateleras de Pasajes, aunque de forma muy distinta que en ocasiones anteriores. Es una reactualización del motivo literario inspirado, en parte, en dicha tradición:

«El 20 de enero, cuando rayaba el día,
salimos dos amigos para Donostia.
En Txantxonean-txiki nos dimos un trallazo;
luego, dos, tres, y no cuento, pero pasaron de cuatro.
Bien se bebe en Txantxonean. Lo acepté porque era claro.
Pero yo aposté a Chomintxu. Tras discutir, nos paramos.

Era ya el veintiuno —Santo Tomás⁹³, buen día—
cuando anda que anda, yo llegué a Donostia.

(87) Humboldt, p. 46.

(88) Humboldt, p. 47.

(89) Benitez, p. 44.

(90) Enciclopedia, Dic., IV, p. 220.

(91) Bretón, Las bateleras de Pasajes, III, p. 87.

(92) Donosty, p. 74.

(93) El día de Santo Tomás, que San Sebastián celebra con una popular feria, no es el 21 de Enero, sino de Diciembre. Probablemente se trate de una confusión del poeta con las fiestas de San Sebastián (20 de Enero), patrón de la ciudad.

Allí encontré a otro borracho. Triste, fuimos a Lezo,
a tomar agua bendita y a curarnos con rezos.
Al volver por Pasajes, encontramos un batel,
y diré quienes remaban y nos llevaron en él:
Una era la Joshepa, y la otra Mikela,
y así, vuelta al pecado, Divina Providencia»⁹⁴

A una y otra orilla del puerto se encuentran los dos Pasajes, de San Pedro y de San Juan, con tradición pesquera. Antiguamente fueron dos pueblos independientes uno del otro desde el punto de vista municipal. Hoy constituyen, con el Pasajes comercial llamado Pasajes Ancho, un solo municipio; su centro urbano y geográfico es el ámbito del puerto mismo, cuyas aguas que los separan constituyen precisamente su vínculo de unión. A los dos primeros alude Gabriel Celaya en una referencia que constituye una recreación más lírica que la descripción de Humboldt:

«Guiña el ojo con el faro,
juega a bules con el mar.
Amor travieso: muchachas
de San Pedro y de San Juan.
¡Ayl, más me hubiera valido
afrontar la tempestad»⁹⁵.

Dentro de estos pueblos marítimos cabe hacer una serie de distinciones, derivadas de la mayor o menor incidencia de la pesca en el marco de actividades desarrolladas en ellos. Además del impacto turístico, que veremos más adelante, existen diversas circunstancias histórico-económicas que han determinado, en parte, el aspecto exterior de estas localidades, principalmente a partir del siglo XVIII⁹⁶.

Comenzaremos por aquellos lugares donde la actividad pesquera ha sido prioritaria, o única. Esta circunstancia ha influido en muchos de sus hábitos de comportamiento, en sus costumbres y tradiciones; así, el hecho de decidir por votación, en caso de duda por las condiciones meteorológicas, salir a la mar o quedarse en puerto. Humboldt da testimonio de ello al referirse a Lequeitio, donde nació Resurrección María de Azkue (1864-1951), «gran testamento de la tradición popular de los vascos»⁹⁷:

Un paseo aquí por la mañana muestra con una mirada toda la existencia del lugarejo, que con verdad se puede llamar una república de pescadores, pues todos viven de la pesca, y lo que sólo con ello tiene relación se emprende después de consejo en común... Los pescadores y sus ayudantes se congregan, los patronos conferencian unos con otros y la mayoría de votos decide si se debe salir a la mar o no.⁹⁸

María Díaz de Haro, señora de Vizcaya, fundó en Paredes de Nava esta villa —cuna de notables marinos—, en 1325. Si en el pasado sus actividades preferentes fueron la navegación y la pesca, con el tiempo se convirtió, sin abandonar éstas, en localidad turística⁹⁹.

(94) Celaya, Canto, pp. 125-126.

(95) Celaya, Canto, p. 69.

(96) Precisamente por esta circunstancia son de gran utilidad los testimonios de Guillermo de Humboldt, en 1801.

(97) Enciclopedia, lit., III, p. 363.

(98) Humboldt. pp. 168-169.

(99) Sesmero, p. 117.

Otro factor que ha incidido en aspectos de la fisonomía de muchas poblaciones, costeras e interiores, ha sido la tradicional emigración a América. Los indianos que regresaban enriquecidos, acostumbraban a levantar mansiones cuya suntuosidad contrastaba con la sencillez de las demás construcciones. Es el caso de Guetaria:

Guetaria es entre todas las localidades que encontré en esta parte de España el más vivo ejemplo del patriotismo vascongado. El poblado era primitivamente un puerto de pescadores con poca apariencia, como todavía hoy lo muestran las antiguas y mal edificadas casas. Ahora cuenta con varias casas grandes, completamente de piedra, y está adornado con muelles de piedra, fuentes suntuosamente edificadas, y una estatua de un héroe marino en medio. Todo ésto es la obra de algunos particulares enriquecidos en América, y que aquí acostumbran a designar con el nombre **indianos**»¹⁰⁰.

La estatua del héroe marino a la que se refiere Humboldt es la de Juan Sebastián Elcano, primer navegante que dio la vuelta al mundo (1522), hijo de esta localidad:

«...la casa en que debe de haber nacido la muestran todavía en Guetaria. Está pintada de amarillo y se halla junto a la puerta de entrada viniendo de Zarauz.

Allí mismo está en una plaza cuadrangular su estatua. Es de arenisca, en verdad tallada en Madrid, pero de muy mediana hechura, debe de haber costado 22.000 **reales de vellón** (unos 1.500 thaler de nuestra moneda), y tiene en tres lados del pedestal una inscripción latina, española y vasca»¹⁰¹.

Actualmente, un espectacular monumento de Victoria Machol¹⁰² evoca la memorable hazaña, hecho de singular importancia a nivel universal. Sobre la llegada del marino a su pueblo natal tiene Gabriel Celaya una composición en la que alude al «ratón» (vasc. **sagu**) de Guetaria, promontorio denominado así popularmente por su similitud con el roedor:

El «shaguchu» de Guetaria
 calla por viejo y por sabio.
 Sólo un día, cuando Elcano
 volvía, alegró su rabo.
 ¡Qué momento! Le sacaba fotografías el rayo.¹⁰³

Frente a otros fenómenos posteriores, que han deteriorado sensiblemente el patrimonio cultural y ecológico de muchas poblaciones, éstos alteraron su estado «primitivo», enriqueciéndolo.

En la plaza severa, noble y sentimental,
 niñas, nuestras abuelas parece que aún están
 y saltan a la comba, cantan por no llorar...
 Desde Guetaria
 se fue y volvió
 un marinero
 de la Con-Con.¹⁰⁴

(100) Humboldt, p. 65.

(101) Humboldt, pp. 67-66.

(102) Donosty, p. 104.

(103) Celaya, Canto, pp. 69-71.

(104) Celaya, Canto, p. 31.

Tampoco han sido obstáculo para la pervivencia de su tradicional modo de vida. La ballena arponada del escudo heráldico de Guetaria testimonia la clase y antigüedad de su vocación, manifestada además a través de otro tipo de testimonios que conviven con los puramente conmemorativos:

«... La estatua de Elcano no es el único monumento de la fama marina de los vascongados, que nos ofreció Guetaria. En varios huertos vimos las parras apoyadas por grandes huesos de ballena. Es de saber que no pasa fácilmente un año, en que no se extravíen algunas ballenas en el Golfo de Vizcaya; y solamente pocas semanas antes de nuestra llegada se había pescado una en Zarauz. Suelen ser de 36 varas de largo y 8 de alto»¹⁰⁵.

El protagonismo histórico de la costa vasca ha sido grande. Se ha visto envuelta en muchas ocasiones en cuestiones de política internacional desde épocas remotas. He aquí un testimonio significativo, a modo de ejemplo, de los muchos que hay en este sentido; se trata de un texto medieval —1375, **Crónica del reinado de Enrique II**— en el que se ven envueltos Castilla, Inglaterra y Francia:

«E estando y ovo cartas del Rey de Francia, como sobre los tratos de la paz entre los Reyes de Francia é de Inglaterra se avían de ayuntar en la villa de Brujas, que es en el Condado de Flandes, el Duque de Anjeus, é el Duque de Borgoña, sus hermanos del Rey de Francia; é de la parte de Inglaterra el Duque de Alencastre, é Mosen Aymon, Duque de York, sus tios del rey de Inglaterra. E el Rey Don Enrique envió allá por sus procuradores é embajadores á Pero Ferrandez de Velasco, su Camarero mayor é al Obispo de Salamanca, que decían Don Alfonso e Barrasa. E los dichos Embajadores del Rey fueron para una villa de Vizcaya que dicen Bermeo por aparejos y naos é pasar en La Rochela... Después que Pero Ferrandez de Velasco é el Obispo de Salamanca, mensageros del Rey Don Enrique, llegaron á Bermeo, entraron en la mar é levaban tres naos armadas é encontraron con otras dos que partían de Burdeus, en las quales iba un Señor de tierra de Guiana, que decían el Señor del Esparra, que iba para Inglaterra...»¹⁰⁶.

Bermeo es localidad de origen remoto y parece ser que ya antes de 1237 Don Lope Días de Haro II le concedió la titulación de villa. Fue siempre matriz de armadas, puerto fortificado, cuna de navegantes y esforzados pescadores. Es el primer puerto de bajura del Cantábrico¹⁰⁷. De esta villa proviene el linaje de Ercilla, cuya torre se encuentra dominando el puerto:

«Vedla tal como la veo:
entre piedras amarillas
barrotes en las mejillas
de altiva cuna. La leo
—¡oh Araucano de Bermeo!—,
y ardo en sus páginas, quemó
mis detritus de blasfemo.
Hechas obras inmortales
con las manos ancestrales
del férrico Polifemo»¹⁰⁸.

(105) Humboldt, p. 73.

(106) Crónicas, Enrique II, p. 28.

(107) Sesmero, p. 117.

(108) Marrodán, p. 99.

Don Alonso, autor de **La Araucana**, se muestra orgulloso de su procedencia a pesar de haber nacido en Madrid (1533)¹⁰⁹:

«Ves a Bermeo cercado de maleza,
cabeza de Vizcaya, y sobre el puerto
Los anchos muros del solar de Ercilla
Solar antes fundado que la villa»¹¹⁰.

También hombres de la costa han sido protagonistas, más directos, de conflictos bélicos entre grandes potencias. Un caso muy señalado en este sentido es el de Churruca, el héroe de Trafalgar nacido en Motrico, cuyo nombre evoca los **Episodios Nacionales** de Galdós. Su estatua se yergue frente a la casa consistorial de la villa¹¹¹.

Si en Trafalgar lucharon España y Francia contra Inglaterra, Fuenterrabía ha sido en muchas ocasiones escenario de conflictos armados entre las dos primeras. A uno de ellos alude el **cantar de Juan de Lazcano**, viejo poema vasco en el que dicho caballero acude a socorrer la localidad, que se hallaba sitiada por los ejércitos franceses de Luis XI en 1476¹¹². También este lugar Carlos V (1519-1556) pone en libertad a Francisco I (1515-1547), según cuenta Alfonso de Valdés:

«... Y con esto se despidieron el uno del otro y el Emperador tomó el camino para Sevilla, y el rey de Francia muy contento, fué llevado a Fuenterrabía, donde había de ser puesto en su libertad»¹¹³.

Fuenterrabía conoció la atormentada vida de una plaza fuerte, de una plaza de guerra en tensión constante a causa de su situación fronteriza y cerca de una belicosa nación como la Francia de aquellos tiempos. De ellos conserva numerosos e interesantes testimonios históricos. Ciudad antigua, anterior al siglo XIII, cuya etimología del euskera, relacionada con su situación geográfica, señala Humboldt:

«Fuenterrabía debe su nombre a la desembocadura enarenada en que está situada. En los documentos del siglo XIII se la nombra On o Undarribia, y en vascuence actual se llama Ondarrabia, ambos de **Ondartibaya**, río de arena. El mismo origen de nombre tiene Ondarroa, otro pueblo poblado costero en Vizcaya. De Ondarrabia se ha originado después por corrupción el nombre español y el francés»¹¹⁴.

A pesar del rosario de tensiones que jalonan la historia de España y Francia y a pesar de las motivaciones de la «alta política» que las han provocado, los habitantes de Fuenterrabía y Hendaya (Hendaia), vascos, han mantenido y mantienen un clima de armonía, fraternidad y colaboración:

«Los habitantes de Fuenterrabía y Andaye viven naturalmente en diaria comunidad unos con otros. perteneciendo al mismo pueblo, hablando la misma lengua, y en la frontera sólo con pequeñas diferencias de dialecto, deben estar más unidos unos con otros que cualesquiera otros habitantes fronterizos de diferentes reinos. Es una de las crueldades menos tenidas en cuenta en nuestras guerras, poco enlazadas con el interés de los pueblos que conducen, el cortar estas comunidades brusca-

(109) Alborg, I, pp. 951-952.

(110) Ercilla, II, Canto XXVII, p. 222.

(111) Donosty, p. 108.

(112) Enciclopedia, Lit., I, p. 51.

(113) Valdés, p. 50.

(114) Humboldt, pp. 40-41.

mente y el poner entre tranquilos habitantes de localidades amistosas una pared divisoria de odio y enemistad, que es tan extraña a su interés como a sus inclinaciones.

En los valles montañosos más alejados ha costado trabajo al sencillo y rudo sentido natural de los vascos el comprender que una guerra entre Estados, a que ellos pertenecen casualmente, deba sacarlos de sus relaciones ordinarias y prescribir sus sentimientos. Inmediatamente de estallar la primera campaña del año 1793 se mostró un ejemplo notable en la Navarra superior»¹¹⁵.

También a este problema alude Gabriel Celaya, de forma más ligera, tomando como excusa el tema del contrabandista:

«¡Contrabandistas, llevadme”
Quiero ver a los franceses.
¿Franceses? ¿No serán vascos?
¿Zer modu?

Y ellos me entienden»¹¹⁶.

Otro grupo de poblaciones costeras está formado por aquellas donde la industria, local o comarcal, ha provocado transformaciones que han modificado su genuino carácter. Lo veremos en el siguiente apartado, al tratar del desarrollo industrial de la franja paralela a la costa cantábrica.

Cerca de los focos industriales y de sus respectivas zonas de influencia se desarrolla otra importante actividad de la costa vasca: el turismo. Su presencia también ha alterado sensiblemente parte de la fisonomía característica de algunas poblaciones del litoral, aunque no de forma tan acusada como ha sucedido en otras áreas turísticas de la geografía europea. En ocasiones ha afectado incluso al paisaje natural, para algunos acertadamente:

DEVA

«El mar, la mar te llamaba,
Tu voluntad varonil
amó y venció las distancias.
El ingeniero Estibaus
voló la peña enconada
y lograste tu belleza
sólo por industria humana»¹¹⁷.

Otras veces, ha atentado contra construcciones de valor histórico-artístico. En este mismo lugar, Deva, estaba la Torre de Alós, monumento lleno de tradiciones para el País Vasco, que unía su nombre a las **Endechas de Don Beltrán de Alós**, cantar de la primera mitad del siglo XV¹¹⁸. En torno a este motivo, Gabriel Celaya compuso un poema, **Jaun de Alós**, con resonancias claramente populares y mágicas:

«¡Torre de Alós, oh Torre de Alós, Torre de Alós!
¡Qué larga es la escalera de la Torre de Alós!

...

(115) Humboldt, p. 40.

(116) Celaya, Canto, p. 71.

(117) Celaya, Canto, p. 71.

(118) Enciclopedia, Lit., I, p. 51

En la ventana más alta graznan siete viejos grajos»¹¹⁹

Las ruinas de esta antigua torre se sostuvieron en pie en esta villa hasta el año 1844 en que las reemplazó una casa moderna¹²⁰.

La afluencia turística a la costa empezó a dejarse sentir con intensidad hace más de un siglo. Algunos visitantes de importancia, con resonancias literarias, son Bretón de los Herreros, Juan Valera, Benito Férez Galdós, Madrazo, Bécquer, Zorrilla, el Padre Isla, Víctor Hugo, Humboldt, etc. El primero en **La manía de viajar**, epístola dirigida en 1845 a su amigo y padrino el Marqués de Molins, enumera entre los puntos geográficos visitados por los veraneantes:

«Quién va a Cestona, quién a la Borunda

...

O cuanto más se aleja hasta Bermeo»¹²¹.

Juan Valera elogia las playas del Cantábrico (San Sebastián, Deba, Motrico) muy a menudo, manifestando también sus temores y celos por la afluencia de veraneantes a la costa vasca¹²². Benito Pérez Galdós solía visitar a María Guerrero y a su esposo, Fernando Díaz de Mendoza, en Las Arenas, en el barrio de Santa Ana, donde disfrutaban de una corta vacación estival¹²³. Bécquer en **Caso de Ablativo** habla de la inauguración de la línea de ferrocarril del Norte, acontecimiento de importancia y factor que contribuyó a la afluencia turística:

«Heme aquí en San Sebastián traído y llevado por las oleadas de la multitud, sin saber de qué forma valerme para proseguir apuntando mis impresiones. ¡Son tantas las cosas que a la vez reclaman mi atención! ¡Tantos los objetos que a un tiempo hieren mis ojos!»¹²⁴.

Entre los visitantes franceses destaca Víctor Hugo, que estuvo en 1843. La belleza del puerto de Pasajes le sedujo poderosamente y la cantó en **Alpes y Pirineos**. Fue desde San Sebastián a Pasajes a pie, quedándose allí por unos días. Aún puede verse y visitarse la casa en que se alojó, la estancia en que escribió sus impresiones, en el número 59 de la única calle de Pasajes San Juan (Donibane)¹²⁵.

«En Pasajes había antes en la casa antigua donde vivió Víctor Hugo un pequeño museo»¹²⁶.

Pío Baroja escribió de él:

«Victor Hugo ha sido un gran poeta, de fama universal, que ha hablado repetidas veces con simpatía de los vascos, que ha hecho que el nombre de un pueblo de la provincia de Guipúzcoa, Hernani, corra por el mundo entero»¹²⁷.

Zarauz es una localidad con larga tradición veraniega. Hace ya más de un siglo que la reina Isabel II la frecuentó, y en la que numerosos aristócratas españoles construyeron, en-

(119) Celaya, Canto, p. 93.

(120) Enciclopedia, Lit., I, p. 51.

(121) Bretón, La Manía de viajar, V, pp. 93-94.

(122) Valera, II, p. 1402, etc.

(123) Pinilla, p. 234.

(124) Bécquer, Caso de ablativo, p. 1018.

(125) Donosty, pp. 74 y 177.

(126) Baroja, País, p. 132.

(127) Baroja, País, p. 134.

tonces y posteriormente, sus villas y palacios veraniegos, rodeados de parques y jardines. Además, posee edificios de gran interés cultural:

«Zarauz es el pueblo de baños más aristocrático de Guipúzcoa. En su calle principal, casi única, está la famosa torre Lucea, con sus pequeñas ventanas góticas y su aire arcaico. Junto a la playa se levanta el palacio del Marqués de Narros, con muros amarillentos y torrecillas en los ángulos y una hiedra en una de las fachadas. En el palacio de Narros hay un hermoso parque. La iglesia del pueblo tiene un campanario del siglo XIV»¹²⁸.

Esta fama ha traído consigo la consecuencia señalada anteriormente. Por el afán y la necesidad de comercialización que el turismo implica, Zarauz ha perdido parte de su primitivo modo de ser:

«Zarauz se puso a jugar
que sí, que no, con la mar.
En las tardes de invierno,
¡cuánta intensidad!
Luego colgó letreritos
de «se alquila» y «¿quién da más?»
La mar lejana mugía.
No se quería enterar»¹²⁹.

De esta manera se ha producido en muchos pueblos costeros una dicotomía: por un lado encontramos a los pescadores, y por otro a los visitantes. Este doble modo de vida ha influido también en el ordenamiento interno de estos lugares:

«Mucha playa, mucho cuento,
poco muelle y una nube
de gente de tierra adentro.

Los arrantzales trabajan
y mientras, con aspavientos
los forasteros mal nadan.

Las canoas, los balandros.
El chico de la bañista
se chupa el dedo pensando:

—En Madrid están los amos.
¡Ay, si tuviera un buen barco
qué no haría yo por vasco!»¹³⁰.

escribe Gabriel Celaya refiriéndose a San Sebastián. En ésta, como en otras muchas poblaciones costeras se distingue una zona relativamente moderna y en constante proceso de evolución, habitada por los que desempeñan actividades derivadas del comercio, la industria, los servicios... y, en verano, también por los forasteros. Por otro lado, el puerto, en el casco viejo, donde generalmente residen las gentes del mar. La diferencia entre ambas zonas es palpable. En San Sebastián la última es la «Parte Vieja», junto al Paseo Nuevo:

(128) Baroja, País, p. 161.

(129) Celaya, Canto, p. 70.

(130) Celaya, Canto, p. 69.

«...»

Con boina y con gabardina
recorro el Paseo Nuevo,
vivo en lo gris y respiro. ¡Qué bien huele el mar abierto!

Mojado, llego hasta el Puerto
y me meto por lo Viejo.
¡Cómo me sabe el buen vino de los cálidos pellejos!¹³¹.

El mismo poeta recuerda el ambiente de esos lugares, las tabernas típicas, los pescadores, etc.:

«Yo podía beber lo mismo que bebían
aquellos pescadores en Alcalde o Shabino»¹³².

Esta zona es la antigua, la del San Sebastián Viejo. La descripción que de la ciudad hace Humboldt, en 1801, se refiere al mismo ámbito; el punto de visión es el monte Urgull:

«El mar forma por ambos lados del monte, sobre el que está el fuerte, pequeñas ensenadas, que dejan entre ellas solamente una estrecha lengua de tierra. En esta, inmediatamente al pie del monte, está edificada la ciudad. Las dos ensenadas de los lados está limitadas por montes calvos y áridos. Sobre el lado occidental de la localidad, Mendiotta (en castellano **Monte frío**), está el faro del puerto; el del lado oriental se llama Ulía. Delante de la ensenada occidental está la isla Santa Clara, una isla pequeña, peñascosa, en cuyas orillas pobladas de matorral rompen las olas la vista más pintoresca en este paisaje, por lo demás calvo y triste. A este lado está también el puerto, pequeño y que en bajamar queda en parte seco»¹³³.

La «Parte Vieja» de San Sebastián tiene apenas siglo y medio de edad. Es la parte más antigua de la ciudad. Si los donostiarros la denominan «Vieja», es por comparación, pues el resto es más moderno todavía. Su fisonomía urbana se distingue de los nuevos ensanches en que sus calles, alineadas y limpias, son relativamente estrechas, íntimas y populares. A la hora del atardecer, en pleno «chiquiteo» se llenan sus tascas y tabernas, restaurantes y sociedades populares gastronómicas.

La Edad Media configura el carácter mercantil e industrial de la villa, castigada, a intervalos, por frecuentes incendios de su caserío de madera, por embates de mar, y más tarde por pestes y por guerras. El antiguo monte Izurum cambió de nombre y de destino. Se hizo de él un castillo para la defensa del territorio junto con el mar; se le dio el nombre de Urgull, que es con el que desde entonces se le conoce:

«Tú alzabas tus antiguas murallas militares,
y arropada al Castillo, pensabas en tus males.
Allí te retenían piedra, pólvora y sangre,
mas la mar te envolvía con espumas de madre»¹³⁴.

Se reconstruyen al tenor de los nuevos estilos las dos iglesias más importantes —Santa María y San Vicente—; se fundan dos conventos —San Telmo y Santa Teresa—; se erige el ayuntamiento, las murallas y el puerto:

(131) Celaya, Canto, p. 101.

(132) Celaya, Canto, p. 59.

(133) Humboldt, p. 54.

(134) Celaya, Canto, pp. 56-57.

«Es de notar, pero sólo como singularidad no atractiva, la vista sobre la ciudad por el lado de tierra. Hace un cuadrado regular fortificado por todos los lados. Las calles son estrechas, pero las casas altas y en parte edificadas con suntuosidad; la cantidad de balcones, la figura regular de la plaza del mercado, la **casa de ayuntamiento** con abundantes adornos dorados, todo en auténtico gusto español. Desde la altura se ve por todas partes el interior de las calles, en ninguna parte salta tanto a la vista la pequeñez del lugar; y la altura y estilo de las casas y la situación de las callejas da un aspecto sombrío, triste. A los lados de la ciudad hay dos conventos, en el occidental uno de monjas carmelitas, en el oriental otro de dominicos. Nada me ha parecido más melancólico que la mirada de arriba al patio de este convento, circundado por un claustro gris, gótico, y que un único gran ciprés en medio oscurece todavía más. La región más próxima alrededor de la ciudad corresponde a esta imagen. El mar tiene su orilla por todas partes enarenada. Sin embargo, ya a una pequeña distancia, se ve de nuevo matorral verde y campos labrados, y cierra el fondo una cadena de altas montañas navarras y vascongadas»¹³⁵.

Seis siglos y medio tuvo de existencia; en 1813 la ciudad queda destruída, en uno de los últimos episodios de la guerra de la Independencia¹³⁶.

La fatal destrucción de 1813 determinó la reconstrucción del San Sebastián antiguo, la actual «Parte Vieja». La deliberada demolición de las murallas, en 1863, determinó el ensanche inicial y los sucesivos, todos y cada uno de los cuales, tanto por su planificación como por la arquitectura de los edificios, se construyen según los nuevos modelos¹³⁷:

“San Sebastián está abierto
Casi pide violencia.
Derribadas sus murallas
Y aún latente su belleza,
grita con las gaviotas
y se abre paso entre arenas.
Con sus diez mil habitantes
Donosti es sólo una aldea
pero crece respirando
y sus ensanches planea

...

El café de la marina
centra las nuevas empresas»¹³⁸.

El material para la edificación fue transportado desde lugares próximos a la ciudad:

«Merkalín y los boyeros
de Ayete acarrear piedra»¹³⁹.

La construcción se hizo sobre marismas y terrenos pantanosos. De allí surgió la nueva ciudad, el núcleo más importante de San Sebastián de hoy:

(135) Humboldt, p. 55.

(136) Donosty, p. 19.

(137) Donosty, p. 24.

(138) Celaya, Canto, p. 52.

(139) Celaya, Canto, p. 52.

«Allí donde hoy alzamos la verdad construída,
lo inhóspito domado, las calles dirigidas,
sólo naturaleza bruta y bárbara había.
Nuestra ciudad es nuestra. La hicimos como dicha»¹⁴⁰.

A partir de aquí nacieron los lugares que, por regla general, más atraen al visitante de hoy; su centro es la playa de la Concha:

«Entonces nuestra Concha, no era concha; invadida,
sin intención ni estilo, tan solo era marisma.
Las olas vagabundas inventaban sus islas.
Las dunas alternaban: Quitaban y ponían»¹⁴¹.

La Concha es uno de esos lugares únicos, consagrados por universal consenso. Es el paisaje urbano donostiarra que quedó estereotipado desde hace más de un siglo. Decir La Concha es decir San Sebastián, hasta el punto de haberse convertido en uno de los emblemas modernos para muchas actividades de la ciudad (Festival de Cine, etc.). Fue la reina regente María Cristina de Habsburgo quien eligió San Sebastián para sede oficial y constante de su veraneo desde 1887¹⁴².

El paseo que bordea la playa va desde la Parte Vieja hasta el Antiguo:

«La hicimos: Una curva de «Lo Viejo» a «Lo Antiguo»
que anticipó una terca procesión extramuros
yendo por las marismas hacia un santo desnudo¹⁴³
dibujaba la Concha, dando a luz en lo bruto»¹⁴⁴.

En el parque de Alderdi-Eder se encuentra lo que se convirtió en Casa Consistorial tras la suspensión del juego; desde 1887¹⁴⁵, fecha de su inauguración, hasta entonces fue uno de los casinos más bellos del mundo:

«De aquel campo de guerra fue surgiendo este Parque: Alderdi-Eder con niños que juegan y no saben que salir del encierro, conseguir este aire, fue el esfuerzo de muchos y costó libertades»¹⁴⁶.

El resultado de todo ello fue la nueva ciudad, con nuevas características y nuevo modo de ser:

«... hay muchos a quienes les encanta San Sebastián, esa trivialísima San Sebastián, muy limpia, muy linda, muy bien adobada, muy alegre, muy hospitalaria y muy insignificante. Pero, en fin, ha de haber para todos los gustos, y no es cosa de quitar a los tenderos enriquecidos los encantos del Gran Casino easonense»¹⁴⁷

Tratamiento parecido a éste ha tenido la ciudad en la literatura contemporánea. Los escritores del siglo XX han solido ser duros al juzgar —en muchos casos, superficialmente— estos fenómenos:

(140) Celaya, Canto, p. 56.

(141) Celaya, Canto, p. 56.

(142) Donosty, p. 84.

(143) Se refiere a San Sebastián, cuya parroquia está en el Barrio del Antiguo.

(144) Celaya, Canto, p. 56.

(145) Donosty, p. 64.

(146) Celaya, Canto, p. 57.

(147) Unamuno, Por tierras de Portugal y España, I, p. 275.

«Allí donde los donostiarros, en colaboración con los madrileños, ponen la mano, se levanta una cosa vulgar. Ya han afeado y municipalizado el monte Igueldo; ahora están afeando el Castillo; el monte Ulía; si pudieran, afearían y municipalizarían el mar para ponerlo a gusto de los forasteros de la Mancha o de la Sierra de Cazorla»¹⁴⁸.

A la misma belleza, tan nueva, tan limpia, ... alude Gabriel Celaya sin hacer una crítica tan directa:

«Hay banderas, blandros.
Todo azul, como nuevo
...
Hay barandillas blancas
...
Todo es feliz, limpio y claro»¹⁴⁹.

La burguesía aparece como causante principal de este resultado material, como la responsable de la «ordenación urbana» de gran parte de la ciudad, construida así para su recreo:

«La burguesía ha montado para la felicidad
un juguete de lujo llamado San Sebastián»¹⁵⁰.

El clero, concretamente la Compañía de Jesús, es para Baroja el causante de la mentalidad simple de esa misma burguesía. Como en tantas ocasiones, aprovecha, en **Juventud, egolatría**, la circunstancia para atacar a los jesuitas y a las clases influidas por ellos:

«Este pueblo —San Sebastián— que se cree refinado, y que es un pueblo que empieza, está movido por unos padres ignacianos que, como la mayoría de los actuales hijos de Loyola, son gente zafia, bestia, y sin ningún talento»¹⁵¹.

Gabriel Celaya resume en pocos versos el carácter general de la ciudad, las ventajas e inconvenientes que derivan de todo lo dicho:

«Esta ciudad abierta, puramente ideada.
Esta ciudad no dada, sencillamente humana.
Esta ciudad que siempre se quiso sin murallas
y que todo lo acepta, y es bella para nada»¹⁵².

Dada la opinión que Baroja tiene sobre la ciudad, no es extraño que, en cierto modo, le «moleste» haber nacido en ella. Su temperamento y peculiar visión de las cosas iban más de acuerdo quizá con «un pueblo entre montes» o «una pequeña villa costera» que con el San Sebastián de fin de siglo:

«Yo nací en San Sebastián el 28 de diciembre de 1872 soy guipuzcoano y donostiarra; lo primero me gusta, lo segundo menos. Hubiera preferido nacer en un pueblo entre montes o en una pequeña villa costera que no en una ciudad de forasteros y de fondistas»¹⁵³.

Frente a la casa donde nació Baroja (calle Oquendo, n.º 6), propiedad de su abuela, se ha levantado un pequeño monumento con el busto del escritor.

(148) Baroja, País, p. 104.

(149) Celaya, Canto, pp. 60-61.

(150) Celaya, Higa, p. 22.

(151) Baroja, Juventud, egolatría, V, p. 206.

(152) Celaya, Canto, p. 57.

(153) Baroja, País, pp. 103-104.

El San Sebastián de su niñez está reflejado en **Pilotos de altura**. Muy pronto acudió —con sus hermanos— Darío y Ricardo a una escuela de la calle Campanario. El maestro, León Sánchez Calleja, «le arrimaba todos los golpes que podía con el puntero». En 1879 se traslada con la familia a Madrid¹⁵⁴.

Baroja conoció y frecuentó diversos lugares de la capital donostiarra. Uno de ellos aparece en **Los herejes milenaristas**: es el Círculo Easonense. Recuerda la experiencia años después y señala algunos aspectos característicos de este centro de reunión, bajo su prisma de visión:

«Con frecuencia, la lectura de un libro aviva una impresión antigua y olvidada que duerme en las zonas de la oscuridad de la memoria. Esto me ha ocurrido a mi hoy al repasar una obra francesa sobre el milenario.

Me ha recordado una historia que oí contar a un indiano de San Sebastián hace cerca de cuarenta años.

Yo solía ir a pasar el rato al Círculo Easonense, que estaba en el edificio del Gran Casino.

Había allí tertulia de indianos; hablaban éstos de los lugares que habían dejado en América, de las **portunas** y de la gente que tenía mucha plata; leían los periódicos, jugaban al billar y la mayoría eran muy roñosos.

Yo solía acudir a la biblioteca, donde no había casi nunca nadie más que alguno que iba a escribir cartas.

El empleado de la biblioteca, un gallego amable, me traía los libros que le pedía a un sillón, al lado de la chimenea. Hablábamos, y yo le exponía mis opiniones revolucionarias, que él rechazaba, aunque sonriendo, quizá por influencia de la casaca azul que vestía»¹⁵⁵.

La ciudad le sirvió de lugar de inspiración para algunas de sus obras: allí sitúa **Pilotos de altura**, **Locuras de Carnaval**, etc. Libros que escribió en Madrid, como **La casa de Aizgorri**, los pensó allí¹⁵⁶. En otras ocasiones se sirve de sitios concretos, para breves referencias en obras que se desarrollan en otros espacios; por ejemplo, Javier Olarán —protagonista de **El Cura de Monleón**— canta su primera misa en la iglesia de San Vicente¹⁵⁷, etc.

Frecuentemente se refiere, de pasada, a los alrededores de la capital:

«Pasaron Irún, Rentería y Pasajes. Se vieron las luces del monte Igueldo en San Sebastián»¹⁵⁸.

Otras veces describe el ambiente invernal de la ciudad, radicalmente distinto al que hemos visto:

«San Sebastián. Día de fiesta. La tarde es lluviosa y gris. Hay poca gente por la calle»¹⁵⁹.

San Sebastián no es sólo esa ciudad aséptica que han visto algunos autores contemporáneos. Su carácter «propio», casi familiar, el que le dan sus habitantes, varía enormemente

(154) Elizalde, pp. 197-198.

(155) Baroja, Vida, pp. 330-331.

(156) Enciclopedia, Dic., IV, p. 137.

(157) Baroja, Cura, p. 70.

(158) Baroja, Locuras, p. 63.

(159) Baroja, Locuras, p. 63.

del adquirido en épocas de turismo. La vida cosmopolita y multitudinaria desaparece en invierno, cuando se presenta tal como es. Metida en sí misma, cultiva un estilo local en el que aún pervive en cierto modo el espíritu tradicional, testimoniado en algunas de sus manifestaciones públicas. Ni el donostiarra es el «fondista» de Baroja, ni la ciudad es tan «alegre» como la ve Unamuno, ni está tan «puramente ideada» como la describe Celaya. Buena prueba de todo ello es la Parte Vieja y, en otro sentido, ciertas zonas del ensanche de Amara, Sa-gües, Eguña, etc donde no todo es «feliz, limpio y claro».

Otro escritor directamente vinculado a Donostia es Rafael Mújica (Gabriel Celaya). Aunque nacido en Hernani (1911) pasó buena parte de su vida en aquella ciudad, donde realizó sus estudios¹⁶⁰. En su obra recuerda, algunas veces con melancolía, diversos lugares recorridos en el pasado: el Paseo de los Fueros, al que llama «Paseo fin de siglo», el monte Ulía, el Paseo Nuevo¹⁶¹, la romería de Ibaeta¹⁶², el Parque de Mandas -donde, rodeado de un ambiente modernista, hizo sus primeros experimentos poéticos-, etc:

«¡Pavo-reales, corzos, estanques de agua muerta!
Todo municipal mas casi con princesas.
Inmensas avenidas de invierno y de pureza,
y un temblor invisible el árbol se acaba,
y un secreto buscando por este laberinto
de senderos la forma posible de un oído
que haga ser al sonido y al leve escalofrío
de unos visillos blancos en una casa antigua,
o quizás a mí mismo cuando iba, adolescente,
por esas soledades, respirando amarillos
cansancios y delicias, y empapado en nostalgias.

Mas de pronto, terrible, juvenil, me sentaba
en un banco, ponía mi máquina portátil
de escribir en mis muslos, rimaba, tecleaba,
tocaba en el piano de mis adoraciones
sin pensar que mis letras eran como metralla
contra el mágico Parque.

Yo era joven, ¡Tan joven!»¹⁶³.

También en San Sebastián nació Indalecio Bizcarrondo Ureña («Bilinch» o «Vilinch») (1831-1876), uno de los representantes del movimiento literario euskérico que tuvo por centro esta ciudad en la segunda mitad del siglo XIX¹⁶⁴. Fue donostiarra también Catalina Erauso, «la Monja-alférez» (s. XVI), que escribió su autobiografía? También en esta ciudad han residido o residen escritores, como Luis Martín Santos —autor de **Tiempo de silencio** y **Tiempo de destrucción**—, Tellechea Idigoras —con interesantes estudios dedicados al P. Larramendi, al arzobispo Carranza, etc., etc.

El Ateneo de San Sebastián se inauguró el 12 de octubre de 1916, aunque el proyecto flotaba en el aire desde 1912. La inauguración tuvo lugar en el paraninfo del Instituto Provin-

(160) Celaya, Canto, p. 142.

(161) Celaya, Canto, pp. 58-61.

(162) Celaya, Canto, p. 62.

(163) Celaya, Canto, pp. 59-60.

(164) Enciclopedia, Lit., I, p. 644.

(165) Baroja, País, pp. 138-139.

cial, donde se celebraron luego las asambleas solemnes¹⁶⁶. En 1914 se creó la Academia de la Lengua y Declamación Euskara¹⁶⁷. La biblioteca municipal y la de la Diputación son las únicas que tienen cierto relieve, sobre todo la última. En cuanto a sus teatros, merece señalarse el Victoria Eugenia, situado frente a la casa donde nació Baroja.

Las zonas que rodean a la ciudad son dignas, para Humboldt, de toda clase de encomios:

«Sea el que quiera de los numerosos paseos de los alrededores de la ciudad el que se elija, se encuentra la variación más deliciosa de colinas boscosas y valles fértiles, y no sería fácil que hubiese otro poblado de las provincias vascongadas tan en el punto medio de escenas encantadoras de la naturaleza. Hay que haber visto esta hermosa costa por sí mismo, para hacerse una idea de la suavidad y de la frescura de la vegetación, completamente peculiares de ella»¹⁶⁸.

En el camino hacia Orio, por la misma costa, se encuentra el monte Igueldo. Se caracteriza por su faro, uno de los más antiguos e importantes de la costa atlántica cuando sólo había en ella el de Riga. Hoy el faro se ha convertido en un torreón de traza medieval, casi oculto por un moderno hotel. La cima es un balcón apropiado para la contemplación del mar, de la bahía, de la ciudad y de sus cercanías¹⁶⁹.

«Los montes de Igueldo, sobre los que conduce el camino detrás de la farola de **Monte frío** desde S. Sebastián a Orio, se parecen a las lomas peladas del Jaizquíbel. Solamente en pocos sitios encontramos en la altura tierra de labor y matorral, la mayor parte puramente brezal, en que pastaban algunos rebaños. Únicamente tierra adentro divisamos colinas boscosas y valles cuidadosamente labrados, y esta mezcla de aspectos montaraz, y cultivo diligente no es uno de los menores encantos del país vascongado. Desde la altura en que estábamos, pudimos reconocer claramente el carácter de esta región... En la solitaria cumbre del monte no hallamos más que una iglesia con muchas cruces levantadas a su alrededor. También nos encontramos sólo con un único franciscano, un hombre entrado en años con rasgos fisonómicos muy marcados, significativos, en que se echaba de ver que la mano del tiempo y de la experiencia los había elaborado en estas formas expresivas»¹⁷⁰.

El panorama de conjunto del río Urumea, de sus puentes, de sus paseos y de los edificios de ambas márgenes constituye el primer plano de dos más amplias y bellas perspectivas: al Norte, el mar y el cielo; al Sur, las montañas de la provincia. Este río, navarro, pasa por Goizueta, Hernani, Astigarraga, etc.:

«No me detuve en San Sebastián lo bastante para visitar siquiera todos los paseos más principales de la ciudad. Únicamente una hermosa tarde de primavera en el que sigue por las orillas del Urumea, el riachuelo que desemboca en el mar a oriente del castillo, yendo hacia Ernani hallé de nuevo todo el carácter deleitoso de las provincias vascongadas, de que todavía me acordaba con tanta viveza desde mi primer viaje a España, por la arrobadora variación de pintorescas masas de naturaleza»¹⁷¹.

(166) Enciclopedia, Dic., II, p. 213.

(167) Enciclopedia, Dic., I, p. 92.

(168) Humboldt, p. 56.

(169) Donosty, p. 31.

(170) Humboldt, pp. 61-62.

(171) Humboldt, p. 61.

3. Los valles cantábricos

La franja paralela a la costa vasca está surcada por una serie de ríos que desembocan en el Cantábrico. El panorama general de este paisaje es relativamente uniforme:

«EL carácter de la región es aquí en la costa casi en todas partes el mismo. Arroyos pequeños y grandes desembocan, viniendo de los montes más alejados en el mar. La marea sube por ellos y deja su légamo. Por esto siempre valles estrechos entre los montes, profundos cauces y frecuentes quiebras de arena»¹⁷².

Los ríos están orientados, en general, perpendicularmente a las cordilleras, formando una serie de valles hacia el mar. En Guipúzcoa tenemos el Bidasoa (de cuyo valle trataré en el apartado dedicado a las zonas montañosas, por presentar, en la literatura, unas características peculiares, más en consonancia con ellas), el Oyarzun, el Urumea (por desembocar en San Sebastián, se ha visto al tratar de esta ciudad), el Oria, el Urola y el Deva¹⁷³. En Vizcaya: el Artibai, el Lea, el Mundaca o Guernica, el Butrón, el Ibaizábal, el Nervión y el Somorrostro. La ría de Bilbao recibe cuatro afluentes: el Cadagua, el Galindo, el Asúa y el Gobelas¹⁷⁴.

Se caracteriza esta zona por la fertilidad de su suelo. Entre los cereales, es el maíz el que se cultiva con preferencia. Entre las leguminosas, las habas y alubias. De los árboles frutales el principal es el manzano, cuyo fruto se dedica a la fabricación de sidra. Existen también pequeñas plantaciones de vid, dedicándose la uva a la fabricación del **txakoli**, vino agradable y ligero¹⁷⁵:

«Que por lo demás Vizcaya no es para decir de clima rudo, lo demuestra su chacolí, un vino excelente, cuando está preparado con cuidado, y que en cierto modo está en el medio entre el champagne y el mosela»¹⁷⁶.

La zona fue visitada por gran número de viajeros. Los más conocidos han sido citados en el apartado anterior: Humboldt, etc. Francisco de Paula Madrazo le dedica sinceros encomios en **Una expedición a Guipuzcoa**, Enrique Larreta describe lugares de ella en **Orillas del Ebro**, etc.¹⁷⁷.

El río Oyarzun nace en los confines de Navarra y Guipuzcoa. Pasa por diversos barrios de Oyarzun (Oiartzun) y Rentería (Errenteria). Su curso, de alrededor de quince kilómetros, es de escaso caudal, pero produce terribles avenidas. Su valle, como los del resto del país, constituyó en el pasado una entidad histórico-política¹⁷⁸:

«La llanura, que se divisa desde el Jaizquíbel, es el valle de Oyarzuna. En los documentos de la Edad Media ocurre mención frecuente de este valle; se extendía por entonces desde San Sebastián hasta el Bidasoa, y comprendía, además del poblado mismo de Oyarzun, Fuenterrabía, Rentería e Irún; Pasages se llamaba simplemente el puerto de Oyarzuna. Los escritores españoles ponderan el valor y la fortaleza corporal de sus habitantes, y los reyes de España le concedieron varios privilegios... Oyarzuna es una palabra puramente vasca y significa una altura pedregosa. Realmente el

(172) Humboldt, p. 44.

(173) Sollube, I, pp. 106-110.

(174) Sollube, I, pp. 72-77.

(175) Sollube, I, pp. 89-90.

(176) Humboldt, p. 144.

(177) Anselmo, p. 43.

(178) Sollube, I, pp. 108-107.

poblado está edificado sobre una altura, y todo el valle interrumpido por colinas semejantes»¹⁷⁹.

Una de las «murallas» de este valle, en el límite con Navarra, es el macizo denominado Peñas de Aya, cerca del mismo Oyarzun:

«... le han motivado sus tres elevaciones a manera de almenas el nombre de montaña de las tres columnas. Le es difícil al viajero reconocer esta montaña, cuando se acerca uno a ella. En tanto cuanto me he podido orientar es la misma que en Guipúzcoa llaman **la haya de Oyarzuna** y fué la que determinó el remate de la campaña de 1794»¹⁸⁰.

Se encuentran en este valle Rentería y Lezo. En la primera nació, en 1915, Don Luis Michelena, eminente filólogo y profundo conocedor del euskera; escribió, entre otras muchas obras, una **Historia de la literatura vasca**¹⁸¹. En Lezo se encuentra la imagen del Cristo del mismo nombre, objeto de devoción popular. También es cuna de Eugenio de Ochoa (1815-1872), discípulo de Lista; tradujo obras de literaturas extranjeras y fué autor, además, de libros de creación y erudición literaria¹⁸².

La cuenca del Oria es la región central de Guipúzcoa, la más extensa, la que cobija mayor cantidad de pueblos. Es el río principal de la provincia, también por su caudal y longitud. Como la mayoría de los ríos de la franja costera acusa un elevado índice de contaminación, como consecuencia del proceso de industrialización, al que no se pusieron cortapisas. Han desaparecido la limpieza y la rica fauna fluvial que en otros tiempos tuvo. Pasa, entre otras localidades, por Cegama (Zegama), Beasain, Ordizia, Alegría de Oria (Alegía), Tolosa, Andoain, Usurbil, etc.¹⁸³

La capital histórica de esta zona es Tolosa, centro natural de su cuenca media, que además ostentó la capitalidad de la provincia, durante unos diez años, a mediados del siglo XIX, y el Archivo Provincial¹⁸⁴. Allí nació Pablo de Gorosabel (1803-1868), figura culminante de la historiografía guipuzcoana¹⁸⁵. La visitó Garcilaso a principios de Febrero de 1532, camino de Alemania, en compañía del Duque de Alba¹⁸⁶.

Cerca se encuentran Elduayen (Elduain) y Albistur (Albiztur), donde nacieron dos personajes barojianos. En el primero, el Cura Santa Cruz; en el otro, el Cura Gorostidi (Francisco María Gorostidi)¹⁸⁷. En Oreja (Orexa), cerca de Areso (Navarra) vio la luz «la figura más representativa de un período de las letras vascas que dura todavía hoy», Nicolás de Ormaechea («Orixe») (1888-1961)¹⁸⁸.

Entre Tolosa y San Sebastián se encuentra Andoain, que aparece en **Orillas del Ebro**, lugar donde nació el célebre jesuita, exaltador del espíritu vasco, Manuel de Larramendi

(179) Humboldt, pp. 43-44.

(180) Humboldt, p.28.

(181) Arocena, pp. 155-156.

(182) Sobre Eugenio de Ochoa se está preparando actualmente una tesis doctoral en la Universidad de Navarra.

(183) Sollube, I, p. 108.

(184) Donosty, p. 114.

(185) Arocena, pp. 95-96.

(186) Anselmo, p. 41.

(187) Del primero trata Baroja en **Zalacáin el aventurero**, I; **Divagaciones apasionadas**, V; **Las horas solitarias**, V; **Memorias**, VII; del segundo en **El Cura Gorostidi**, V.

(188) Michelena, p. 148.

(1690-1766). Escribió, entre otras obras, La **Corografía o descripción general de la muy noble y muy leal provincia de Guipúzcoa**¹⁸⁹.

Diversos lugares de esta zona, hasta llegar a San Sebastián —Tolosa, Anoeta, Irura, Villabona (Billabona), Hernani, etc—. aparecen en la obra de Baroja **Zalacain el aventurero**.

La bella región del Urola se forma en el macizo del Aitzgorri, yendo a desembocar en Zumaya:

«Este día de viaje... nos proporcionó una variación extremadamente encantadora de diferentes regiones. Primero la situación del puerto de Zumaya. El Urola fluye de un valle deliciosamente cubierto de vegetación, con el cual se une otro en sus orillas, y desemboca entre peñas en el mar; la mirada, siguiendo su curso tierra adentro, se limita por un alto muro montañoso; y detrás del pequeño, recostado en la ladera, se elevan montes escarpados, pero cultivados»¹⁹⁰.

Este río se desliza por tramos escabrosos hasta que llega a Azcoitia (Azkoitia), localidad vecina de Azpeitia, cuna de San Ignacio, fundador de la Compañía de Jesús y autor de los Ejercicios Espirituales, y quién sabe si de Don Sancho, el vizcaino, que pelea con Don Quijote¹⁹¹:

«Azcoitia y Azpeitia son la imagen la más viviente del bienestar vascongado. Solamente separadas por un escaso cuarto de hora y unidad por un escabel seguido de piedra para peatones a la orilla del Urola, parecen constituir ambas un solo poblado. Cada una de las dos tiene su gran iglesia parroquial edificada con lujo y el estilo de las casas, la pulcritud en las calles, los paseos bonitamente dispuestos, todo testifica los abundantes medios de subsistencia de sus moradores. No obstante no son ambas más que pequeñas villas de labriegos, aunque ciertamente en la parte más fértil de Guipuzcoa»¹⁹².

El paisaje, tomando el camino de Asteasu, que pasa por el monte Hernio, es de gran belleza. Antiguamente fue zona de paso de contrabandistas:

«De Azpeitia tomé un sendero solitario, de ordinario tan solo visitado por contrabandistas y algunos pocos campesinos, en dirección a Astiasu. Un camino bravío por lo alto de la montaña en el más espeso bosque, atravesado con estrépito por magníficos torrentes montaraces. De casas se halla meramente algunas aisladas ventas. La más alta es la de Iturriotz, detrás de la cual se divisa todo el país hasta la desembocadura del Oria, San Sebastián y la mar»¹⁹³.

Dejando la zona media de la cuenca del Urola y siguiendo hacia la baja, más cerca del mar, nos encontramos con Cestona (Zestoa). Cestona tiene fama literaria por haber residido allí Pío Baroja. El 12 de agosto de 1894 le conceden la plaza de médico titular de este lugar y el 10 de septiembre del año siguiente renuncia a ella. Al poco tiempo de instalarse tuvo tres importantes revelaciones: la de percatare de que no tenía ni afición ni aptitudes para su carrera, la de dar con su auténtica vocación, la literatura, y su reencuentro con el país. En Cestona escribiría páginas de un vasquismo exaltado y entrañable: **Mari Beltza, Marichu, El trasgo, La venta, Angelus, Noche de médico, Un justo, Grito en el mar**, etc., además de **Vidas**

(189) Arocena, p. 129.

(190) Humboldt, pp. 77-78.

(191) Cervantes, p. 67. Anselmo, p. 9.

(192) Humboldt, p. 170.

(193) Humboldt, p. 171.

sombrias, publicada en 1900¹⁹⁴ Las descripciones, los acontecimientos que narra, etc. nacen, sin duda, de su propia experiencia, de su contacto con las gentes y la naturaleza de esta zona:

«Iba haciendose de día; un montón de nubes blanquecinas se deshilachaban en el azul pálido del cielo; el sol, tibio y sin fuerza, empezaba a iluminar las cumbres de los montes, cubiertas de aliagas de amarillenta flor y de helechos mustios y rojizos»¹⁹⁵.

«Cuando al anochecer, en la casa solitaria del pueblo, donde se desliza mi existencia, oigo el crujido de las ramas secas de los árboles y las desvencijadas puertas se estremecen y rechinan como modulando sardónica carcajada, recuerdos de lejanas épocas se agolpan en mi mente; no son de esos que regocijan el corazón y hacen aparecer a los labios alegre sonrisa, sino de los que contristan el ánimo»¹⁹⁶.

«El comedor de la venta de Aristondo, sitio en que nos reuníamos después de cenar, tenía en el pueblo los honores de casino. Era una habitación grande, muy larga, separada de la cocina por un tabique, cuya puerta casi nunca se cerraba... Del techo del comedor, cruzado por largas vigas negruzcas, colgaban dos quinqués de petróleo, de esos de cocina, que, aunque daban algo más humo que luz, iluminaban bastante bien la mesa del centro; como si dijéramos, la mesa redonda, y bastante mal otras mesas pequeñas, diseminadas por el cuarto»¹⁹⁷.

En **Zalacaín el aventurero** describe lugares cercanos a Cestona: Iraeta, Aizarnazabal, etc.:

«Pasaron por el pueblecito de Oiquina, constituido por unos cuantos caseríos colocados al borde del río Urola; luego por Aizarnazabal y en la venta de Iraeta... Este trozo de camino desde Iraeta a Cestona, pasa entre dos montes y tiene en el fondo el río. De noche, sobre todo, el tal paraje es triste y siniestro»¹⁹⁸.

También Cestona es el escenario de **La casa de Aizgorri**, donde refleja algunos problemas del avance industrial de la zona. Allí se entrevistó con el P. Luis Coloma, que acudió a su famoso balneario:

«El P. Coloma era el tipo clásico de judío... Coloma andaba siempre en coche y se le veía en un salón del hotel del dueño del balneario, sentado en un sofá rodeado de señoras ricas; era un pequeño Chateaubriand del Urola»¹⁹⁹.

El río Deva nace en la sierra de Elgueta a 825 m. de altitud. En su curso atraviesa el valle de Léniz al que Swinburne llamó «Valle encantadoras en su **Viaje** de 1776²⁰⁰ Allí se encuentran Mondragón (Arrasate), Arechavaleta (Aretxabaleta), Escoriaza (Eskoriatza) y Salinas (Leintz-Gatzaga). El río continúa por los centros industriales de Eibar —donde nació Juan Antonio de Moguel y Urquiza (1745-1788), autor, entre otras obras en euskera y en romance, de **Peru Abarca** (Durango, 1881), una de las más importantes de la literatura vasca, con influencias del «buen salvaje» de Rousseau²⁰¹— y Elgoibar. Desemboca en Deva. La sierra de El-

(194) Enciclopedia, Dic., IV, pp. 136-137

(195) Baroja, Vidas, p. 37.

(196) Baroja, Bidas, p. 182.

(197) Baroja, Vidas, pp. 54-55.

(198) Baroja, Zalacaín, p. 142.

(199) Baroja, Memorias, VII, p. 621.

(200) Donosty, p. 132.

(201) Enciclopedia, Lit., I, p. 267.

gueta y el monte Campanzar, a la derecha, y los montes de Elosua y Satin, a la izquierda, confieren a la parte alta de la cuenca del Deva la fisonomía que le es propia dentro de la amplia gama de paisajes guipuzcoanos.

El río Artibai nace en las cumbres de Oiz. Su cuenca se caracteriza también por ese verdor propio de esta zona del País Vasco. También encontramos casas solariegas con su arquitectura característica... y contaminación, ya en 1801:

«Por último apartándonos de la costa el hermosísimo valle de la aldea de Berriatua, que conduce por las orillas de un arroyuelo hasta Marquina. Rodeada por todas partes del variado verdor de heredades, prados y huertos, de colinas deliciosamente cultivadas y de sombríos bosques, tiene Berriatua un aspecto braviamente campesino. El Valle es verdaderamente valle de montaña; del matorral asoman peñascos desnudos, al lado susurra en la hondonada el pequeño, pero rápido, torrente, y al través del verde de los árboles se divisan los negros montones de escoria de las herrerías que aquél pone en marcha. De vez en vez topamos con casas solariegas de grandes familias, cuya sencilla arquitectura no se parece, sin embargo, a la de nuestros castillos, ni modernos ni antiguos, y que sólo se reconocen en su tamaño y en el escudo grabado sobre la puerta»²⁰².

La villa de Marquina (Markina), única en la Merindad de su nombre, fue fundada por privilegio de Don Tello, Conde de Vizcaya, en Bermeo, en 1355. Era la primera localidad por la que pasaba el ramal vizcaino del Camino de Santiago²⁰³.

El río Lea procede también del Oiz, cerca del nacimiento del anterior. Pasa por Guerricaiz, cerca de la Colegiata de Cenarruza, Murélaga (Aulesti) y Guizaburuaga, entre otros lugares. Desemboca en Lequeitio, frente a la isla de San Nicolás. Humboldt da noticias de toda esta zona:

«Detras de Arteaga, hacia Ereño, se sube a los montes, que rodean ya la pequeña planicie del primer lugar. Ofrece un aspecto horrendo la iglesia de Ereño, edificada a una altura considerable, grande, de piedras de sillería oscuras, enfrente de una peña yerma y pelada. Desde Ereño se pierde uno por decirlo así en uno de los bosques de montaña mayores y más pintorescos. El camino, uno de los más hermosos que yo recuerdo, va siempre a considerable altura, a la sombra de robles y castaños, de tamaño increíble y de formas las más bravas y variadas. En la hondonada se ven montes más bajos, casi todos piramidales, y en los valles en forma de caldera limitados por ellos se levanta de su centro de ordinario otro monte en punta. Del matorral emergen por todas partes peñas cubiertas de musgo, algunas rodadas, en parte de enorme tamaño, yacen aisladas, y entre medio, pero muy escasas, algunas viviendas campesinas, pastos libres, y heredades dispersas, bien cultivadas... Cabalgué derechamente a lo largo de la altura detrás del Izpaster arriba y disfruté, volviendo la vista a menudo, del aspecto romántico de la planicie de la aldea rodeada de montes en anfiteatro, y del hondo valle selvático del costado, en que asomaban los árboles de dentro del agua reunida. Ante mí estaba la pelada altura peñascosa del monte, cuyo natural color rojizo hacían subir a verdadero púrpura los rayos divididos del sol. Cuando estuve cerca de la cumbre desapareció el sol; empezó a llover cálida y tranquilamente, y cuando había alcanzado la cima vi la superficie del mar, no más que una línea

(202) Humboldt, p. 78

(203) Sesmero, p. 131.

claramente dibujada, que separaba el gris de las nubes del gris del cielo; una vista indescriptiblemente melancólica; tan grandes, tan silenciosas, tan uniforme y tan incoloras masas»²⁰⁴.

También en Oiz nace el Mundaca o Guernica, para ir a pasar por la localidad del mismo nombre y terminar su curso en Bermeo:

«Un camino agradable conduce tierra adentro por junto al río a esta villa (Guernica), que sólo consta quizás de 100 familias, pero es bien edificada y limpia. Primeramente se viene por parajes montañosos y abundantes en bosque, pero que hacia Gernica se abren en un llano hermosamente cultivado. El río es por lo menos bastante grande para llevar hasta la villa barcas cargadas con cereales y mineral de hierro»²⁰⁵.

El Butrón procede de las estribaciones del monte Bizkargui. Pasa por Munguía (Mungia) y cerca del castillo de Butrón, desembocando en Plencia, junto al cabo Villano.

El Ibaizábal nace en Amboto y Udala, Humboldt siguió su curso hasta que se une con el Nervión para formar la famosa ría de Bilbao. En Zamudio hay un viejo caserío donde una inscripción hace referencia al linaje vizcaino de Cadalso:

«José de Cadalso, en quien las armas y las letras de España tuvieron valeroso paladín, dio su vida en el sitio de Gibraltar el año 1782. Los Amigos del País y el Centro Cultural Bilbaino en memoria de su linaje vizcaino»²⁰⁶.

El siguiente texto sirve para establecer una comparación, en algunos aspectos, entre esta región y la de la cuenca del Artibai:

«El camino de Durango allá (Bilbao) posee todos los encantos naturales que son peculiares de este país; es variado y montañoso, solo que menos enriscado que entre Marquina y Berriatúa, ante el cual debe ceder también en hermosura pintoresca. Sin detenerme en cada sitio, observo únicamente que se debe apartar, para gozar del todo de la belleza del paisaje, de la carretera ordinaria en Zornoza, e ir junto a la ferretería de Astapa sobre Lemona. La belleza de este camino, en que se cabalga casi sin interrupción a la orilla de un arroyo límpido, pero muy sombreado por encantadores sotos, es una indemnización más que suficiente para el pequeño rodeo que se hace. De un monte, no lejos de Bilbao, se divisa un nuevo paisaje»²⁰⁷.

En torno a la desembocadura están Santurce (Santurtzi) y Portugalete, en la margen izquierda, y Algorta, en la derecha. Se trata de la zona industrial vizcaina por excelencia. Punta Lucero y Punta Galea, una enfrente de otra, determinan sus límites con el mar:

«El Ibaizábal desemboca junto a Santurce, más allá de Portugalete, en el mar, que forma allí un abra ancha y pintoresca. Junto a Santurce está la barra a menudo peligrosa para los barcos y enfrente una aldea, Algorta. La bahía está limitada por el lado de Santurce por los montes Cerrantes y Muñatones, enfrente consta la costa de una serie de peñas calizas blancas y escarpadas, que se terminan en la punta di Galía»²⁰⁸.

(204) Humboldt, pp. 166-168.

(205) Humboldt, p. 153.

(206) Pinilla, p. 347.

(207) Humboldt, p. 135.

(208) Humboldt, p. 149.

Yendo hacia Somorrostro nos encontramos con El Desierto. En otro tiempo constituyó una entidad aparte; hoy está absorbido por Bilbao:

«En el camino de Bilbao a Somorrostro no se puede olvidar el Desierto. Esta pequeña península, que forma el Ibaizábal, donde se vierte en él un pequeño arroyo de montaña, el Galindo, es uno de los puntos más encantadores de todo España, pues desde él se divisa de una vez el paisaje de Bilbao, el mar con sus montes piramidales y Somorrostro»²⁰⁹.

El río Somorrostro, en Las Encartaciones, se origina en la sierra de Ordunte, para por Sopuerta (Garaspe), Somorrostro, etc. para desembocar en Pobeña, en la playa de La Arena:

«Los valles encartados son muy dignos de ser visitados por el viajero: no hay en ellos grandes bellezas artísticas, pero las hay de otro género. En ellos se encuentra, jurisdicción de Arcentales, unas fuentes intermitentes que hay motivos para creer que sean las Tamaricas de Plinio, como asimismo el monte Triaño, citado por el mismo autor. En Las Encartaciones está la montaña cónica de Sarantes, que en concepto del sabio naturalista Bowles, es un volcán apagado. Allí se hiergue aún como un espectro ensangrentado la torre de la Jara, sobre la cual, en tiempo de los funestos bandos oñacino y gamboino, se alzaba constantemente una horca. Allí está el castillo de San Martín, donde el célebre Lope García de Salazar escribió, en el siglo XIV, cercado de sus propios hijos, su **Libro de las buenas andanzas e fortunas**. Allí, singulares y antiquísimas casas solariegas, por cuyas saeteras parecen asomar aún los ballestones de la Edad Media y los mosquetes de los siglos XVI y XVII. Allí, en una eminencia llamada el cerco, que domina el angosto valle que separa del mar a los concejos de Sopuerta y Gáldames, se ve el circuito de una foraleza semejante a los castros que aún se destacan en las montañas de Galicia. Allí, en fin, feraces valles, como los que riega el Cadagua; hermosas llanuras, como la que extiende desde la ría de Somorrostro a la de Bilbao; picos que parecen tocar el cielo, como el Colisa, el Cinto y Alen; cavernas como la de la Magdalena de Urállaga, dentro de la cual hay una ermita y se celebra una romería, y la de Artecona, de donde en ciertas épocas se exhala una blanca columna de vapor, que semeja el humo de las locomotoras; aguas termales tan benéficas y buscadas como las de Molinas, y ruinas tan venerables como las de la iglesia de San Martín de Sopuerta, demolida a principios del siglo XVIII y edificada, según tradición, en el siglo X»²¹⁰.

Esta comarca evoca el nombre de Antonio de Trueba (1819-1889), lírico cantor de ella, de la provincia y de todo el país. Se inspiró en el cariño por él, al que conocía profundamente, para escribir sus poemas y cuentos, en los que abundan motivos vascos. Nació en Montellano (concejo de Galdames), siendo bautizado en la iglesia de Santa María de este mismo lugar. A los pocos días se lo llevaron a vivir a Sopuerta, donde se conserva la casa donde pasó su infancia²¹¹.

«En la falda de una de las montañas que cercan el valle de Vizcaya hay cuatro casitas, blancas como cuatro palomas, escondidas en un bosque de castaños y nogales; cuatro casitas que desde lejos solo se ven cuando el otoño ha quitado a los árboles sus hojas. Allí pasé los primeros quince años de mi vida.

(209) Humboldt, p. 143.

(210) Trueba, Libro, pp. 8-9.

(211) Pinilla, pp. 196-197.

En el fondo del valle hay una iglesia, cuyo campanario rompe la bóveda de ramaje y se alza majestuoso sobre los nogales y fresnos, como si quiera significar que la voz de Dios se eleva por la naturaleza; y en aquella iglesia se dicen dos misas los domingos, una en cuanto sale el sol y la otra dos horas después»²¹².

Fue archivero del Señorío de Vizcaya. Se le llamó «Antón el de los Cantares» por su **Libro de Cantares**. Expresa la vena popular y tópica de los vascos (cristianos, bondadosos y sencillos):

«Muchas veces, soñando con mi país, que ese es mi sueño perpetuo, me figuro el momento en que Dios me permita tornar al valle en que nací... Será un día de fiesta aquel en que yo torne a mi valle nativo, y al trasponer la colina desde la cual se descubre por completo, oiré repicar las campanas a misa mayor... Penetraré en el valle con el corazón palpitante, la respiración difícil y los ojos arrasados en lágrimas de regocijo. Allí estará, con su blanco y sonoro campanario, la iglesia donde vertieron sobre la frente de mis padres y la mía el agua santa del bautismo; —allí estarán los nogales y los castaños a cuya sombra bailábamos los domingos por la tarde; allí estará la seve donde mis hermanos y yo buscábamos nidos de pájaros y hacíamos silbos con la corteza del castaño y del nogal; —allí, sobre las estradas, estarán los manzanos cuya fruta derribábamos a pedradas mis compañeros y yo cuando íbamos a la escuela; —allí estará la casita blanca donde nacimos mis abuelos, y mi padre, y mis hermanos y yo; —allí estará todo lo que no siente ni respira; pero ¿dónde estará, Dios mío, todos aquellos que con lágrimas en los ojos me dieron la despedida tantos años ha!»²¹³.

En Valmaseda (Balmaseda), que se encuentra casi en el límite de la provincia de Burgos, tuvo muchos años farmacia y vivienda —calle Pío Bermejillo, 13— el poeta León Felipe, quien se instaló allí después de haber vivido en Santander, donde había ejercido esta misma profesión²¹⁴. La villa fue fundada por el Señor de Bortedo, Don Lope Sánchez de Mena, en 1119²¹⁵.

Esta amplia zona costera ha tenido muchísima importancia en la historia del País Vasco. El lugar que, por decirlo así, simboliza toda ella es Guernica (Gernika), localidad situada en la cuenca del río del mismo nombre.

Guernica fue fundada en 1366 por Don Tello, Conde de Vizcaya, hermanastro de Pedro I de Castilla²¹⁶. Aquí se celebraban las Juntas Generales, al cobijo del secular Arbol, símbolo de la historia del país, junto a la Iglesia Juradera de Santa María la Antigua:

«... se reúnen todavía hasta el día de hoy los Diputados de Vizcaya bajo el árbol de Guernica, y si en la actualidad no tienen ya allí, sino en la capilla edificada al lado, sus deliberaciones, rinden, sin embargo aquí a cielo abierto sus poderes y comienzan en todo caso bajo el árbol de la solemnidad... Se desearía ver un roble venerable por su edad, frondoso, en un sitio campestre, hermosamente despejado, para poder recordar con más viveza aquellos tiempos, en que los negocios de una nación se decidían con más sencillez que hoy apenas los de una familia. Únicamente se halla

(212) Trueba, Libro, pp. 14-15.

(213) Trueba, Cuentos, pp. 470-471.

(214) Pinilla, p. 206.

(215) Sesmero, p. 126.

(216) Sesmero, p. 78.

un roble en verdad bastante grande, pero no pintoresco ni mucho menos, con un tronco resquebrajado, retorcido por el viento, y algunas ramas secas, una imagen, si se quiere, de la organización del país, que también ha arrojado muchas tempestades, aunque también se ha rendido a otras y en más de una pieza ha degenerado de su primitiva forma. Cerca del árbol propiamente dicho hay plantados más jóvenes, para reemplazar en seguida a aquél, si hubiese de perecer. Ninguno de ellos está libre, sino que delante se ha edificado una especie de barrera y tribuna de piedra, a que se sube por algunos escalones. ... Fernando el Católico juró en este sitio las libertades y derechos de Vizcaya. La Capilla, o, como se llama propiamente, la **Iglesia juradera de S. María la antigua** está edificada muy junto, y es una sala alargada, que en sus tres asientos, tallados en madera sencillamente y dispuestos en tres hileras escalonadas, una en el lado estrecho, enfrente del altar, y una en el extremo de uno de los lados largos, a la derecha del altar. La sala está empedrada con piedras rojas, arriba se ven las vigas del techo, y en vez de ninguna otra ornamentación le sirven los retratos muy medianamente pintados de los antiguos señores independientes de Vizcaya... En las juntas se sientan los diputados en los bancos de la sala; para el gobierno se pone una larga mesa con sillas delante del altar, las puertas permanecen abiertas y la sala se llena de oyentes. Estos se sientan sin diferencia entre los diputados mismos; solo las mujeres tienen un sitio siempre muy cerca de la puerta. Solamente los diputados de Mundaca toman de ordinario, aunque sin poseer ningún derecho especial para ello, como los primeros llamados, el sitio superior. Los diputados no tienen ningún traje especial y se ven en mezcla abigarrada el antiguo traje nacional campesino con nuestro ciudadano corriente»²¹⁷.

Todo el País Vasco tuvo en la antigüedad su peculiar modo de organización. Esto ha llamado la atención de los viajeros que lo han visitado. Por ejemplo, Pedro Mantuano, que estuvo en 1615, deja constancia de este hecho, refiriéndose concretamente al territorio de Alava:

«Su gobierno es el mas extraño de todos los de España, confirmado del Rey don Sancho de Navarra, el año de mil y dozientos y diez y nueve: dándoles privilegio, que dellos mismos eligiessen las justicias, y los demás oficios necessarios a su conservación: la qual forma de gobierno escribiré, para que se vea lo que importa a la paz, y quietud de los vassallos, el saberse govar»²¹⁸.

Los Señores de Vizcaya juraban bajo el Arbol de Guernica, como también en otros lugares del Señorío, el guardar los Fueros y costumbres; solamente después de este acto eran reconocidos como Señores. También los reyes acudieron a jurar el Fuero, un derecho, sobre dicho Arbol: Alfonso XI de Castilla, en 1334; Pedro I, en 1358; el infante Juan de Trastámara, en 1371; Enrique III, en 1393; Enrique IV, en 1457; Fernando el Católico, en 1476 y la reina Isabel en 1483; Carlos V, en 1527; Carlos VII, en 1874. Los que no acudían a prestar juramento confirmaban dichos Fueros²¹⁹.

En ocasiones, para que el Señor de Vizcaya fuese reconocido como tal debía jurar en cuatro lugares distintos: Bilbao, Larrabezúa (Larrabetzu), Guernica y Bermeo. En Guernica, tras oír misa en la Iglesia Juradera de Nuestra Señora de la Antigua, descalzado el pie dere-

(217) Humboldt, pp. 154-156.

(218) Pedro Mantuano, *Casamientos de España y Francia, y Viage del Duque de Lerma, llevando la Reina Christianíssima Doña Ana de Austria al passo de Beobia, y trayendo la Princesa de Asturias, nuestra Señora*, Madrid, Imprenta Real, 1618. Vid. Santoyo, p. 74.

(219) Sesmero, p. 18; Pinilla. p. 296.

cho, reconocía solemnemente las antiguas leyes²²⁰. En la **Crónica de Enrique III**, 1393, por ejemplo, se explican algunos detalles de este recorrido, llamado la «Ruta Juradera»:

«...e levó consigo pocas campañas, por quanto la dicha tierra non es abastada de viandas, é es tierra fragosa... E llegó à una villa de Vizcaya que dicen Bilbao, é donde envió sus cartas á todos los Vizcaynos, que viniesen á un logar do acostumbraban ayuntarse. E despues otro dia partió de Bilbao, é llegó á una sierra que dicen en vasquience Arechabalaga que quiere decir en lengua de Castilla, Robre ancho, é allí falló à los Vizcaynos fijosdalgo».

A continuación, el pueblo y la Hermandad de Vizcaya le piden que les confirme y jure los usos y costumbres que tenían de los Señores de Vizcaya. Después de hacerle una serie de peticiones, le rinden homenaje. En el altar de la iglesia de Larrabezúa —que está «a media legua» de allí— vuelve a jurar los fueros y privilegios. Después va a Guernica donde, con más o menos variaciones, se repite la ceremonia. De allí, a Bermeo, a la iglesia de «Santa Ofemia» (según la tradición de los Señores de Vizcaya):

«E de los de la villa traxeronle delante del altar de la dicha iglesia tres arcas, do estaban los privilegios de la dicha villa».

Después de jurar aquí varias veces, vuelve a Castilla, pasando por Guernica, Durango, Vitoria (Gasteiz) —«una villa muy buena» y Burgos²²¹.

En el Siglo de Oro, varios autores (Bernardo de Balbuena, Tirso de Molina, etc.), hicieron referencia al árbol, resaltando además, la nobleza de sangre de los vascos, en relación con el tema de su «igualitarismo»²²²:

«El árbol de Garnica ha conservado
La antigüedad que ilustra a sus señores,
Sin que tiranos le hayan deshojado
Ni haga sombra a confesos ni a traidores.
En su trono, no en silla real sentado,
Nobles, puesto que pobres electores,
Tan solo un señor juran, cuyas leyes
Libres conservan de tiranos reyes»²²³.

A este mismo sentimiento de nobleza se refiere también Alonso de Ercilla, cuyo linaje procede de Vizcaya, en el canto XXVII de **La Araucana**:

«Mira al poniente a España, y la aspereza
De la antigua Vizcaya, de do es cierto
Que depende y procede la nobleza
Por todo lo que vemos descubierto»²²⁴.

Como se ha visto, a pesar de existir una organización «igualitaria» dentro de las Juntas Guernica, había quienes, por tradición, eran llamados los primeros y por esa circunstancia sus puestos tenían también un lugar «privilegiado»:

«Mundaca está en la desembocadura del río que viene de Guernica, y es una **Anteiglesia**. Es la primera cuyos diputados son llamados en la asamblea de los estados de

(220) Sesmero, p. 28.

(221) Crónicas, Enrique III, pp. 212-214.

(222) Vid. el libro de Otazu y Llana, citado en la Bibliografía

(223) Téllez, La prudencia en la mujer, p. 287.

(224) Ercilla, II, Canto XXVII, p. 222.

Vizcaya. Pero esto se funda meramente en una tradición primitiva. Pues, por lo demás, en estas asambleas no vale ningún rango, el llamamiento se hace solo punto por punto una sola vez como los otros»²²⁵.

Jose María de Iparraguirre (1820-1861) el bardo del pueblo vasco, natural de Villarreal de Urrechua (Urretxu), rindió el homenaje poético más popular de todos cuantos se han hecho al Arbol cuando compuso el **Gernikako arbola**. La primera estrofa dice así:

«Gernikako arbola
da bedeinkatuba,
euskaldunen artian
gutziz maitatuba;
eman ta zabalzazu
munduban frutuba
adoratzen zaitugu
arbola santuba»²²⁶.

(El Arbol de Guernica es bendito, muy amado entre todos los vascos; da y esparce tu fruto por el mundo. Te adoramos, oh árbol santo).

La actual Guernica se levanta sobre los escombros y la desolación del bombardeo del 26 de abril de 1937. Este acontecimiento ha pasado a la literatura —con la obra de Vicente Talón, **Arde Guernica**, etc.,—, al arte —con el **Guernica** de Picasso— ...Blas de Otero le dedicó esta composición:

«Aquí estoy
frente a ti Tibidabo
hablado viendo
la tierra que me faltaba para escribir «mi patria
es también europea y poderosa»
asomo el torso y se me dora
paso sorbiendo Roma olivo entro
por el Arco de Bara
de repente remonto todo transido el hondo
Ebro
a brazazos retorno arriba a ti
Vizcaya
árbol que llevo y amo desde la raíz
y un día fue arruinado bajo el cielo.

Ved aquí las señales
esparcid los vestigios
el grito la ira
gimiente
con el barabay
el toro cabreado directamente oid
ira escarnio ni dios
oh nunca nunca
oh quiero quiero que no se traspapelen

(225) Humboldt, p. 156.

(226) Enciclopedia, Lit., I, p. 352.

el cuello bajo la piedra
 la leche en pleno rostro el dedo
 de este niño
 oh nunca ved aquí
 la luz equilibrando el árbol
 de la vida.

Otro capítulo de la historia vasca es el de las luchas banderizas medievales. Hay abundantes vestigios de ellas, sobre todo en Vizcaya: en Gordejuela, por ejemplo, quedan varias casas torres que testimonian los hechos²²⁷. Unamuno explica y recuerda —quizá con melancolía— aquellos tiempos. La Torre de los Zurbarán, en Bilbao, le sirve de pretexto para referirse a ello:

«Al pie de Begoña, en las pálidas y alegres faldas de la cordillera de Archanda, entre espesa arboleda, sin duda, en aquellas revueltas edades, se alzaba, dominando a Bilbao como gavilán a su presa, la Casa-Torre de los Zurbarán. Eran los tiempos que, con pluma concisa y ruda, narró el viejo Lope García de Salazar; los tiempos en que aquellos hombres de almas férreas peleaban «sobre cuál valía más en la tierra», según el cronista nos dice; mas, en realidad, sobre quién había de explotar mas riquezas de los pacíficos labradores; los tiempos de aquellos **parientes mayores**, que asolaban con sus mesnadas y ensangrentaban los risueños valles vizcaínos, tiempos en que, como recuerdo, quedó la división de los apoderados forales en bando oñacino y gamboíno»²²⁸.

También han quedado en la literatura diversos testimonios. Uno de los más interesantes es la crónica de Lope García de Salazar —a la que Unamuno se refería—, **Bienandanzas e Fortunas**. En Somorrostro está en pie La Torre de San Martín de Muñatones (siglo XV), residencia de este banderizo-cronista a quien se le dio el sobrenombre de «el Sabio»:

«En el Somorrostro está el antiguo **Solar** del linaje, de los Salazares, afamado en la historia española, la torre más fuerte y firme, o, como se decía en la Edad Media, cuando el país vascongado estaba desgarrado en diversos partidos, **casa de bando**, de las que aún hoy quedan restos en el país. Ahora pertenece a la familia de los Mazarredo, a que se casó, como ya tuve ocasión antes de notar, la última heredera de los Salazares. Aquí vivió en el siglo 15 Lope García de Salazar, quien engendró no menos de 125 hijos, 120 naturales y 5 legítimos. Su historia, que sin embargo, no se ha impreso, escribió su hijo, pero quien tuvo la desgracia de enredarse en disputas con su hijo menor y perder en ello la libertad y luego la vida. Pues como había hecho un mayorazgo en provecho de su primogénito, quiso el menor arrancárselo para sí, se apoderó del padre y le encerró en una torre del castillo en la que murió de pesar y enojo»²²⁹.

El castillo al que se refiere al anterior texto —la famosa Torre de los Salazar— aún se conserva en Portugalete, cerca de la iglesia de Santa María²³⁰.

En la épica vasca de esta zona también han quedado reflejadas las luchas de esta época histórica. De la derrota que los castellanos sufrieron en Munguía (cerca del castillo de Bu-

(227) Sesmero, p. 107.

(228) Unamuno, De mi país, I, p. 176.

(229) Humboldt, pp. 148-149.

(230) Pinilla, p. 195.

tón) en 1471, a manos de los vizcainos, surgió el **Cantar del conde de Salinas**; este conde era uno de los dirigentes de aquel ejército²³¹ Lo mismo cabe decir de las luchas fronterizas entre navarros y guipuzcoanos. En 1321 se libró una batalla en el pequeño valle de Beotibar —cerca de Tolosa— que dio ocasión a varios cantares tanto en romance como en euskera²³².

Junto a esta literatura que ensalza los grandes acontecimientos de la historia hay otra —especialmente en el siglo XX— que ha preferido inspirarse en motivos menos singulares, y en los que participa la colectividad. Ya hemos visto cómo Baroja canta a los marineros en Fuenterrabía²³³, Marrodán, a los vascos en general...:

«Vascos en la vasca historia
del ayer y del mañana.
Un pueblo que canta y lucha,
un pueblo que lucha y canta.

. . .

Con el corazón os canto
porque soy corto en palabras,
porque ésta es la tierra que amo
hecha pasión, vida y patria»²³⁴.

De la misma opinión son Blas de Otero, que hace su canto universal, y Gabriel Celaya:

«No invoco aquellos hombres que ya están en la Historia,
ni a Elcano el de Guetaria, ni a Ignacio el de Loyola»²³⁵.

Por ello, en muchas ocasiones han ido a beber de las fuentes primeras del espíritu del país para tratar de esos asuntos. En este sentido es de gran importancia esta zona, pues en ella se encuentran todavía vivos muchos de esos motivos populares, de carácter tradicional. Marquina es un ejemplo de ello, y lo era también hace casi dos siglos:

«En Marquina, poblado que sólo se dedica a la agricultura, nos vimos de una vez trasladados en medio de la tierra y de las costumbres genuinamente vizcaynas. Una casualidad nos provocó la detención allí un par de días, y recorrí con frecuencia los campos y ensayé el entenderme con los labradores. Lo conseguí bastante bien, menos por mi conocimiento del idioma, que por su incansable paciencia, con que venían en mi ayuda, con la más visible expresión de alegría de que yo me fatigase por su lengua y costumbres, siempre mostrando a la vez que nombrando los objetos, de que yo hablaba»²³⁶.

Marquina conserva vivas la lengua, las costumbres, etc. vascas: allí se encuentra la Universidad de la pelota, donde se han doctorado los mejores pelotaris del mundo²³⁷.

El juego de la pelota, en sus diversas modalidades, cuenta con numerosos adeptos en esta tierra. Al igual que las regatas, es motivo para que se reúnan cientos de personas, directa o indirectamente vinculadas a este deporte. El ambiente resultante es de gran variedad:

(231) Enciclopedia, Lit., I, p. 50.

(232) Enciclopedia, Lit., I, p. 36.

(233) Vid. cita n.º 1 del apartado dedicado a **Costa II**.

(234) Marrodán, pp. 17-18.

(235) Celaya, Canto, p. 14.

(236) Humboldt, p. 79.

(237) Pinilla, pp. 334-335.

gentes de las más diversas procedencias locales y sociales del país se mezclan en un conglomerado ruidoso y alegre... Nadie mejor que el vizcaíno Unamuno para describirlo (en Abando):

«Aquel día arrastró el ferrocarril de Durango a cientos de hombres de todos los pueblecitos del interior: médicos y curas en mayoría... Desde la mañana temprano bordeaban de la Ceca a la Meca, por las calles de la villa diferentes grupos: «!**Eh, José! ¿Kaishe, Chomin, emendi?** El otro, sonriendo, como resignado, y alzando los hombros: **¡partidubé ikusterá!** «—Hola, Pachi! ¿A lo mismo, eh?» «!A lo mismo!» Se restregaban las manos murmurando: «!Qué partido!» Se citaban para la tarde. «¡Si está aquí medio Munguía!...» decía uno. «Todo Bermeo» otro, y un tercero: «Ha quedado libre Durango!» «¿Has visto al alcalde?» «¿Dónde para el secretario?» Preguntas, exclamaciones, manotadas en las espaldas, apretones de manos, frases plagadas de acentos, recargadas de alma las palabras, castellano, semicastellano, vascuence en sus diferentes tonos y matices, el schicheo del interior, algún que otro **yiya** de guipuzcoano de **beterrí**, el canturreo de la costa. **La Prusiana** parecía una colmena en primavera: gentes que entraban mientras salían otras, yentes y vinientes, andantes y parados, rumor de tenedores y cucharas, retintín de copas timbradas, susurros y palmadas; un gran día, sin duda»²³⁸.

Otros frontones importantes son el «Jai Alai», de Guernica y el «Ezkurdi» de Durango.

Propiamente, la casi totalidad de los deportes vascos vienen a representar la superación de los habituales trabajos. Como prueba de ello tenemos los que se practican en zonas rurales: el arrastre de piedra con bueyes («ldiprobak»), el levantamiento de piedra («Arrijotzale»), la siega a guadaña en las praderas («segalari») ²³⁹, etc. Sin duda, el más afamado de todos estos es el de los «aizkolaris», cortadores de troncos. Celaya exalta el tremendo esfuerzo que supone hacerlo, cantando a **Arriya**, célebre aizkolari de Azpeitia ²⁴⁰.

«Yo he visto a un aizkolari con las manos sangrantes
y he visto que, aunque muerto, seguía golpeando
no sé con qué energía.
¡Sí, yo he visto a Arriya!
Yo he oído el gran silencio del público espectador,
y el corazón de todos pulsando la victoria,
latente, concertado,
sonando con lo claro de aquellos troncos secos
que un ritmo iba golpeando»²⁴¹.

Otra manifestación de la vida tradicional es la danza. Dos son los instrumentos que el vasco usa para su acompañamiento: el txistu y el tamboril. Son famosas el auresku, la espantantza, etc. Humboldt recoge dos de esta zona: una en Hernani y otra en Azcoitia:

«Así en Ermani es usual la **Acheridantza**, danza del zorro. Todos los danzarines se agachan, cada uno con dos cortos garrotes gruesos en la mano, en una hilera unos detrás de otros y el de detrás le sujeta siempre al de delante por el pie. Uno solo está en pie y tiene un tizón en la boca. Con él intenta besar a los otros, y le deben desviar

(238) Unamuno, De mi país, I, pp. 109-110.

(239) Sesmero. p. 156.

(240) Enciclopedia, Juegos, p. 149.

(241) Celaya, Canto, p. 72.

sin perder el equilibrio de su incómoda postura. A este juego sigue luego un entretenimiento con un novillo. Una parte de los jóvenes va al corral y le excita a salir. Otra parte le impide la salida. Una vez que el animal por último ha saltado al otro lado, se le ostiga y persigue»²⁴².

«Otra danza usual en Azcoitia (**Toalladantza**) consiste en una carrera. Los corredores se sujetan, empero, dos a dos por ambas manos en una larga cinta y corren así uno junto a otro. La pareja, que quiere adelantarse a otra, arroja su cinta por encima de la precedente, y de aquí se originan, si se enreda en la cinta uno u otro, muchas escenas cómicas, pero también con frecuencia, si la cinta se enrosca a un corredor y éste es arrastrado, lesiones y accidentes desgraciados. La mayoría de estas danzas tiene su música propia destinada solo para ella»²⁴³.

Junto al pasado histórico del país y la conservación de una serie de costumbres y tradiciones en el pueblo, convive un espíritu de constante renovación que hace que resulte, según expresión de Caro Baroja, «el país más moderno y más avanzado técnicamente ya en la época de los Austrias y Borbonesa»²⁴⁴.

Su posición geográfica ha contribuido enormemente a este proceso de «modernización», que sobre todo se desarrolla, a partir del siglo XVIII, en los núcleos urbanos. En este sentido tuvieron un papel importantísimo el Seminario de Vergara (Bergara) y la Real Sociedad de Amigos del País.

«Sin retroceder a épocas en que el reino vasco sirvió de puerta de entrada a ideas y corrientes intelectuales europeas, han de señalarse, como antecedentes históricos de las ideas bilbaínas de fines y mitad del siglo actual, el enciclopedismo difundido desde el Real Seminario de Vergara y la Real Sociedad de Amigos del País, radicadas ambas entidades, en la vecina Guipuzcoa, tan vinculada a Vizcaya y a su villa»²⁴⁵.

En esta misma zona se ha dado también un fuerte desarrollo industrial paralelo. Los nombres de Eibar, Elgoibar, Mondragón, etc. están estrechamente relacionados con todo ello. Las fábricas de armas ostentan una larga tradición en estos lugares y se encuentran, geográficamente muy «cercanas» al enciclopedismo de hace dos centurias:

«El camino de Marquina a Vitoria, que pasa de Elgoibar por Placencia, donde hay fábricas de armas, hasta Mondragón, junto al Deba, ofrece regiones mucho menos hermosas que la costa, y nada de notable más que el Seminario de Bergara»²⁴⁶.

Esta es, pues, «zona de armas y letras», y parece que convivían pacíficamente y en mutua armonía en esos tiempos. No obstante, diversos escritores —entre ellos el Padre Henao— dicen que sus habitantes, concretamente los bilbaínos, eran más aficionados a las primeras que a las segundas²⁴⁷.

Fue en la villa de Vergara donde los famosos «Amigos del País» pusieron en marcha el célebre Real Seminario de Nobles, en 1764. Los fundadores fueron los célebres «Caballeritos de Azcoitia», con cuyas ideas de reforma escribieron un nuevo capítulo en la historia del país:

(242) Humboldt, p. 128.

(243) Humboldt, p. 129.

(244) Caro, p. 27.

(245) Enciclopedia, Dic., V., p. 217.

(246) Humboldt, p. 91.

(247) Pinilla, p. 14.

« ...

y era como un milagro que en nuestra tierra vasca se dominara el hierro, y un día Zumalabe trajera el martinete, y otro, consideraran nuestros Caballeritos de Azcoitia la reforma de nuestra metalurgia con su raíz del alma»²⁴⁸.

El nombre les viene del lugar donde celebraban sus reuniones en los primeros tiempos. Baroja señala brevemente la ideología del grupo que se formó en torno a ellos y un rápido bosquejo de su historia; refiriéndose a Azcoitia, de donde además eran naturales, escribe:

«Conserva una tradición aristocrática y fue donde primeramente celebraron sus reuniones los enciclopedistas vascos, aquellos célebres («Caballeritos de Azcoitia», buenos compañeros todos de su paisano el Conde de Peñafiorida, natural de Azcoitia, lo mismo que de aquel Ignacio Manuel de Altuna, amigo de Juan Jacobo Rousseau y que quien el filósofo Ginebrino habló y lo citó con elogio.

Con estos hidalgos guipuzcoanos se fundó la Sociedad de Amigos del País, que tenía la mayoría de sus afiliados en Azpeitia, Azcoitia y Vergara. Luego, cuando se vió que la sociedad tenía un liberalismo radical, la mayoría de los socios se apartaron de ella.»²⁴⁹.

De ellos, el principal fue Javier María de Munibe e Idiaquez (Azcoitia, 1729-Vergara, 1785), conde de Peñafiorida²⁵⁰. Además de fundar la Sociedad Bascongada fue literato, autor de una ópera cómica en **euskera** titulada **El Borracho burlado** (Vergara, 1764)²⁵¹.

Humboldt, contemporáneo de estos hechos, habla de la figura de este insigne personaje y de la importante obra que llevó a cabo. El ilustre viajero se alojó, según él mismo cuenta, en la misma casa de Munibe, durante su estancia en Marquina:

«El fundador (del Seminario) fué el conde de Peñafiorida, el promotor de las sociedades patrióticas. En ocasión de una fiesta, que se celebraba en honor del santo patrono de Bergara, se reunieron en esta localidad los hombres más importantes de la región; pero el patriotismo de este hombre hizo de una sociedad vacía e insignificante uno de los beneficios más importantes para España. Pues dió en esta sazón los primeros pensamientos para aquellas, después tan útiles, y añadió pronto el plan de un seminario. Su activo celo se extendió también a su lengua patria. Le protegió de todas maneras, trazó el proyecto de un nuevo diccionario, y él mismo hizo versos en ella. Así compuso p. ej. a propósito de aquella solemnidad una ópera vasca y tradujo del francés el **Maréchal ferrant**. Su familia es netamente vasca, su solar, Munibe, se halla en Marquina. Nosotros nos alejamos de su casa, durante nuestra estancia allí, con la bondadosa venia de su hijo, el actual dueño, que mora en S. Sebastián»²⁵².

En Vergara han vivido escritores como los alaveses Samaniego, Foronda y Landazuri, Santibañes, madrileño afrancesado, y el sevillano y revolucionario abate Marchena, pertenecientes, todos ellos, a la Sociedad. En el siglo XIX, alumnos muy distinguidos salieron de su

(248) Celaya, Canto, p. 19.

(249) Baroja, País, p. 164.

(250) Arocena, pp. 151-152.

(251) Michelena, p. 103.

(252) Humboldt, pp. 91-92.

Real Seminario, como el literato Durán, Francisco Pi y Margall, etc. Entre los contemporáneos que han nacido allí destaca el escritor Justo Gárate (n. en 1900)²⁵³.

También en Vergara tuvo lugar el célebre **Abrazo** entre los generales Maroto y Espartero, en 1839. Con él se puso punto final a la primera guerra carlista. Baroja habla de ello en **Las familias enemigas**.

El espíritu ilustrado se dejó sentir en toda la región. Sin embargo, quizá debido al importante potencial económico que hacía siglos había empezado a acumular y a su condición de capital, fue Bilbao el lugar donde mejor se pudieron apreciar las reformas que los nuevos tiempos traían:

«Si bien en Bilbao no se han conservado costumbres inmediatamente vascongadas, en ninguna ciudad quizás se experimentan, sin embargo, las bienhechoras consecuencias del espíritu nacional vascongado, tanto como ella. Pues sólo en poquísimas ciudades de España se encontrarán tantos establecimientos útiles y costosos regulados al bien común, y en pocas hallará el viajero tantos hombres animados del espíritu de mejoras patriótico ilustrado. En punto a limpieza y hermosura del empedrado sólo se puede comparar en España Cádiz con Bilbao. La disposición para proveer constantemente de buen agua a la ciudad merece notarse en particular. Una gran alberca junto a S. Juan el **antiguo** sirve a la vez todas las fuentes de la ciudad no destinadas a beber, de las que varias manan continuamente, también sirve para limpiar todos los canales subterráneos, y para regar todas las calles en verano con objeto de amortiguar el polvo. El agua potable es conducida a la ciudad de una gran distancia desde los montes de otro lado del río en tubos de hierro, que no lejos de la **Panadería** atraviesan el río mismo. De establecimientos públicos merecen especial mención la **Casa de Misericordia** y el hospital. En la primera se mantenían, cuando estuve allí, unos 90 hombres y mujeres, de los de aquellos, que tenían todavía bastante fuerza, trabajaban en provecho de la casa. Los hombres hacen lienzo y cuerdas, también una especie de Fayence; las mujeres hilan. Mozos jóvenes da también la casa a toda clase de artesanos para aprendizaje a elección propia. Como la casa saca parte de sus ingresos de un impuesto, que debe pagar todo buque a su llegada, sufrió mucho durante la guerra. Se ensayó justamente cuando yo estuve allí, el introducir el sustento de los pobres las sopas de rumford. El edificio es el antiguo colegio de jesuitas. El hospital me pareció distinguirse muy ventajosamente por su limpieza. Otros edificios públicos son la **Carnicería**, el **Matadero**, que puede considerarse en realidad como un modelo de edificios de esta clase, tanto para conservación de la limpieza, como para apartar todos los peligros sociales; el almacén de granos en el antiguo teatro; la casa Consistorial y el llamado Consulado; el teatro recién construido, que da cabida a unas 900 á 1.000 personas, y la fábrica de harinas y panadería general establecida por la ciudad»²⁵⁴.

La mayoría de los viajeros del siglo XVIII —entre ellos, el irlandés William Bowles— coinciden en afirmaciones parecidas²⁵⁵. La importancia de la ciudad, su limpieza, la fortaleza de sus moradores, etc. son aspectos que se señalan, en estrecha relación con la serie de reformas que trajeron a la vida del país las ideas ilustradas.

La construcción fue una de las actividades que se desarrollaron con más empuje desde el siglo XIX. La nueva planificación de las ciudades -motivada por causas de índole econó-

(253) Enciclopedia, Div., V. pp. 217 y ss.

(254) Humboldt. pp. 136-137.

(255) Pinilla, p. 47.

mica, y acelerada en algunos casos, como San Sebastián, por causas imprevistas (incendios, etc.)-- contribuyó poderosamente al desarrollo de esta actividad. Así cobra especial relevancia la figura del contratista: hombres de mediana condición social supieron aprovechar las circunstancias favorables del momento y no dudaron en trasladarse a los núcleos urbanos de más interés para llevar a cabo esta empresa. Un caso que puede servir como ejemplo es el que cuenta Gabriel Celaya en **Crónica de un contratista**: Juancho Irastorza, carpintero de Tolosa, decide, en 1870, marchar a San Sebastián, dadas las posibilidades que la ciudad ofrecía. Como consecuencia del enriquecimiento que su nuevo oficio le trajo, adquirió gran «importancia» en la capital donostiarra:

«¡Y hay que ver con qué arrogancia
por el Boulevard pasea!»²⁵⁶.

Este y otros tipos de empresas, que comenzaron su expansión en el siglo pasado y que continúan hoy, tenían carácter familiar, agrupando a su alrededor parientes de parecida procedencia a la del que se consideraba como «fundador» de las mismas:

«Y allí están los tres Larzábal
de su familia de Azpeitia,
y allí está Martín Aguirre,
y su primo el de Goizueta»²⁵⁷.

El desarrollo industrial de Vizcaya y Guipúzcoa ha sido grande. En el siglo XIX se produce ese despegue económico, que llega hasta hoy. Son importantes las actividades relacionadas con el papel, la siderometalurgia, la pesca —vista en el apartado anterior—, la minería, etc. de las que deriva una amplia gama de actividades.

La industria siderometalúrgica cobra especial relieve en Mondragón, Vergara, Eibar, Elgóibar, Beasain, Legazpia (Legazpi), Zumárraga, etc., en Guipúzcoa; y en la zona de la ría bilbaina, en Vizcaya²⁵⁸. Tiene una larga tradición histórica y hasta mítica, cuyos antecedentes habría que buscarlos en las antiguaserrerías del país y en la figura de Baso-Jaun, de la antigua mitología vasca:

«Creo que Baso-Jaun, metalúrgico humilde,
ese obrero de Eibar, Elgoibar o Vergara
que sabe de su oficio porque ha nacido vasco,
vive como un instinto cierta técnica arcaica »²⁵⁹.

Otra actividad ligada directamente con la anterior es la minería. En este sentido es Vizcaya la provincia de mayor relieve: contó con importantísimos yacimientos de hierro en Somorrostro. Se trata de una gran franja minera —de la que ya habla Plinio en el siglo I— que se extiende, a lo largo de 24 kilómetros, desde la mina «San Prudencio», en San Miguel de Basauri, hasta el límite con Santander²⁶⁰.

El hierro vizcaíno ha sido celebrado desde la antigüedad. Es bastante expresiva al respecto la locución castellana de «llevar o traer hierro a Vizcaya», con el sentido de algo superfluo y excusado²⁶¹. En la literatura del Siglo de Oro encontramos bastantes testimonios signifi-

(256) Celaya, Canto, p. 54.

(257) Celaya, Canto, p. 54.

(258) Sollube, I, pp. 93 y 127.

(259) Celaya, Canto, p. 20.

(260) Pinilla, p. 178.

(261) Caro, p. 91.

cativos en el mismo sentido. Tirso de Molina, por ejemplo, en **La prudencia en la mujer** se refiere a él, comparándolo con el carácter de los vascos:

«Montes de hierro habitan, que a estimallos,
Valiente en obras, y en palabras mudo,
A sus miras guardárades decoro,
Pues por su hierro, España goza su oro.

...

El hierro es vizcaíno, que os encargo
Corto en palabras, pero en obras largo»²⁶²

Tomando como base estos dos últimos versos, Blas de Otero hace su poema, **Gallarta**, dedicado a la minería vizcaína, actividad en la que trabajó el poeta (en la mina de los Alemanes, La Arboleda):

GALLARTA

(el hierro es vizcaíno, que os encargo
corto en palabras, pero en obras largo.
TIRSO DE MOLINA).

Acaso el mar. Tampoco. El hombre acaso.
Es el otoño. Hermoso dios. La tierra
roja. La piedra, roja. Acaso, un árbol
como la sangre. Hermoso dios. La piedra
y el hombre.

Es el otoño. Entonces caminábamos
hacia la cima. El mar en letra impresa.
Corto en palabras, pero en olas ancho.
Hacia las cinco de la tarde. Ortuella
y el aire.

Entonces. Entornó, no sé, los párpados
ella. Hermoso dios de la miseria.
Y, ya en la llambria, a vista de barranco,
el hierro.

Rey de los ojos. Sófocles roñado.
Hundida silla sideral. Paciencia.
Vizcaino es el hierro —el mar, cantábrico—,
corto en palabras. Ley de los poemas
m í o s »²⁶³.

En el siglo XVI el doctor Monarda también habla de las cualidades de este mineral, afirmando que el de Vizcaya es de superior calidad al que se extrae en otros lugares de Europa (Alemania, Flandes e Italiay)²⁶⁴.

(262) Téllez, *La prudencia en la mujer*, p. 287.

(263) Otero, *Pido la paz*, pp. 28-29.

(264) Doctor Monarda, *Dialogo del hierro y de sus grandezas y como es el más excelente metal de todos y la cosa más necesaria para servicio del hombre, y de las grandes virtudes medicinales que tiene*, Sevilla, 1574. Vid, Pinilla, pp. 177-178.

Somorrostro es el centro neurálgico de esta zona. En torno a él se agrupan una serie de «puntos claves» de la minería vizcaína:

«Cuando se oye que el Somorrostro se tiene por el monte, que se eleva en brusco repecho de la costa de Cantabria, allí donde el Océano la baña, según la descripción de Plinio, y que todo él consta de hierro, se espera ver un pico, como el Zarantes o el Pico de Muñatones que está enfrente de él. Solo que el Somorrostro no es un monte aislado, sino una serie de ellos, entre los cuales no destaca propiamente ninguna cumbre. Entre ellos hay un valle, que lleva propiamente aquel nombre, y al fin del mismo una aldea, S. Juan de Somorrostro...

Así colocado y ni cultivado como tierra de labor, ni poblado de arbolado, no se puede incluir el Somorrostro entre los paisajes encantadores. Sus sombrías y yermas alturas, en que la vista solo distingue los senderos de montañeses y arrieros de un rojizo reluciente, sirven solo, entrevistas ya desde el Desierto, como contraste de la vega hermosamente cultivada y simpática de Baracaldo y Luchana.

A pesar de todo hay también en las alturas peladas del Somorrostro buenos pastos, aunque por todas partes se encuentran vestigios de minas de diferentes épocas y todo el monte está revuelto. La mayoría de las minas se hallan en un llano, que se llama Triana; algunas partes tienen nombres particulares, así las minas del rey se llaman **Minas de Janizueta**... Estas minas reales existen desde el año 1792 y tienen por objeto suministrar el hierro necesario para la fundición de cañones de St. Ander. Como estaba abastecida para algunos años, no se explotaban cuando yo estuve allí.

La minería restante merece la pena por su singularidad de examinarla aquí. Conforme al derecho vizcayno puede cavar todo vizcayno nato, solo que ha de quedar a distancia de 10 pies del foso del otro. Si cava uno bajo el otro y le alcanza, tiene que apartarse el de arriba. Si deja uno su mina sin utilizar por un año, la convierte en cosa sin dueño»²⁶⁵.

El desarrollo industrial, tan intenso, ha afectado a las zonas próximas a los grandes centros. De este modo se han creado áreas dependientes de ellos, donde ha habido una transformación o un cambio de las actividades que les eran propias. Un caso típico es el de las localidades próximas a Bilbao, donde en el siglo XIX ya se estaba produciendo este proceso. Con él se ha perdido gran parte de su carácter genuino:

«Portugalete es un sitio pequeño, bastante mal edificado. Se mantiene principalmente de conducir adentro y afuera los buques que llegan y salen. El práctico, que primero viene en ayuda de un buque en peligro, obtiene doble premio. Por esto se apresuran a menudo demasiado al través de la barra y perecen allí con frecuencia.

Cuando en Portugalete me hice pasar al otro lado del Ibaizábal cerca de su desembocadura hacia la tarde, para ir a Plencia, estaba el mar precisamente muy tempestuoso. Altamar estaba completamente negra, pero a trechos jugaba la blanca espuma sobre las sombrías ondas, y entre ellas relucían las blancas velas de las barquichuelas de pesca»²⁶⁶.

(265) Humboldt, pp. 145-146.

(266) Humboldt, p. 149.

Esta villa se encuentra en la desembocadura del Nervión y es la entrada natural, por vía marítima de Vizcaya. Fue fundada en 1323 por Privilegio otorgado en Burgos por Doña María Díaz de Haro. Fue durante siglos rival marítimo de Bilbao; era la salida de las fabulosas venas de hierro de Somorrostro, importante puerto en el Cantábrico, bastión de defensa de la costa de Vizcaya. De pequeña extensión, hoy día se encuentra edificada en la casi totalidad de su territorio y es un centro comercial e industrial de primer orden en el Noroeste de Vizcaya²⁶⁷.

Aquí nacieron Zunzunegui, novelista vasco, cuya obra constituye un importante testimonio documental sobre esta zona y sobre la vida de ciertos sectores del País Vasco, y Adolfo de Larrañaga, poeta²⁶⁸. También es de Portugalete Mario Angel Marrodán. Este, además de una importante y prolífica obra poética —entre otros títulos están **Guía lírica de Vizcaya, Rimas, Bacanal de un loco, Substancia de la Edad**, etc.— tiene interesantes estudios como crítico de arte. Posee abundantes premios y distinciones y su obra ha sido traducida a varios idiomas. A Ugarte, barrio de San Salvador del Valle (Trapaga), donde nació Luis de Castresana, le dedica este poema:

«Un barrio llamado Ugarte:
donde se inician caminos
encartados como vinos
que sorbes para encartarte.
Rincón del que forma parte
compañía muy humana.
Allí nació Castresana:
le piropea una calle,
la calle que el engalana
a San Salvador del Valle»²⁶⁹.

Luis de Castresana es otro fecundo escritor. Entre sus obras de tema vasco se encuentran **El pueblo olvidado, El otro árbol de Guernica, Catalina de Erauso, la monja alférez, Retrato de una bruja, Vida y obra de Iparraguirre**, etc. Él mismo, en su autobiografía, habla de su nacimiento:

«Me trajeron al mundo el 7 de mayo de 1925 en Ugarte, barrio de San Salvador del Valle, a unos pocos kilómetros de Bilbao. Soy, pues, vizcaino de las Encartaciones, a mitad de camino entre los montes de hierro y el Cantábrico. Por allí nacieron criaturas de tan diversa temperatura como el banderizo y escritor Lope García de Salazar, el buen Antón el de los Cantares y Dolores Ibaruri. La Pasionaria»²⁷⁰.

La proximidad a Bilbao ha hecho que esta villa haya roto, en cierto modo, con algunos aspectos de su pasado y se esté enfrentando continuamente con situaciones producidas por la expansión industrial de la comarca; para el poeta es el presente, no el pasado, lo que importa:

«Portugalete no es la villa
que nombraran vetustos cronicones.
El título de noble en los rincones
perdióse del archivo. El vulgo brilla

(267) Sesmero, p. 117.

(268) Pinilla, pp. 222-223.

(269) Marrodán, p. 129.

(270) Castresana, Elogios, asperezas y nostalgias del País Vasco, I, p. 12.

aunque huela a sudor ya francesilla.
 En tal estado de desilusiones
 juntos cantamos nuestras maldiciones
 porque hijos fuimos de la misma arcilla.

La gente llana siéntese cautiva
 en tan traídos y lleva males.
 Importa más lo actual que los reales
 privilegios de antaño, por cansado.
 Importa más hacer la historia viva
 que recordar, con fe, lo antepasado»²⁷¹.

No obstante, en otro sentido, diversos escritores (Peña Basurto, Zunzunegui, etc.) se quejan de que el afán de grandeza industrial de ciertos sectores sociales haya deteriorado diversos aspectos de la vida del país, lo que no está en desacuerdo con estos versos de Marrodán.

La mayoría de los escritores vascos coinciden desde diferentes perspectivas en la afirmación. Por ejemplo, Baroja en **La casa de Aizgorri** deplora las consecuencias del fenómeno industrial. Refiriéndose a Cestona, pone en boca de Don Julián estas palabras:

«... era uno de los pueblos más fuertes de las provincias vascongadas, pueblo de agricultores, semibárbaros, que vivía en este valle hundido. Los Aizgorris, sus antepasados, eran los señores, los jaunchos, como les llamaban aquí, gente aguerrida, con la hermosa crueldad del salvaje, hombre enérgicos, de músculos y de corazón duros como el acero. Vino tu abuelo y puso la fábrica, excitado por el lucro, y poco a poco el alcohol fue infiltrándose y la degeneración cundió por todas partes»²⁷².

La expansión económica no ha sido un fenómeno ni general, ni antiguo. Caro Baroja afirma: «... el país vasco es un país fundamental y esencialmente pobre, es un país en perpetuo desequilibrio, que tiene que traer alimentos, que en todas las actas de las juntas podéis ver que está preocupado siempre, no por esa especie de alto nivel de vida que ahora se le atribuye»²⁷³. Prueba de ello es el fenómeno de la emigración vasca a América, ya señalada en el apartado referido a la Costa.

«No cuenta; no recuerda;
 se borra en su memoria como un dolor aquello
 del encorvado esfuerzo,
 y aquel vacío inmenso que iba multiplicando,
 pensando sólo en esto:
 En esto tan pequeño como el pueblo de Azpeitia,
 su madre (que ya ha muerto),
 el tiempo contra-tiempo,
 los **chokos** donde, niño, jugó, y hoy busca ciego,
 el recuerdo»²⁷⁴.

También Trueba trata, en diversos lugares de su obra, sobre la emigración vasca. Sus planteamientos resultan superficiales, por no profundizar en las verdaderas causas de la situación:

(271) Marrodán, p. 164.

(272) Baroja, *Casa*; pp. 87-88.

(273) Caro, p. 20.

(274) Celaya, *Canto*, p. 105.

«Por su fondo corren paralelamente la carretera y el riachuelo que muere en el valle donde nace, dichosa suerte que tendreis muy pocos de vosotros, ¡oh pobres hijos de nuestras montañas!, que las abandonasteis, creyendo encontrar la felicidad en esa inhospitalaria América, donde suspirais por tornar a ellas... Multitud de caseríos pueblan así el fondo como las laderas del valle (Mijoa) en toda la extensión de éste, y en el centro de aquella pacífica, hermosa y honrada república, está la aldeita de Illumbe, que pudiéramos llamar su capital, con la iglesia de San Juan en medio y sus casas, pobres, sí, pero blancas y saneadas; y su campo poblado de nogales, y sus huertos orlados de parrales y cerezos, y sus bandadas de gallinas y palomas, y sus moradores, que trabajan y cantan y rien más felices que vosotros, los que abandonasteis nuestras montañas, creyendo hallar la felicidad lejos de ellas»²⁷⁵.

Los mismos problemas de desarraigo, de anhelo de volver a la tierra de origen, etc. los tuvieron también miles de trabajadores de diversos puntos de España, que se vieron forzados a emigrar al País Vasco. Esta zona, por sus peculiares características económicas, ha sido un importante centro de atracción. La literatura (Aldecoa, Zunzunegui, etc.) también se ha ocupado de los emigrantes y de la diversas secuelas que, tanto para estos como para los nativos, el fenómeno trajo consigo.

Unamuno se queja de las consecuencias de la situación, añorando —con cierta nostalgia— tiempos pasados, en los que no revestía aún la intensidad que hoy presenta:

«Francamente, voy perdiendo la gana de volver a Bilbao, y no me deleita el saber de sus progresos. Que progrese, sí, que progrese; mas sin que yo lo vea, a serme posible. ¿No ha de sernos concedido alimentar en el alma el rescoldo de la ilusión romántica?

Cuanto más prospera y crece mi pueblo, menos me atrae, porque tanto más deslustra el retrato que de él yace prendido en el cristal de mi espíritu. Es la casa de todos; en hora buena, así debe ser. Así debe ser, pero, ¡ah! ¡ah! ¡los tiempos en que era **nuestra** casa, la de la familia, que poco más que por muertes y nacimientos se renovaba! Sólo lo pasado es poético, sólo lo que ha vivido»²⁷⁶...

En la segunda parte del texto, Unamuno se está refiriendo al Bilbao del último tercio del siglo XIX. No es extraño que encuentre tan grande la diferencia, pues setenta años antes todavía esta capital conservaba antiguas tradiciones:

«En una **Ante-Iglesia** situada muy junto a Bilbao vi una llamada **Romería** o fiesta de aldea, que antes no había tenido ninguna ocasión de ver. La plaza de baile era delante de la casa consistorial, que estaba enfrente de la iglesia. En un ángulo de la misma estaba sentado en un canapé de terciopelo rojo adornado con el escudo de armas bordado en plata el **Fiel** (juez, regidor) del lugar con una larga vara, con que él mismo apartaba a los muchachos, que se empujaban hacia adelante. Ante él había dos picas clavadas en tierra y de las ventanas de la iglesia colgaban dos banderas en rojo y blanco. Una increíble cantidad de personas había acudido en masa de Bilbao y el espectáculo más agradable era divisar éstas bajo los umbrosos árboles, en los más diversos grupos, en parte echados, en parte circulando, en parte bailando. Refrescos, figones de todas clases: nada faltaba, ni siquiera un tutilimundi con la historia del hijo pródigo. Mujeres y hombres andaban en su mayoría separados. Las

(275) Cuentos, pp. 66-68.

(276) Unamuno, De mi país, I, p. 169.

mujeres casi todas en **Basquiña** y mantilla, y las del pueblo con sus trenzas nada menos que encantadoras, enormemente gruesas, negras, que en muchas llegaban hasta por las caderas abajo. El baile era como de ordinario, pero el regocijo general y rezoión. La duración de estas diversiones la determina el **Fiel** según su parecer, la mayoría de las veces no las deja continuar más allá de las 8, 8 1/2 de la tarde»²⁷⁷.

La zona de la ría de Bilbao constituyó un gran complejo industrial; sin duda, el más importante de todo el País Vasco. La siderometalurgia, actividad principal, presentaba tres grandes centros de producción: Altos Hornos, Echevarría y Basconia. A su alrededor se levantaba un enjambre de factorías que fabricaban desde calderas de vapor hasta artículos electrodomésticos. El origen de todo ello fue, según ya se ha visto, el hierro de los alrededores:

«Bilbao es el puerto más importante del norte de España gracias a la activa explotación del hierro que sale de sus alrededores. Este hierro, célebre ya desde la Edad Media, y que hasta Shakespeare citó en su comedia **Las alegres comadres de Windsor**, es la gran riqueza del país»²⁷⁸.

En esta zona se encuentran Baracaldo, Sestao, Basauri, etc., centros de importancia en la vida económica del país:

«El camino de Bilbao allá va por la orilla derecha del río pasando Olabiaga, el verdadero puerto de Bilbao. A la derecha se tienen en la mayor parte altas y pintorescas peñas; en la orilla opuesta un paisaje agradable muy cultivado y plantado. Una antigua torre cuadrangular, que está en este lado, justamente donde se une con el Ibaizabal un riachuelo junto a Luchana, recuerda el sistema feudal de los siglos pasados. Pues esta torre tenía antiguamente el derecho de cerrar el río, y percibir un tributo de los buques al paso. Detrás de Luchana están en un simpático valle las viviendas campesinas de Baracaldo dispersas y rodeadas de vegetación. El Desierto está unido por este lado con la tierra firme y viniendo de Bilbao ha de hacerse uno pasar a él al través del río. Hacia este lado es también la vista hermosísima, bien que se abarca con la mirada sin tropiezo todo el paisaje desde el monte, que está justamente donde se reunen los dos ríos»²⁷⁹.

En los pasados siglos, el Nervión fue el motor de la vida de Bilbao, la razón de su existencia. Por aquí navegaron los pataches cargados de mineral de hierro para las ferrerías vizcaínas, y los mercantes que conducían al Norte de Europa las lanas, vinos y otras mercaderías castellanas. Hoy, en sus márgenes se suceden los edificios de todo tipo, alternando las instalaciones industriales con las casas de vecindad, formando un conjunto con un alto índice de población²⁸⁰.

De él se ha escrito bastante, sobre todo en la literatura contemporánea (Unamuno, Zunzunegui, Salaverria, etc.). En muchas ocasiones, el tratamiento ha sido negativo, debido, en parte al estado de sus aguas, por encontrarse en medio de esta región industrial. Castresana sale en su defensa:

«... Alguien os dirá, tal vez, que el Nervión no es un río lírico, sino una ría gris y sucia. Alguien os dirá, tal vez, que en sus orillas no se yerguen árboles poblados de pájaros, sino ferrerías, altos hornos, chimeneas y grúas. Decidle que es verdad; pero añá-

(277) Humboldt, pp. 138-139.

(278) Baroja, País, p. 228.

(279) Humboldt, p. 143.

(280) Sesmero, p. 52.

did que la ría vizcaína está llena también de calambrazos inefables en los que se combinan la doble emoción de lo sentimental y de lo estético.

Decidle que en esta irrefrenable vocación de nuestra ría también hay poesía.. decidle que este Nervión hecho ría a pulso de vocación y de destino, en fin, tiene unas raíces tan profundas y tan poéticas y verdaderas como el Duero y sus álamos cantados por Machado»²⁸¹.

Aquí está la capital de Vizcaya, el centro vital de toda esta amplia zona, «dentro» del mismo Nervión y rodeada de montes. Unamuno describe con gran precisión el carácter físico de la región enumerando una larga serie de los lugares más importantes que podemos encontrar allí:

«Bilbao, ensartado en el Nervión, se acurrucaba en aquella hondonada, cubierto en el edredón de la niebla, humeando a trechos y ocultándose, en parte, tras el recodo del camposanto. La luz de la mañana hacía brillar el verde de los campos de Albia, tendidos al pie de Arraiz. Apoyándose sobre las pardas peñas de San Roque, contemplaba a la villa el pelado Pagagorri, y, sobre sus anchas espaldas, asomaba la cresta Ganecorta el gigante. Parecían tías que contemplaban al recién nacido sobrino, Arraiz, Arnótegui con los brazos abiertos, y Santa Agueda, de famosa romería...

El Nervión, ría y no río —¡ajo!—, culebreaba a todo lo largo de la vega de Olaveaga; más lejos, parecía a ratos bosque de jarca; luego las altas chimeneas del Desierto, cuyo humo se mezclaba a los pesados nubarrones que venían de hacia las recortadas minas de vena roja. Se abría la ría, no río —¡ajo!—, en El Abra; Serantes el puntiagudo, reproducido el Montañón, se miraba en el mar; allí, Las Arenas, como nacimiento de cartón, y volviendo a la derecha..., el valle de Asúa, la inmensa calma de la aldea, Chorierrí, tierra de pájaros, la tierra de promisión, el campo de los chimbos y los chimberos. En él, Sondica, Lujúa, Erandio, Zamudio y Derio, cinco pueblecitos como cinco polladas, con sus cinco iglesias como cinco gallinas, picoteando en su valle de verdura eterna»²⁸².

Humboldt hace también una extensa descripción de la naturaleza de esta zona. El texto resulta interesante porque una serie de elementos («encajonamiento» de Bilbao entre montes, etc.) se repiten, con ligeras variantes, en ambas y porque da noticias —aunque escasas— del bilbao de 1801:

«De un monte, no lejos de Bilbao, se divisa un nuevo paisaje. La villa yace incluida por montes y colinas hermosamente coronados, y sus blancas y amistosas casas relucen al través del verdor de los árboles. Detrás de ella se abraza con la mirada casi todo el camino hacia el mar, y aparece aquí por primera vez el hermoso pico de Zarrantes sobre cuya regular figura de pirámide descansan tan agradablemente los ojos, y después siempre se le tiene a la vista.

Si bien Bilbao es con mucho la ciudad más importante y floreciente en muchos respectos también la más encantadora del país vascongado, solo diré, no obstante, pocas palabras de ella. Pues por una parte otros narradores de viajes ya han hablado por extenso de ella, por otra parte es, en el designio de mi objeto final precisamente la menos notable de todas. Pues el continuo tráfico con forasteros ha desalojado las

(281) Castresana, Elogios, asperezas y nostalgias del País Vasco, I, pp. 147-148.

(282) Unamuno, De mi país, I, p. 151.

costumbres patrias, que solo se pueden buscar en el campo y en la montaña, y hasta el idioma es en alto grado impuro, y mezclado con castellano.

Las encantadoras márgenes del Ibaizábal, que con sus colinas pintorescamente cubiertas de verdor semejan al más hermosos y variado jardín inglés, será mejor visitarlas por sí mismo que leer su descripción, y quien sólo permanezca aquí algunos días, visitará de buena gana las alturas de Altaniera, para desde allí abarcar con una mirada el paisaje más encantador, el reluciente mar a lo lejos, y el Zarantes con las otras puntas, igualmente piramidales que le rodean; o se sumergirá en el valle junto a la orilla o puesta del río y marchará en dirección contraria de su rápida corriente hasta la ruidosa caída por sobre la presa de la nueva **panadería**, y a la vuelta no olvidará el hermoso roble-dal delante de la milagrosa imagen de María en Begoña. Ya desde el **Arenal**, el paseo de la ciudad junto al río, plantado con avenidas umbrosas de tilos, se goza de una de las vistas campestres más encantadoras sobre la orilla opuesta del río»²⁸³.

El carácter de la capital vizcaína no gustó a Baroja, quien vió en ella las consecuencias negativas de ese proceso de industrialización. Ninguna de las cuatro capitales, cada una por diferentes causas, gustó a este novelista vasco:

«Me gustó mucho la ría de Bilbao; pero la vida de la ciudad no me gustó nada. Me pareció una vida de factoría, una vida estrepitosa y chillona, unos cafés llenos de humo y unos teatros llenos de hombres, y de hombres petulantes, cosa verdaderamente desagradable»²⁸⁴.

Estos son algunos de los inconvenientes de todas las grandes concentraciones urbanas. Tratamiento parecido recibe la ciudad en otros lugares —**A la Alta Escuela, etc.**— de la obra de este escritor.

El aspecto que ofrecía Bilbao a principios del siglo XIX difería notablemente del actual. No obstante, algunos de los «grandes edificios» aún hoy se conservan²⁸⁵:

«Las casas en Bilbao no son tan grandes y suntuosamente edificadas como en otras ciudades aún más importantes de España; sin embargo algunas, cuyo piso bajo es todo de mármol, hace excepción. maravillosa aparece la plaza del mercado. Está junto al río y toma una traza singular principalmente por la iglesia gótica y el Ayuntamiento recargado con dorados. De ella conducen dos puentes a la otra orilla, uno de piedra junto a la iglesia, y uno de madera con marco muy atrevido, que se ha edificado en sustitución de uno de piedra, que arrastró una inundación. Conduce a un convento rodeado de árboles, y en seguida en el otro lado del río se eleva un gran monte bonitamente conformado.

Cuanto hay corridas de toros, son en esta plaza, y entonces se sitúa una gran parte del pueblo sobre este monte, como en un gran anfiteatro. De ordinario sólo son, sin embargo, las llamadas novilladas, en que no perece el toro: las verdaderas corridas son demasiado caras»²⁸⁶.

Unamuno lamenta, con Trueba, la destrucción de algunos de los edificios más antiguos que formaban parte de la personalidad genuina de la ciudad. La demolición se debió aquí también «a exigencias de comodidad o de lucro»:

(283) Humboldt, pp. 135-136.

(284) Baroja, *Sensualidad*, pp. 238-239.

(285) Sesmero, p. 38.

(286) Humboldt, p. 138.

«La torre Zubialdea, la casa del Consulado y primitiva Bolsa de Contratación, el Puente Viejo, que figura en el escudo de la villa, han sucumbido a exigencias de comodidad o de lucro. ¡Poco me lamentó el bueno de Antón el de los Cantares el derribo del Puente Viejo! Un gracioso, muy poco agraciado, dijo por entonces que debían habérselo regalado para dije de la cadena del reloj. Mas lo cierto es que no sé del todo claro por qué había de haber desaparecido el Puente Viejo, una vez construido el de Achuri, ya que en nada creo se estorbaban el uno al otro»²⁸⁷.

Trueba está enterrado en la iglesia de San Vicente Mártir de Abando. Esta iglesia fue fundada en el siglo XII por Alberta Sánchez y su esposo García Galíndez, descendiente del primer Conde de Ayala, y reconstruida en 1559, de acuerdo con los modelos del gótico vasco. Está situada en la Plaza de Albia, en cuyos jardines se levantó un monumento a aquel escritor, «Antón de los Cantares»²⁸⁸:

«¡Qué actitud meditativa
la de Antonio de Trueba!
Diríase un soñador.
Un soñador de leyendas.

En Albia verde adornada
la figura de un poeta»²⁸⁹.

Otro monumento, en el Parque de Casilda Iturrizar, está dedicado a Ramón Basterra²⁹⁰. Este escritor bilbaino (1888-1928) ha sido comparado, por su importancia con Unamuno, Iturrriaga, Gabriel Celaya o Blas de Otero. Nunca perdió su contacto con Euskal-Herria, veraneando en Plencia²⁹¹:

«La efigie de don Ramón
del linaje de Basterra,
—Visor de Vascaria—, muestra
su antológica nobleza
en un rincón jardinero
de pobretona glorieta»²⁹².

Esteban Calle Iturrino le dedicó este poema:

«Prora: Guión: Heraldo... Por todos los caminos
fue tu mano esparciendo semillas de esperanzas;
también te hicieron víctima jayanes y molinos,
y burlaron tus cuitas plebeyos sancho-panzas.

Con sisingas helénicas y tambores latinos
acompañaste el ritmo de las espatadanzas,
y anhelaste, con notables relatos aquilios
legiones que esgrimieran tus versos como lanzas.

Para el hijar de España tu canto fue la espuela,
tu voz, para la raza, la voz del centinela

(287) Unamuno, *De mi país*, p. 175.

(288) Pinilla, p. 130.

(289) Marrodán, p. 65.

(290) Pinilla, p. 129.

(291) *Enciclopedia, Dic., IV*, p. 206.

(292) Marrodán, p. 66.

que aviva en el rescoldo del alma la inquietud,
 y para los que fuimos ¡oh inolvidable hermano!
 toda una primavera contigo de la mano
 tu nombre, el santo y seña de nuestra juventud»²⁹³.

Al célebre bilbaino Miguel de Unamuno se le ha dedicado una calle. Tiempos atrás se mandó quitar su nombre de la entrada de un Instituto. Blas de Otero comenta con gracia estos hechos y critica el modo de ser de una parte de la ciudad:

«En Bilbao hay una calle
 que la dicen de Unamuno
 aunque somos muy beatos
 y también un poco brutos,
 hemos querido poner
 los herejes en su punto,
 que no digan malas lenguas
 que si cultos, que si incultos,
 que aquí de cultos tenemos
 casi tanto como fútbol,
 desde la misa mayor
 hasta el rosario minúsculo,
 y habemus nuestros ministros,
 y en la ONU hablaba uno,
 en fin, como ven ustedes
 que no se queje Unamuno,
 que ha habido unanimidad,
 más o menos, para el busto
 que su tormentosa villa
 va a erigir, por hacer bulto
 y borrar lo de las letras
 que borró en el Instituto.
 De todas formas, ya saben
 que, aunque no me gusten mucho
 su poesía-a pesar
 de lo que crean algunos-
 ni tampoco sus ideas
 -son ideas de lechuzo-,
 me adhiero con todo el alma
 (ya salió por fin el humo,
 pero la mia es mortal,
 de eso ya ni me preocupo:
 he traspasado el negocio,
 para que los que se mueren
 puedan vivir a su gusto,
 decentemente, en su patria,
 en Europa, y en un mundo
 de acero si puede ser,
 con las tierras y los frutos
 de todos y para todos,

(293) Calle, p. 188.

bien servidos de uno en uno);
pues decía que me adhiero,
igual que un cartel al muro,
a la estatua y a la calle,
calle Miguel de Unamuno»²⁹⁴.

Unamuno nació en el número 10 de la calle de la Ronda, cerca de María Muñoz; una placa lo recuerda: «Don Miguel de Unamuno y Jugo, nació en esta casa el 29 de septiembre de 1864»²⁹⁵. En **Mi bochito** da cuenta de este hecho y de la opinión que le merecen diversos lugares de Bilbao:

«Nací en lo más lúgubre y sombrío del sombrío Bilbao: en la calle de la Ronda, y en la casa misma casa en que, cincuenta y ocho antes que yo, había nacido Juan Crisóstomo de Arriaga²⁹⁶; en aquella calle, amasada en humedad y sombras, donde la luz no entra, sino derriéndose. Mamoncillo aún, lleváronme a la calle de la Cruz, donde he vivido unos veintiseis años; allí, cerca del portal de Zamudio —del Portal sin más aditamento ni apellido—, uno de los hogares de la villa, su Puerta del Sol en algún tiempo, frente a Artecalle y la Tendería, que, como dos túneles, se me abrían a los ojos de continuo. Cerrando la escotadura que en los macizos de casas de Artecalle forma, el verde teso de Miravilla, coronado por la cima de Arnótegui, ¡primera revelación de la naturaleza, encuadrada en el marco de las viejas casas oscuras y ventrudas, de toscos balconajes de madera, de puertas medio tapadas por boinas, elásticas fajas, yugos y todo **género** de prendas y aparejos...

Al otro lado tenía las Calzadas, escalera de la muerte, camino del cementerio y escalera también para subir al mirador de Begoña, la matriz de Bilbao, donde se sacia la vista de verdura y desde donde, con una sola mirada, puede abrazarse a la acurruca-da villa, que se presenta cual una sola vivienda: tan compacto en su caserío. «Parece todo el lugar... una grande casa nueva, firme y alta», dijo el mismo padre Henao.

Pero mi mundo, mi verdadero mundo, la placenta de mi espíritu embrionario, el que fraguó la roca sobre que mi visión del universo posa, fué, ante todo, la manzana comprendida entre las calles de la Cruz, Sombrerería, Correo y Matadero (hoy Banco de España), la manzana en cuyo centro está el matadero... Tengo por un misterio augusto el del influjo que en mi concepción de la vida haya podido ejercer aquella visión frecuente del matadero, con su suelo de losas, sobre que corrían agua y sangre, y aquellas mujeres que parecían bailar un baile silencioso y hierático, mientras ayudándose de una cuerda desangraban a golpes de pie las reses muertas.

Pero no sé bien por qué mi **bochito** se me simboliza, no en las siete calles, no en el secular Puente Viejo, que derribado ya, sirve aún de escudo de armas a la villa; ni tampoco en el Portal, sino en cosa mucho más moderna: en la Plaza Nueva. Mi Bilbao, en ella se cifra y compedia. Cada vez que he ido por vacaciones a visitarlo, tomaba, para ir a la calle de la Cruz, por la Plaza Nueva, y al encontrarme en ella, toda mi infancia se me subía a flor de alma, cantándome recuerdos.

¡La Plaza Nueva! ¡La Plaza Nueva severa, regular, monótona, puritanesca, fría!
¿Fría!... ¡Fría!... ¡No, no! ¡Qué dulce calor de hogar debes guardar, choza del hielo

(294) Otero, Que trata de España, pp. 139-140.

(295) Pinilla, p. 55.

(296) Manuel G. Blanco anota a pie de página que este dato es erróneo. Vid. Unamuno, I, p. 170.

del esquimal! ¡Cuántas canciones silenciosas me cantas, simétrico cuadrilátero, con tus fachadas geométricas, con tus desnudos soportales! Allí dentro perfumaban en primavera al cerrado ámbito las grandes y turgentes flores blancas de las magnolias, en cuyo follaje armaban gorjeadora algarabía bandadas de gorriones, bajo el cuadrado dosel del cielo, junto al estanque, en cuyas márgenes vomitaban agua las grandes ranas metálicas»²⁹⁷.

En su obra aparecen con suma frecuencia (en sus poesías, en **Paz en la guerra**, etc.) referencias a Bilbao, a Vizcaya y al País Vasco, en general; prueba de su amor hacia estos lugares, que formaban parte importante de su vida.

En ocasiones manifiesta su especial predilección por ciertos rincones (uno de los cuales era la Plaza Nueva, según señalaba en el anterior texto):

«Lo más hermoso de Bilbao está enfrente del Bulevard, es decir, lo más hermoso... lo más decorativo. El mejor pedazo de cielo de que gozamos desde el **bocho**, el puente más ancho, la estación, tras los pelados árboles, las arboladuras peladas de los buques, y allí delante, la fila de hermosos castaños y el tilo..., ojo, ¡jal tilo le dejo a un lado, merece turno aparte!

Por hoy, **guarda e pasa**.

El puente es hermoso. El primitivo era de abrir y cerrar, con dos planchas levadizas y sus torreones. Esto no lo he visto yo más que en un cuadro viejo, en que figura junto al puente una moza lavando sus trapos en la ría, recogidas las sayas entre rodillas y con las pantorrillas al aire»²⁹⁸.

Otro prosista bilbaíno —aunque originario de Güeñes (Guenes)— es Elías Amézaga Urlezaga (n. en 1921). En su extensa obra figuran artículos periodísticos (en **La Voz de Asturias**) Deia...) obras dramáticas (**Arantza**, **Francisco de Borja**, etc.), obras en prosa (**Lope de Aguirre**, **escritor**, **Yo Demonio... Andanzas y naveganzas de Lope de Aguirre**, **fuerte caudillo de los invencibles Marañoses**, **Auto de Fe en Valladolid**, etc.) etc.

Bilbao ha tenido también cierto renombre en el mundo de la poesía. Uno de los autores más conocidos en este género ha sido Esteban Calle Iturrino (n. en 1892). Entre sus obras de tema vasco figuran: **Mi cancionero vasco**, **Hombres de mar en Vizcaya**, **Los misterios del Gorbea**, **Apuntes para una historia de Baracaldo**, **Rutas jacobeanas de Vizcaya**, etc. A la típica zona bilbaína de las «Siete Calles» ha dedicado estos versos:

«Es, de las siete hermanas, la primera
—corro alfange— SOMERA:
vino, canción y sombra.

La segunda ARTECALLE, es una alfombra
que ha olvidado la rueda y la herradura
y sustenta, con burguesa compostura,
empaque y señorío
que antaño no tenía
cuando era trocha medieval, que unía
la muralla y el río.

(297) Unamuno, De mi país, I, p. 135.

(238) Unamuno, De mi país, I, p. 135.

La tercera se llama TENDERIA
y es verdad que se tiende jubilosa
y orillada de límpidos cristales
entre un pórtico y unos soportales.

Es la más recatada y pudorosa,
pulcra, humilde y discreta,
la cuarta, preferida del poeta:
BELOSTICALLE, exposición urbana
de piel, seda, algodón, batista y lana.

Que ninguno se asombre
del nombre de la quinta, pues su nombre,
CARNICERIA VIEJA, no describe
su auténtico carácter, supervive
y revélase en ella
la paz fecunda de la Villa aquella
que mereció llamarse —limpia y grata—
la «Tacita de Plata».

BARRENCALLE es la sexta:
todo es báquica fiesta
de sol a sol, en esta
vía de los aromas suculentos
de la cocina vasca,
amiga de los vahos soñolientos
y tibios, de la tasca.

BARRENCALLE BARRENA, disoluta,
beoda y musical, a su vecina,
celosa, le disputa
nombre, vahos, aromas y cocina...»²⁹⁹.

En la calle de Hurtado de Amézaga nació Blas de Otero, representante de la poesía social, que tanta importancia ha tenido en la vida cultural de esta ciudad (con Gabriel Aresti, Gregorio San Juan y otros poetas que en ella han residido). En **Historias fingidas y verdaderas** Blas de Otero escribe sobre su nacimiento, analizado desde su peculiar visión de las cosas:.

«Pensándolo bien, lo primero que hay que tener en cuenta es que con la misma facilidad con que nací en la calle Hurtado de Amézaga, pude no haber nacido. En Hurtado de Amézaga, ni a la vuelta de la esquina. Así como suena, no haber nacido. Creo que fue una posibilidad con bastantes probabilidades de suceder. Pero se equivocaron, y a cierta hora del día 15 de marzo de 1916, salí afuera y aquí estoy. Como ello ocurrió, efectivamente, en una casa de la referida calle, y dejando de momento aparte ciertos recovecos de la historia, resulta que mi patria es España, a la que amo y estimo sin que tenga que esforzarme mucho en volver a repetirlo»³⁰⁰.

En diversas ocasiones manifiesta su gran amor por Bilbao y por todo el país:

(299) Calle, pp. 168-169.

(300) Otero, *Historias*, p. 131.

«...
—esta noche
no puedo dormir, y pienso en tus tejados,
me asalta el tiempo huido entre tus calles,
y te llamo desoladamente desde Madrid,
porque sólo tu sostienes mi mirada,
das sentido a mis pasos
sobre la tierra...»³⁰¹.

A pesar de que, en otras, lo ataca violentamente, criticando sus defectos, no inventados por el poeta:

«Laboriosa ciudad, salmo de fábricas
donde el hombre maldice, mientras rezan
los presidentes de Consejo: oh altos
hornos, infiernos hondos en la niebla»³⁰².

Otros autores que han tratado de Bilbao en su obra han sido Martín Vigil, Pinilla, Salavería, Sánchez Mazas, Zunuzegui, etc.³⁰³

La capital vizcaina ha tenido mala suerte con sus teatros: las llamas han mostrado siempre una curiosa predilección por ellos. Antes de llegarse a construcciones especiales se habilitaban para las representaciones teatrales el patio de las Casas Consistoriales, con palcos, lunetas y escenario. El primero fue construido en 1799 en la calle Ronda, pero fue destruido en 1816 por un incendio. El que se levantó el año siguiente, de ladrillo y sin cimientos, hubo necesidad de demolerlo ese mismo año. Las representaciones escénicas se hicieron en el juego de pelota del barrio de Iturribe, en Begoña. Se constituyó en seguida una Sociedad Anónima que inauguró uno en 1890 en la bajada del puente del Arenal. Se le dió el nombre de **Arriaga**, en memoria del compositor del mismo nombre. Su fachada, de piedra arenisca, iba decorada por cuatro columnas jónicas y un cornisamento. Este nuevo teatro era aniquilado veinticuatro años después por otro incendio, volviéndose a reconstruir en 1917³⁰⁴. Unamuno lo califica, como a los edificios de la Diputación y del Ayuntamiento, de «pesada y presuntuosa» mole:

Esas pesadas y presuntuosas moles del teatro Arriaga, de la Diputación y del Ayuntamiento, que he visto levantar, son obra de manos de hombres, de ésto no me cabe duda; pero las que apacentaron mi vista cuando la abrí al mundo, ¿Lesas? Dios me las puso a la vista hechas ya, para que, a su presencia, edificase mi alma. Eran edificios severos, de una sobriedad algo fría: escuetas monodías arquitectónicas, de pausado, a que hallaba **majestuosísimo** en el siglo XVII el bueno del Padre Henao. Austero, algo tristón el pueblo; pero ¡que íntimo contento bajo aquella reposada tristeza ambiente! ¡Qué sosiego de vivir bajo el plomizo cielo, entre la llovizna terca!³⁰⁵.

En 1901 se abrió el teatro de los Campos Elíseos, con capacidad para 1200 espectadores, entre las calles de Bertendona y Euskalduna. El Gayarre se erigió en suelo de Iturribe. El Trueba se inauguró en 1913, con la comedia de Jacinto Benavente **Sin querer**, entre las

(301) Otero, *Expresión*, p. 291.

(302) Otero, *Parler*, p. 64.

(303) *Enciclopedia, Bilbl.*, II, pp. 27 y 40.

(304) *Enciclopedia, Dic.*, V, pp. 189-190.

(305) Unamuno, *De mi país*, I, p. 169.

calles de Ledesma y Colón de Larreátegui. El Coliseo Albia, en 1916, entre la Alameda de Urquijo y la calle de Luchana³⁰⁶).

El Ateneo de Bilbao lo fundó y domicilió en Bidebarrieta Alvaro Alcalá Galiano; se refundó en 1951, siendo su presidente Antonio Menchaca³⁰⁷. La Academia de la Lengua Vasca (**Euskaltzaindia**) tiene desde su fundación su sede en el Casco Viejo de Bilbao (Ribera y Plaza Nueva)³⁰⁸.

Aunque hoy El Desierto ya es Bilbao, antiguamente estuvo separado de la ciudad. Ha conservado el nombre, que le viene de un desaparecido monasterio de carmelitas descalzos, visitado por Samaniego³⁰⁹.

«Pues también este sitio, en efecto celeste, se ha consagrado, como otros muchos de la Europa medieval, al recogimiento de voto, y 16 frailes carmelitas hacen aquí una vida solitaria. Todo su recinto está rodeado por un alto muro, pues ningún ser femenino puede penetrar en él y sólo en una capilla delante del convento se celebra culto divino público, al que afluye el pueblo en tropel de la región vecina. Quien hubiera perdido la tranquilidad de la conciencia y la serenidad del alma, podría aquí hallarlas de nuevo, en el umbroso robleal, que rodea todo el monte, en la fértil **vega**, que la actividad de los frailes ganó a las ondas, que penetraban hasta acá en el río, y ahora ha afianzado con diques y muros, de manera que, donde por fuera golpea su marea, por dentro hay abundantes viñedos guarnecidos de racimos. Ser desterrado acá por algún tiempo, como a veces sucede a los jóvenes, debe ser en realidad un castigo suave.

En el bosquecillo hay cuatro pequeñas ermitas. Pero aquí no son propiamente ermitaños. Únicamente los frailes que tienen gusto en pasar la cuaresma en recogimiento tranquilo, se encierran aquí mientras tanto, y dejan entonces la ermita solo para ir a buscar leña al bosque. Este anhelo de buscar, en medio de la más profunda soledad, otra todavía mayor, parece bastante singular; solo que nunca Puede ser mayor el afán por ello que donde se está sentenciado a vivir en estrecha y continua comunidad con las mismas personas»³¹⁰.

Begoña sigue constituyendo hoy, como antes, el enclave religioso de mayor importancia en toda Vizcaya:

«¡Salve, Madre luciente y ungidora!
!Oh Alteza patronal aliviadora
que por Bilbao tu manto has esparcido»³¹¹.

«Del carillón de Begoña
nos trae la lejana música
ecos de otras melodías
aprendidas en la cuna:
las canciones vascongadas,
llar, molino, surco y yunta»³¹².

(306) Enciclopedia, Dic., V. pp. 184-190.

(307) Enciclopedia, Dic., III, p. 213.

(308) Enciclopedia, Dic., V, p. 211

(309) Pilla, p. 209.

(310) Humboldt, pp. 143-144.

(311) Marrodán, p. 70.

(312) Calle, p. 165.

Desde allí se puede divisar un amplio panorama de Bilbao:

«Begoña en una blanda y riente loma, donde recoge todo el sol que se filtra por las nubes y las lloviznas o irradia en los claros, al pie de una cordillera pelada y suave, dando vista a Bilbao y a su ría, contemplando a lo lejos los humos de las fábricas y oliendo aire de mar»³¹³.

Azpeitia, cuna del santo patrono de Guipúzcoa y Vizcaya, es otro enclave de la zona, de gran interés religioso, tanto para el País Vasco como para todo el mundo católico. Allí se encuentra la célebre basílica, construida donde nació Ignacio de Loyola:

«Entre Azcoitia y Azpeitia está en un llano, en que se disfruta de una hermosa vista sobre la peña de **Izarraiz** y la fértil ribera del **Urola**, el antiguo colegio de jesuitas S. Ignazio de Loyola, un edificio afamado en toda España por su suntuosidad. La suntuosidad no se le ha de disputar; tanto más admirará todo viajero con placer el magnífico juego de colores del mármol de las vecinas canteras del **Izarraiz** abundantemente prodigado. Pero tanto más echará de menos a la vez el gusto y la nobleza de estilo en la edificación. Las proporciones nada tienen de sencillo y grandioso, lo mejor sería quizás la cúpula, sólo que también es, como el conjunto, recargada con ringorranos y ornamentaciones. Además de esto le falta mucho al edificio para estar acabado...

Lo más notable es la parte aún en pie de la casa del santo, en la cual se ve todavía su capilla, y junto a ella se ha edificado la fachada del nuevo edificio. Es una casa alta, pintada de amarillo, con ventanas pequeñas y adornos calados, que corren en largas hileras bajo las ventanas. Aquí vivió este prodigioso hombre, que combinó del modo más extraño las ideas aventureras del espíritu caballeresco de su tiempo con exaltaciones religiosas, y difícilmente se dio, por sentido de a que grandeza y poderío vendría a desnaturalizarse o medrar la orden fundada por él»³¹⁴.

San Ignacio ha sido cantado en muchas ocasiones y de diversas maneras. En el siglo XX tenemos, por ejemplo, un poema de Gabriel Celaya titulado **A Ignacio de Loyola**³¹⁵ donde se exaltan sus virtudes (tenacidad, etc.), propias del carácter de los vascos.

También la literatura se ha hecho eco en muchas ocasiones de la religiosidad popular de esta zona. Una de sus características más repetidas ha sido su relación con la naturaleza; así, en Arrechinaga:

«Antes de dejar Marquina debo mencionar todavía un singular capricho de la naturaleza. En un sitio, llamado Arrechinaga, hay tres peñascos muy grandes —todo ello podrá ser de unos 40-50 pies de alto— dos apoyados sobre su lado estrecho, y enormemente anchos, en alguna distancia uno de otro, y un tercero muy grande y pesado descansado sobre ellos, de modo que amenazan derrumbarse a cada momento, y solo parecen sostenerse por su equilibración. En otro tiempo se podía pasar por debajo del de arriba; pero como se calificó la cosa de milagro, se ha edificado un altar en medio y una capilla de San Miguel. Se ha tenido hasta el atrevimiento, por no haber más que dos diáconos ante el altar, de hacer saltar un gran trozo de uno de los peñascos, para hacer sitio para el tercero. También el pueblo pica continuamente todavía trozos, a los que atribuye una virtud milagrosa y curativa»³¹⁶.

(313) Unamuno, Por tierras de Portugal y España, I, p. 294

(314) Humboldt, pp. 170-171.

(315) Celaya, Canto, p. 21.

(316) Humboldt, p. 89.

Algunas veces esta religiosidad ha llegado a extremos que rozan la fantasía o el fanatismo. Este es el caso, por ejemplo, de las apariciones de Ezquioga —cerca de Urretxu—, que la Iglesia tuvo que desautorizar. Baroja trata de ellas en **El Cura de Monleón**:

«Los milagros de Ezquioga llamaron la atención de todo el país vasco, y en Monleón, como en los de más pueblos y aldeas se organizaban comitivas para ir a la campa que comenzaba a ser célebre en los contornos. El elemento clerical no parecía muy dispuesto a aceptar aquellos prodigios,. Javier fué también porque le impulsaron a ello y vio a un fraile, que, vestido de paisano, andaba con una señora, hablar desdeñosamente de las apariciones. Tiempo después un jesuita estuvo en Ezquioga con una máquina fotográfica, con la intención, sin duda, de comprobar gráficamente los milagros, cosa que a Javier le pareció una ridícula petulancia»³¹⁷.

En diversos lugares de la obra de Unamuno también encontramos referencias a la religiosidad popular o tradicional: costumbres piadosas, romerías —como la de San Marcial, en Vergara, el 30 de Junio—, etc.³¹⁸. Las descripciones que hace de las procesiones de Semana Santa en Bilbao son muy significativas al respecto:

«Ya llegan. ¡Venían con solemne y temeroso estrépito!, ¡tras, tras, tras!, surgiendo de la oscura calle unos hombres vestidos de negro, con dominós o cosa así, golpeando a compás el suelo con sus palitroques. Eran los que llevaban los **bultos**. Delante de ellos iba, también de negro, otro hombre, andando hacia atrás como el cabo de gascadores: éste, ¡plum!, pegaba un martillazo y paraban los de los **bultos**. Entonces salía de debajo de éstos un muchacho con su bota de vino, y trincaban todos los portadores para cobrar fuerzas con que llevar su cruz por estas calles de Dios. Los **bultos**, ¡corcho!, los **bultos**, ¡ya pesarían, ya!»³¹⁹.

4. Las zonas montañosas

Desde el Cantábrico, rico hasta el límite con Aragón, el Pirineo vasco se extiende sobre una longitud aproximada de 143 kilómetros. Es el macizo montañoso más importante del país; en él se inscriben una serie de valles que constituyen un rosario de elementos geológicos, folklóricos y humanos de gran interés³²⁰. Son de destacar, por su importancia, los del Roncal (Erronkari), Salazar, Aézcoa (Aezkoa) y Baztán.

En apartados anteriores se han visto breves referencias que hacen sobre ellos diversos escritores, directa o indirectamente. Merece señalarse el testimonio de Garcilaso de la Vega, por su importancia en el terreno literario y por la serie de características (altura, clima, paisaje, etc.) que recoge:

«Los montes Pireneos, que se'stima
de abajo que la cima está en el cielo
y desde arriba el suelo en el infierno,
en medio del invierno atravesaba.
La nieve blanqueaba, y las corrientes
por debajo de puentes cristalinas

(317) Baroja, Cura, p. 157.

(318) Unamuno, De mi país, I, pp. 119-122.

(319) Unamuno, De mi país, I, p. 137.

(320) Burgo, p. 29.

y por heladas minas van calladas;
el aire las cargadas ramas mueve,
qu'el peso de la nieve las desgaja.

Por aquí se trabaja el duque osado,
del tiempo contrastado y de la vía,
con clara compañía de ir delante;
el trabajo constante y tan loable
por la Francia mudable en fin le lleva»³²¹.

Las dos vertientes de esta parte del Pirineo, participan de una rica vida tradicional que, en muchas ocasiones, se hace común y pervive hasta hoy, como prueba de las buenas relaciones que mantienen sus habitantes. Un ejemplo de ello es la popular costumbre del «tributo de las tres vacas» en la que participan las provincias vascas de Navarra y Zuberoa:

«Los valles de Monleón y Barétous pagaban anualmente un tributo de tres novillas a los valles españoles de Roncal y Salazar»³²².

En el Pirineo se encuentran diversos lugares de interés cultural; uno de ellos es Roncesvalles (Orreaga), pueblo situado cerca de Burguete (Auritz). Su nombre evoca la derrota que sufrieron los ejércitos de Carlomagno en el año 778. El hecho constituyó un motivo literario, principalmente en la Edad Media, manifestado en la **Chanson de Roland**, en el célebre **Cantar de Roncesvalles**, en romances del ciclo carolingio, etc.:

«En el siglo XII el trovador Turolde o Turulde hizo un gran cantar, titulado **La Batalla de Roncesvalles**»³²³.

«Mientras la paz nimbaba la vida de tus valles tus épicas rapsodias cantaba Roncesvalles

...

Vencidos por el ímpetu feroz de tus gañanes
de Carlomagno fueron los doce capitanes
y el eco belicoso de la heroica contienda
aromó tu pretérito con flores de leyenda+.

La significación que este enclave ha tenido en pasadas épocas —también por allí pasa el Camino de Santiago— ha hecho que se convierta en un centro de interés histórico, artístico y literario:

«Roncesvalles tiene un aspecto original. Sus casas, de forma irregular y pintoresca, con cubiertas de pizarra puntiagudas, con pisos volados al exterior, torcidas escaleras que rodean los muros y dan paso a las galerías altas, barandales, postes y cobertizos por donde se enredan, suben y caen las plantas trepadoras en largos festones de verdura, ofrecen, agrupándose en torno a la Colegiata, un conjunto de líneas y de color sumamente extraño y pintoresco»³²⁵.

«Al reconstruir en la mente este fantástico cuadro, al ver con los ojos de mi imaginación cubiertos de cadáveres la llanura y los estrechos desfiladeros que se ofrecían a

(321) Garcilaso, Egl. II, W. 1433-1446, p. 179.

(322) Humboldt, p. 40.

(323) Baroja, País, p. 356.

(324) Calle, p. 57.

(325) Bécquer, Viajes, descripciones, monumentos, p. 1028

mis ojos, no pude menos de exclamar con el pueblo, repitiendo su romance favorito, cuyos primeros versos brotaron espontáneamente de mis labios:

¡Mala la hubisteis, franceses,
en esa de Roncesvalles!
Don Carlos perdió la honra,
muriendo los doce Pares»³²⁶.

Pero no para todos los que lo han visitado el lugar merece la veneración que este autor —Bécquer— le rinde. Probablemente el nombre sugiera muchísimo más que lo que en realidad existe. Así opina Baroja cuando escribe: «... no tiene el carácter áspero y terrible que le supone la leyenda»³²⁷. También Humboldt participa de este sentimiento de decepción ante la contemplación del histórico lugar:

«Visité Roncesvalles para ver las reliquias de Roldán y el tan a menudo cantado campo de batalla. Solo que ambas cosas no recompensan el penoso camino. El campo de batalla es un llano entre la abadía y el poblado español Burguet, que está distante una media hora de allí. Los restos del fabuloso caballero se guardan hoy, sin ninguna solemnidad, en una alta y firme bóveda de la iglesia, y consisten en una gran estribo roto, dos mazas, dos trozos de cuerno roto, y la corona dorada, que se llevaba delante del ejército en la batalla. Las mazas son bastones rectos de igual grueso arriba y abajo, del largo aproximadamente de un brazo, en que se pende arriba en una cadena de 4 ó 5 eslabones una pesada esfera de hierro como asa. Para recuerdo de la batalla se celebra todavía hoy todos los años una misa solemne de difuntos por los que en ella murieron. En el mismo día hay mercado en el lugar, y diversión general. Solo que los severos habitantes de la abadía no permiten bailar»³²⁸.

La región del Bidasoa es el nexo de unión entre los Pirineos y el mar. Este río nace en Bertizarana, al salir de Mugaire, aunque es continuación del Baztán, que empieza en Errazu, cerca de Izpegu³²⁹. Por estas causas de tipo geográfico, que determinan un carácter de cierta uniformidad —reflejado en la literatura— es necesario tratar conjuntamente la región del Bidasoa y el valle pirenaico del Baztán:

«Ciertamente nuestro rincón del Bidasoa no tiene brillante cultura, ni esplendorosa historia: no hay en él grandes montes, ni grandes valles, ni magníficas ciudades; pero no por eso dejan de cantar los ruiseñores en las enramadas las noches de verano y las alondras en los prados las mañanas de sol.

Para nosotros los entusiastas de esta tierra, es el país del Bidasoa como una canción dulce, ligera, conocida, siempre vieja y siempre nueva.

Este clima mudable y cambiante se armoniza con el tono de nuestro espíritu: su versatilidad nos halaga y nos distrae, y la preferimos, con mucho, a la inmovilidad pomposa de otras tierras y de otros climas.

Sí; nuestro país es un país humilde, pero es un país sonriente e ingenuo, y cuando el sol de otoño lo ilumina con su luz dorada, cuando en las tardes de domingo los campesinos bailan en las plazas de los pueblos al son del silbo y del tamboril, para ti, poeta, es un país encantado»³³⁰.

(326) Bécquer, Viajes, descripciones, monumentos, p. 1030.

(327) Baroja, Las figuras de cera, IV, p. 175.

(328) Humboldt, p. 184.

(329) Sollube, I, p. 153.

(330) Baroja, Leyenda, pp. 11-12

El Baztán, primero, y su continuación con el nombre de Bidasoa, después, abarca toda la amplitud del valle del Baztán, Bertizarana, el valle del río Ezkurra y las llamadas cinco villas: Santesteban (Doneztebe), Sumbilla (Sunbilla), Lesaca (Lesaka), Yanci (Igantzi), Echalarí (Etxalarí) y Vera (Bera)³³¹. Pasa por Elizondo, Narvarte, Endarlaza e Irún. Afluye al Cantábrico por la bahía de Chingudi³³²

«Soy un río pequeño, pero con gracia y con más fama que muchos ríos grandes. De mí han hablado Estrabón, Tolomeo y Plinio.

Tengos dos hermanos, el Nive y el Urumea, y una hermana, La Nivelle.

En mí hay un poco de la severidad de Navarra, algo de la blandura de Guipuzcoa y de la cortesía de Francia.

Medio navarro, medio guipuzcoano, medio francés, desde Chapilateco-Arria hasta el cabo de Híguer de San Telmo soy internacional. Las iglesias de Pamplona y de Bayona han pretendido dominar en mis orillas. La de Bayona afirmaba llegar usque ad Sanctum Sebastianum, y la de Pamplona, usque ad flumen qued dicitur Vidaso.

Yo he seguido corriendo sin enterarme de las pretensiones de una sede y de otra.

Recojo las canciones de mis arroyos, que me alimenten con sus aguas, arroyos de nombres extraños y pintorescos, como el del Infierno, el de la Sima de las Lamias y el de la Cola del Cerdo.

Tengo fuentes milagrosas, como la de Santa Leocadia de Legasa y la de San Juan de Yanci; manatales claros, y grutas en donde el agua se filtra gota a gota.

Paso por valles anchos y soleados y por cañadas estrechas; reflejo las faldas verdes de los montes, los palacios y las chozas de mis orillas y los pueblos pequeños, con casas viejas, con un escudo que coge media fachada.

En invierno mujo como un toro y me lanzo en olas furiosas llenas de espuma; en el verano tengo remansos tranquilos y verdes, y entre las rocas avanzo reptando como una serpiente.

Al oscurecer, mi superficie se torna azulada, y duermen de noche en mi fondo millares de estrellas.

Tranquilo e idílico en Oyeregui y en Narvarte, tomo un aire trágico cuando mis ondas, amargadas por el agua del Océano, luchan cerca de la barra en la bahía de Chingudy, entre los acantilados del sombrío Jaizquíbel y la punta de Santa Ana.

Por delante de mí han cruzado los pueblos de Europa que han bajado a España, y luego a África, y los pueblos de África que han subido a Europa. Recuerdo a hombres con hachas de piedra y con hachas de bronce; recuerdo también a iberos y celtas, a fenicios y griegos, a romanos y godos, a suevos, a francos y a moros.

He conocido a Pompeyo y a los capitanes de Augusto; a Enrique IV de Castilla y Luis XI de Francia; a Carlos V y a Francisco I; a Condé y al Duque de Alba; a Luis XIV y a Mazarino; al bello don Beltrán de la Cueva que usufructaba el lecho real de Enrique IV de Castilla, y al no menos bello almirante Bonnavet, rival en amores de Francisco I, que puso cerco a Gasteluzarra, el castillo próximo a Behovia. He visto conferenciar a

(331) Sollube, II, p. 24.

(332) Sollube, I, p. 154.

Napoleón con sus generales, y a Wellington con los suyos, he contemplado las hazañas de Soult, Longa, de Jauregui el Pastor, de Latour d'Auvergue y de Leguía; he seguido a Mina y a Zumalacárregui en sus correrías, y he visto a Fabvier, a Caron y a Armando Carrel izar su bandera republicana en Behovia contra los franceses en Angulema. He saludado también a viajeros ilustres, a Velázquez y a Goya, a madama d'Aulnoy y a Víctor Hugo.

Ciertamente, ahora ofrezco pocos encantos en mis orillas, y sobre todo en la española, que está llena de feos cuarteles carabineriles; pero tengo esperanzas de un provenir mejor, porque un erudito, el Bachiller Juan de Itzea, me ha pronosticado que llegaré a formar una república independiente: sin moscas, sin frailes y sin carabineros. ¡Casas fuertes del Baztán, con el piso alto de tablas! ¡Convento musgoso de Arizcun! ¡Palacio de Reparacea! ¡Torre maciza de Ursúa! ¡Castillo negro de Lesaca! ¡Puente de San Miguel de Vera! ¡Os contemplo, desde hace siglos, de día y de noche! Veo también a Viriatu, que me espía desde su altura, y a la isla de los Faisanes, a la que voy carcomiendo poco a poco. Por último, me ensancho en la Bahía de Chingudy, en la que se miran las casas negras de Fuenterrabía y las casas blancas del caserío de Hendaya, desde donde Iparraguirre cantaba las excelencias de su país, y en donde vivió el corsario francés Pellot de Montvieux»³³³.

Parece oportuno reproducir íntegramente este texto barojiano porque, además de su indudable valor literario —por su belleza y tradición temática— aporta abundante información sobre las personas y los acontecimientos históricos que han dado a esta zona singular relieve. El autor omite los nombres de otros literatos —como Lope de Vega, en 1615, y Leonardo del Castillo, en 1660—³³⁴, que también visitaron esta región.

Es igualmente de gran interés el monólogo del monte Larrun ---«el monte más occidental»—, por las mismas causas que el fragmento anterior. De esta montaña dice Humboldt que «aparece allí alargada, subiendo poco a poco por un lado, muy quebrada por el otro»³³⁵. Domina toda esta región pirenaica en sus dos vertientes;

«Soy de los Pirineos, el monte más occidental. Soy el rey de este pequeño país vasco, tan amable y tan variable. En medio de un terreno carbonífero, del que estoy rodeado, me asiento sobre un fondo de roca primigenia. Tengo grandes peñascales, formados por enormes conglomerados, taludes verdes y rincones pedregosos con yezgos digitales y beleños.

Cuando quiero soñar, miro a esa estrella lejana, de lo que estoy enamorado hace millones de años; cuando me siento melancólico, contemplo los montes abruptos e intrincados de España; si tengo la veleidad de sonreír, miro la fértil llanura de Francia.

A mi alrededor se cobijan Vera y Urruña, Hendaya y San Juan de Luz, Echalar y Sara, Ascain y Zugarramurdi.

Veo los valles próximos de la Nivelle y del Bidasoa, alegres y risueños. Columbro la cuenca del Nive, que va a reunirse con la del Adour, en Bayona; el bosque de Saint Pée, el Pico de Hondarriain; y contemplo las olas del mar, que dejan una línea blanca en la playa y rompen en espumas en los acantilados de Socoa, de Bidart y de Guetary.

(333) Baroja, *Leyenda*, pp. 136-139

(334) Anselmo, pp. 37-39.

(335) Humboldt, pp. 27-28.

Soy el vigía de este golfo de Gascaña, tan inquieto, tan turbulento, tan pérfido.

He presenciado desde mi atalaya cataclismos geológicos; he contemplado el lento hundimiento de la costa del Océano y la lucha de los ríos próximos para abrirse paso por la tierra. He sido testigo de guerras marítimas y terrestres; he visto desembarcar a los romanos y a los vikingos; he observado cómo se organizaban los republicanos de la Revolución en la Croix du Bouquets y en el Campamento de los Sansculottes; he visto atrincherarse a los carlistas españoles en Peñaplata; a Muñagorri, en el fuerte de Pagogaña de Erláiz, y al Cura Santa Cruz, en las guaridas de Arichulegui.

Tengo en la cumbre la Ermita del Espíritu Santo, que de día es cristiana y de noche se dedica a la brujería. Pero nada de esto me inquieta. Lo que más me preocupa es esa estrella lejana, de la que estoy enamorado hace millones de años, y que no se ha dado cuenta todavía de mis suspiros»³³⁶.

Toda la región está, «literariamente» hablando, vinculada a la vida y a gran parte de la obra de Pío Baroja. Al tratar de San Sebastián veíamos cómo su personalidad estaba mas conforme con el sencillo ambiente rural —interior o costero— que con el de una ciudad turística y comercial. Se siente mas identificado con este valle; si antes afirmaba que le gustaba ser guipuzcoano, y que donostiarra no tanto, ahora —al referirse a este «país» se proclama claramente bidasotarra por la serie de connotaciones que, para él, el termino lleva consigo:

«Yo soy el autor de **La leyenda de Jaun de Alzate**, soy un poeta aldeano, poeta humilde de un humilde país, del país del Bidasoa.

El objeto principal de mi **Leyenda** es cantar esta tierra y este río. Nuestra comarca es pequeña y sin grandes horizontes. No lo siento. Tengo más simpatía por lo pequeño que por lo enorme y lo colosal»?

No es, pues, de extrañar que una parte muy importante de su obra se localice aquí. En muchas ocasiones —como en el caso de Cestona— se sirvió de su contacto con las gentes de la zona, de historias que llegaban a sus oídos —de su experiencia, en definitiva— para idear el esqueleto y los detalles de gran parte de sus narraciones. Su afirmación, al referirse a **Las familias enemigas**:

«Los datos de ella los oí en el comedor de la venta de Yanci, en la orilla del Bidasoa, hace mas de cuarenta años»³³⁸.

se puede hacer extensible a gran parte de las obras que tienen por escenario este bello rincón del país.

Por poner algunos ejemplos en este sentido, se pueden citar los siguientes títulos: **El caballero de Erlaiz**, **Memorias**, **La leyenda de Jaun de Alzate**, **Zalacain el aventurero**, **Las figuras de cera**, **Las familias enemigas**, **El charcutero**, **La dama de Urtubi**, **Las horas solitarias**, etc. Como lugares concretos: Lesaca, Lecároz, Irún, Vera de Bidasoa, Alzate, Zugarramurdi, Enderlaza, Valcarlos, Eugui, Olaberri, Velate, Larrún, Yanci, Arizcun, Arrizuri (Peñaplata). Maya del Baztán, Odolaga, Irati, Ori, Urdax, etc., llegando hasta los valles vecinos. Como temas: el carlismo, la tradición vasca, la brujería, sus experiencias personales, la vida cotidiana, etc.

(336) Baroja, *Leyenda*, pp. 258-259.

(337) Baroja, *Leyenda*, p. 7.

(338) Baroja, *Vidas*, p. 289.

El profundo conocimiento que demuestra de muchos aspectos de esta región le viene de haber residido en ella. Cansado de la vida agitada y un tanto falsa de los cenáculos literarios decidió volver a su país³³⁹; cuando andaba preocupado con su árbol genealógico y con su apellido Alzate (barrio de Vera, donde los Alzate del siglo XIV tenían su casa solariega), visitó Vera³⁴⁰.

«La primera impresión de la llegada al pueblo es para mí una sorpresa. Siempre me choca el color verde del campo, la estrechez del valle, la proximidad de los montes, el color oscuro de las casas y el cielo menos luminoso, pero más azul...»³⁴¹.

Vera de Bidasoa es uno de los lugares más pintorescos del valle y más bellos del país. Está rodeado por una serie de montes entre los que fluye el río que le da nombre:

«Allí enfrente se levanta la iglesia con su torre de piedra cuadrada; las palomas blancas revolotean en derredor. El cielo azul y la Peña de Aya traza en el horizonte la línea de su cresta pedregosa como un muro de almenas. Todo el valle de Vera y sus montes próximos tienen durante la época estival un verdor profundo, mayor ahora. Ha llovido mucho. Tras la lluvia comenzaron a secarse campos y praderas y el cielo de azul pálido tiene al atardecer alguna nube lánguida y blanca.

Por la tarde, del Mediodía y del Poniente se ven los altos del Baldrún, Pompolegui, Escolamendi, Gatzarieta y Santa Bárbara»³⁴².

Le gustó tanto el pueblo que decidió residir en él y comprar el antiguo caserón de los Alzate («Itzea.»), tras conseguir que sus padres y hermanos se interesasen por él (1912)³⁴³.

En este lugar, convertido hoy en meca de peregrinos barojianos, se recluyó largas temporadas. A esa época pertenecen, entre otras producciones, **Juventud**, **egolatría**, la trilogía titulada **Las agonías de nuestro tiempo**, **César o nada**, **El mundo en ansí** y las novelas de marinos vascos, con sus famosos personajes Shanti Andía, Chimista, etc. En **Itzea** escribió igualmente muchas de las novelas que componen la serie **Memorias de un hombre de acción**³⁴⁴, la admirable **Leyenda de Jaun de Alzate**³⁴⁵, relatos como **Un dandy comunista**, **Los cinifes**³⁴⁶, etc. Allí conoció también a personas relacionadas, directa o indirectamente, con la literatura, como el P. Errandonea (S.I.), con quien discutía sobre el estilo³⁴⁷.

También la familia del celebre escritor pasaba en Itzea largas temporadas. Allí falleció (1912) su padre Serafín, donostiarra, autor de varias obras literarias y musicales en euskera y en castellano³⁴⁸. También murió en Vera su hermano Ricardo (1954) vinculado al mundo del arte y de la literatura (obtuvo el premio Cervantes por su novela **La nao capitana**, escrita en 1935)³⁴⁹. Actualmente la visita con frecuencia Julio Caro Baroja (n. en 1914) conocido historiador, etnólogo y antropólogo, para quien el País Vasco siempre ha constituido uno de los objetivos preferentes de sus investigaciones?.

(339) Enciclopedia, Dic., IV, p. 138.

(340) Elizalde, p. 238.

(341) Baroja, Las horas solitarias, V, p. 260.

(342) Baroja, Memorias, VII, p. 394.

(343) Elizalde, p. 238.

(344) Enciclopedia, Dic., IV, p. 139

(345) Baroja, Leyenda, p. 316.

(346) Baroja, Locuras, pp. 131 y 176.

(347) Elizalde, p. 221.

(348) Enciclopedia, IV, pp. 142-143.

(349) Enciclopedia, IV, pp. 134-142.

(350) Enciclopedia, VI, pp. 382-384.

El Pirineo es un rico filón para la cultura y la vida tradicional del País Vasco. No en vano pone Baroja en boca de pelotaris y versolaris, genuinos representantes de una parte importante de ellas, estas palabras:

«También nosotros somos fruto de las orillas del Bidasoa»³⁵¹.

Mas no sólo se da esta circunstancia en lo referente a la poesía, al deporte o a individualidades más o menos aisladas; el pueblo entero participa de esta corriente, y en aspectos tan profundos como su concepción del mundo. Concepción pragmática, como la del herrero de Ituren, que funde un santo para hacer unas esquilas; concepción religiosa, muy peculiar, la de su mujer, que se preocupa y reza por las posibles consecuencias que pueda tener el hecho, a lo que responde su esposo:

«—Las esquilas hacen falta, ¿y para qué sirve el santo?»³⁵².

Concepción naturalista, mágica y mitológica, como lo prueban esas figuras (lamias, etc.) que decoran gran parte de los viejos caserones del valle:

«Venimos del Valle de Bertizana, en donde estamos representadas en los escudos de las casas, con medio cuerpo de mujer y medio en pez, con un espejo en una mano y un peine en la otra»³⁵³.

También en cierto modo forman parte de esa vida tradicional acontecimientos o personajes de relativa actualidad, que la leyenda —en la que en muchas ocasiones se ha apoyado la literatura— ha consagrado. La figura del contrabandista —tan común en estos lugares por su carácter fronterizo— es uno de estos casos; los topónimos de ambos lados del Pirineo se mezclan:

«Ya vamos, ya, monte arriba.

Según se sale de Vera.

Ibernim está a la vuelta.

...

Ya vamos, ya, monte arriba.

Huarte, Arnegui, Altabizcar,
que vamos hacia Ibañeta, vamos allá.

...

Ya vamos, ya, monte arriba.

Entre Vera y Francia,
paso a pasito, no media nada»³⁵⁴.

Y en términos más generales, el que por diversas causas debe cruzar la frontera clandestinamente; el «aventurero» de Baroja, motivo también de la prosa de Pierre Loti:

«Soy Ramuntcho, soy Ichúa, soy cualquiera de los personajes avezados a la vida aventurera que ha sacado a relucir la prosa llena de encantos artificiales de esa vieja sirena francesa llamada Pierre Loti. Tengo mis rincones en Hendaya y en Fuenterrabía, en Behovia y en Biriatu, en Vera y en Urruña, en Ascain y en Sara. Mis enemigos son los carabineros y los aduaneros»³⁵⁵.

(351) Baroja, *Leyenda*, p. 169.

(352) Celaya, *Canto*, p. 132.

(353) Baroja, *Leyenda*, p. 152.

(354) Celaya, *Canto*, p. 135.

(355) Baroja, *Leyenda*, p. 161.

Dentro de esta temática general destaca el nombre de Alzate. Alzate es un barrio agregado al municipio de Vera, situado a orillas del río Cía, que tributa sus aguas al cercano Bidasoa³⁵⁶. Allí se desarrolla gran parte de **La leyenda de Jaun de Alzate**, situada en la Edad Media, cuando, para Baroja, se desvirtuó el espíritu vasco —que el autor canta—, por su contacto con el latino:

«La leyenda de Jaun de Alzate es una leyenda de la Edad Media... Transcurre en Alzate y en Easo»³⁵⁷.

«El desligarse de Roma y del espíritu latino traería la posibilidad de hacer algo original en el pueblo vasco. Yo confieso que para los «chapelaudis» sería hermoso, como ensayo, hacer una zona del Bidasoa, española y francesa, un pequeño país limpio, agradable, sin moscas, sin frailes, sin carabineros»³⁵⁸.

En varios lugares de la obra de este escritor se hace mención a los Alzate. Tanto en ellos como en la tradición en que se basa se mezclan historia y leyenda, llegando a confundirse hasta lograr una bella fusión. Así, sus orígenes aparecen como nebulosos, perdidos en el pasado:

«Los Jaun de Alzate eran de los más antiguos parientes mayores del país vasco: venían de una familia tan vieja como el monte Larrún»³⁵⁹.

Otras veces Baroja hace alusión a otros momentos de esa historia, refiriéndose a épocas posteriores. El tema está muy tratado en su obra, entre otras razones por sus investigaciones en torno a su apellido **Alzate**:

«Los Alzate fueron señores de Vera, desde el siglo XIV. La leyenda de estos Alzate en Vera de Navarra es que un don Rodrigo, patrono del pueblo en el siglo XV, se enamoró de una hija de la casa de Urtubi, en Francia, cerca de Urruña y se casó con ella. Don Rodrigo fue a vivir a Urtubi y se afrancesó de tal modo que no quiso volver a España, y entonces los de Vera se reunieron, lo desposeyeron de sus honores y de sus preeminencias y le embargaron las tierras»³⁶⁰

Este tratamiento llega hasta nuestros días. Baroja señala su evolución desde la Edad Media, manifestando cierta nostalgia por lo que queda de los Alzate y de su pasado esplendor. De los antiguos tiempos se conserva, como recuerdo simbólico, «unos muros ruinosos y una escalera llena de musgo». Veamos tres de los momentos «claves» de este proceso:

«El barrio de Alzate, de Vera del Bidasoa, es en esta época, una aldea independiente, gobernada por Jaun, su patrón. El barrio se halla formado por una calle de casas grandes, negras, con balcones llenos de flores, tejados llenos de musgo y puertas estrechas como de fortaleza...»

«Todavía se conserva este barrio, que ahora es un pueblo independiente de Vera, en donde se recuerda esta tradición. La torre de Jaun se encuentra a orillas de un arroyo, llamado Lamiocingo-errec. Es una casa-castillo grande, negra, destartalada. Se entra atravesando un puente pequeño que salva el arroyo. Se pasa una puerta baja, gótica, con el escudo de Alzate, dos lobos negros en campo de oro, y se sale a un

(356) Enciclopedia, Dic., I, p. 561.

(357) Baroja, *Leyenda*, pp. 9-10.

(358) Baroja, *Momentum Catastrophicum*, V, p. 385.

(359) Baroja, *Leyenda*, p. 8.

(360) Baroja, *Juventud, eglatría*, V, p. 189.

zaguán embaldosado de piedra con dos columnas, un banco y una porción de argollas para atar las cabellerías...».

«Hoy el solar de Alzate está aniquilado. Tres casas blancas como tres palomas en el nido de un águila ocupan el sitio de la vieja torre, a orillas de Lamiocingo-errea el arroyo de las Lamias, que marcha a desembocar en el Bidasoa.

De la antigua casa y castillo de Jaun sólo quedan unos muros ruinosos y una escalera cubierta de musgo que baja el arroyo»³⁶¹.

Dentro de esta tradición histórico-legendaria, Arizcun ocupa otro lugar singular, por proceder de allí algunos motivos pertenecientes a la misma tradición. Arizcun se encuentra situado muy cerca del barrio de Bozate, en el corazón mismo del Baztán.

Uno es la de la Casa de Ursúa, otra con importancia en la zona. A esta familia pertenecían Lope de Aguirre (¿ - 1561) —oriundo de Oñate (Oñati)—, «desconcertante figura de la epopeya americana»³⁶² y otros personajes de relevancia histórica:

«Los de la casa de Ursúa —había en Elizondo otro palacio de Ursúa llamado Arrechea... Los de Ursúa procedían de una vieja torre gótica de Arizcun. Se habían distinguido antaño en América. Dieron en el siglo XVI uno de sus grandes capitanes, Pedro de Ursúa, que fue muerto, con su mujer, por Alvarado y por aquel célebre energúmeno vasco Lope de Aguirre, el de la expedición de los Marañones, cuya cabeza se guardó en una jaula en la iglesia de Barquisimeto, de Venezuela, y que se firmaba unas veces Lope de Aguirre, el **Peregrino**, y otras, Lope de Aguirre, el **Traidor**»³⁶³.

En el Baztán, la Casa fue considerada siempre por su gran poder, causa por la que mantuvo luchas con otras rivales. Baroja se inspiró en ellas para escribir **Las familias enemigas**:

«Al comienzo del siglo XIX, en Elizondo, centro del Valle del Baztán, en Navarra, en la vieja calle del pueblo, con arcadas, había dos casas vecinas y de rivalidad hostil: una, la casa de Ursúa, y otra, la de Sanjuanena»³⁶⁴.

En torno a ellas nacieron abundantes leyendas que se plasmaron en la literatura vasca en una serie poética, a modo de romances, en la que se mezclaba la realidad y el mito, tras una larga tradición oral³⁶⁵. Los motivos fantásticos abundaron y han servido a poetas de nuestros días, que se han hecho también transmisores, cultos, del mito:

«La noble casa de Ursúa
tiene siete ventanas iguales y alineadas.

Baga, biga, iga, laga, bega, sega, zagi

Las seis primeras ventanas siempre están cerradas;
en la séptima, abierta, cose la hija de Lantaina
y mira la lluvia lenta.

...

De lo que ocurrió en Vidania, la gente de allí se calla.
Desgracias y soles negros. Verdades martirizadas,

(361) Baroja, *Leyenda*, pp. 9 y ss.

(362) Arocena, p. 15.

(363) Baroja, *Vidas*, pp. 290-291.

(364) Baroja, *Vidas*, p. 290.

(365) La historia y la leyenda, en el libro de Otazu y Llana, citado en la Bibliografía.

lluvias santas, tardes lentas, ¡y tan largas!
que sin más ni más nos matan.
Nunca estuvo allí de veras, aunque decían que estaba,
la hija de Lantaina,
que en la séptima ventana le ve la gente que pasa.

Han cerrado más que nunca, por respecto, las ventanas,
pero todos los que pasan
ven que en la séptima cose el fantasma de Lantaina»³⁶⁶.

La raza de los agotes es otra derivación de este complejo folklórico nacido en Arizcun. Su historia resulta curiosa e interesante:

«Esta raza vive en un barrio aparte de Arizcun, el barrio de Bozate, y lleva en la comarca ochocientos años de humillación y de desprecio sin motivo bien conocido, pues unos la consideran descendientes de gafos y de leprosos, y otros, de heréticos».

«En el **escudantza**, o baile de mano, hay una figura en la cual la primera pareja, llamada **aurrescu**, o delantera, suele agarrarse de las manos, forma como un arco con los brazos levantados y van pasando por debajo las demás parejas. Se decía que alguna vez, muy rara, cuando entraban a bailar gitanos, agotes u otras gentes poco estimadas en el pueblo, los brazos de la primera pareja se bajaban, como impidiéndoles el paso, por considerarlos indignos de estar entre los demás»³⁶⁷.

Por estas circunstancias eran despreciados y humillados por el resto de los habitantes de la zona:

«Soy el agote, el despreciado agote. Vengo del lado de Arizcun, y allí por donde voy, por la orilla de este río, me odian»³⁶⁸.

Como reacción, se unieron a otros marginados que, agrupados, formaban las comunidades de brujos y brujas que tanto abundaron en esta zona:

«Se encontraba allí gente de Vera, de Lesaca, de Echalar, de Añoa, de Zugarramurdi y de Urdax...» Llegaron también... unas cascarotas de Ciburu y unos agotes de Arizcun que llevaban como distintivo una pata de ave, cortada en paño rojo, cosida en la ropa, a la espalda, para que nadie se acercase a ellos»³⁶⁹.

La brujería es otro de los elementos que han configurado el pasado de esta región. Se decía que muchos rincones de la tierra vasca estaban llenos de sorguñías. En esta zona del Pirineo, desde Fuenterrabía hasta el Roncal y desde Bearn hasta Hendaya, estas personas imperaban, mandaban, curaban y hacían sortilegios. En Logroño y San Juan de Luz fueron enjuiciadas muchas de ellas en el siglo XVII. No celebraban en sábado, sino otros días de la semana, principalmente en las grandes solemnidades de la Iglesia. En Laburdí se reunían en caseríos y castillos, y en Navarra, en prados y sitios rústicos³⁷⁰:

(366) Celaya, Canto, pp. 91-92

(367) Baroja, Vidas, pp. 91-92.

(366) Baroja, Leyenda, p. 155.

(369) Baroja, Vidas, p. 267.

(370) Elizalde, pp. 212-213.

«Errotazar esta a orillas del Bidasoa, cerca de una regata.

El molino se llama ahora sorguiñ-eche: casa de brujas.

Las ruinas de Errotazar tienen unas paredes grandes, negras, cubiertas de hiedras; una torre de madera y unos arcos encima del río...

Hay cerca de las ruinas de Errotazar una ermita abandonada y un camino lleno de cruces de piedra, donde descansan grupos apiñados de cuervos pensativos, de mochuelos y de lechuzas, y una cruz de madera podrida, con su Cristo, con los brazos retorcidos y la expresión de terrible dolor»³⁷¹.

Zugarramurdi era el principal «santuario» de estas prácticas. Esta situado cerca de la provincia de Laburdi. Allí se celebraban las reuniones de más importancia, frecuentemente. En **La leyenda de Jaun de Alzate** hablan las personas que asistían:

«Aquí, junto, al lado del río, tenemos nuestra piedra Lamiarri, y en Zugarramurdi, una cueva especial Lamien-Lezca»³⁷².

En **La dama de Urtubi** Baroja resume el aspecto general que ofrecían estos lugares durante las celebraciones; la descripción de las cuevas, los topónimos, la ambientación..., todo responde a ese carácter mágico y demoniaco, propio de ellos:

«El punto de reunión de todos sería la cueva de Zugarramurdi, desde donde marcharían al prado de Berroscovero».

«Echéun había encendido una linterna, y avanzó en la cueva, seguido por los soldados. Con aquella escasa luz aparecía que el piso de arena iba a desaparecer a cada instante y que el arroyo se encontraba a gran profundidad. Sin embargo, no era así; el suelo de la cueva bajaba en una pendiente suave y concluía en el arroyo, que al principio tenía bastante anchura y muy poca profundidad. Más lejos seguía alargándose la caverna al borde de Infernuco-erreca, hasta que el arroyo se estrechaba, salía al campo, y la gruta terminaba en una abertura angosta. El antro no estaba desierto; a la luz de una antorcha se veían dos viejas que sacaban manojos de hierbas secas guardados en un rincón, e iban clasificando la mandrágora y el beleño, el estramonio y el muérdago, el acónito y la belladona»³⁷³.

La literatura posterior ha encontrado en la brujería un motivo para inspirarse, recordar o denunciar. Así, Gabriel Celaya en el campo de la poesía —**Noche de Zugarramurdi**³⁷⁴—, Baroja en el de la novela, José María Camps en el del teatro —**El Edicto de Gracia**³⁷⁵— etc. recogen ceremonias, personajes, procesos de triste memoria y todo lo que con ello tuvo relación.

Junto con la brujería encontramos la religión: también geográficamente. En Urdax, cerca de Zugarramurdi, nació en 1566 Pedro de Aguerre y Azpilicueta (Pedro de Axular). Escribió en euskera una obra de conversión, dirigida a los creyentes, Gero («Después»), considerada como la más lograda de la literatura vasca. Murió en 1644³⁷⁶.

Entre los Pirineos y la Cordillera Cantábrica aparece un conjunto de montañas cuya altitud desciende por debajo de la alcanzada en el eje de los dos grandes sistemas. La relación de estas montañas con los dos sistemas que las flanquean ha sido problema debatido en el

(371) Baroja, *Leyenda*, pp. 209-210.

(372) Baroja, *Leyenda*, pp. 209-210.

(373) Baroja, *Vidas*, p. 265.

(374) Celaya, *Canto*, pp. 35-38.

(375) Camps, pp. 12-48.

(376) *Enciclopedia, Lit.*, I, p. 167.

que se han sucedido varias interpretaciones. La explicación tradicional consistió en considerar que Pirineos y Cordillera Cantábrica formaban un eje montañoso continuo. Posteriormente fueron considerados como dos sistemas claramente diferenciados e independientes geológica y morfológicamente³⁷⁷.

«¡Oh montaña! me afano
por hallar una estrofa clara y bella
que exprese toda tu grandeza, en vano:
¿podría la hermosura de una estrella
cabrer en nuestra mano?
Renunciad todos al pueril empeño,
que siempre ha sido el pensamiento humano
para ceñir la inmensidad, pequeño»³⁷⁸.

Este relieve tiene su primer enclave importante en la sierra de Gorbea (1475 m.), que domina la provincia de Vizcaya, al norte, y la de Alava, al sur³⁷⁹.

«Cuántas veces, absorto, he contemplado
sobre la cumbre del Gorbea erguido
esa llanura pródiga, que ha unido
al solar de Castilla, el vascongado»³⁸⁰.

En Ochandiano (Otxandio), localidad vizcaina, en el límite mismo con la tierra alavesa, el paisaje cambia, pasando de un terreno fundamentalmente llano a otro más montañoso:

«... desde allí empieza a volverse (el paisaje) más abundante en bosques y más montañoso, y en S. Antonio de Urquiola (un caserío y junto a él una **Ermita**) aparece romántico en el más sumo grado»³⁸¹.

Allí se encuentran una serie de picos, de los que el Amboto es el más importante. Dominan el Duranguesado y la tierra de Aramayona (Aramaio). Nacen una serie de valles estrechos que caracterizan el paisaje, verde y frondoso, de esta región?

«Una oscura muralla de peñas se atraviesa delante del camino de Levante a Poniente. Pero separada en tres magníficas masas (Ambota, Uncilla y Sta. Lucía), se precipitan entre ellas estrechos valles hacia el lado del mar. Por la larga y desnuda pared de peñas de la derecha, rota en puntas bravías por innumerables ranuras, galopaban blancos jirones de niebla; en medio se elevaba, limpia y libre, una pirámide aislada a cuyo pie se enroscaban agradablemente dos fértiles llanuras, y sobre la abovedada cumbre de la peña de la izquierda descansaba todavía un denso nubarrón. Pero cuán diversas se manifestaron las vistas en la bajada, en que el camino, simpáticamente plantado con árboles, conduce abajo por entre las peñas. Por todas partes se ve exuberante vegetación en contraste agradable con desnudos y escarpados peñascos. Ya pende un sombrío bosque de la empinada altura abajo; ya hay un huertillo cultivado en un ángulo más llano de la peña, que le sirve de muro de apoyo y a la izquierda asoman por encima del bosquecillo los restos de un antiguo castillo»³⁸³.

(377) Geografía regional, pp. 80-81

(378) Calle, p. 83.

(379) Sollube, I, p. 16.

(380) Calle, p. 56.

(381) Humboldt, p. 115.

(382) Sollube, I, p. 16.

(383) Humboldt, pp. 115-116.

En esta zona se encuentran las localidades de Durango, Apatamonasterio, Urculeta, Mañaria, etc. A Humboldt es esta última la que más le llama la atención, describiéndola minuciosamente:

«Al pie de estos montes esta Mañaria, el lugarejo más encantador que ví en Vizcaya. Alrededor de la iglesia, como centro y objeto de su reunión, más densamente agrupadas, se pierden, más abajo tanto más espaciadamente dispersas, las casas, sombreadas de castaños y nogales, bajo grandes robles coronados de yedra; y un verde prado conduce por el lado al puerto de esa montaña y convida a la imaginación a nuevas vistas en otro valle igualmente romántico. Por los montes de en rededor, como por un muro protector, preservadas contra el frío y el viento, prosperan aquí las higueras y moreras, que pocos miles de pasos antes, en la altura, en Ochandiano, que debe su nombre a su áspero clima, y en toda la restante Alava ya no se presentan»³⁸⁴.

Otro enclave de importancia es San Adrián. Se encuentra situado entre las provincias de Guipúzcoa y Alava, entre el Aitzgorri y Araya, cerca de Cegama. El paisaje de este lugar ha llamado la atención a numerosos escritores que han pasado por él. Andrea Navagiero, el viajero renacentista, hace la siguiente descripción:

«... pasamos el Pirineo por el puerto de San Adrián, que es muy áspero así a la subida como a la bajada, con muchas piedras y lodo, y donde han querido remediarlo han puesto maderos de través y de tal suerte que hubiera sido mejor dejarlo sin artificio alguno. El camino está rodeado de bosques de encimas y tilos altísimos, y hay mucha variedad de hierbas. No se llega hasta lo alto de la montaña, pues en ella hay un gran agujero que pasa de parte a parte, y que tiene de largo un tiro de ballesta; dentro hay una fuente que se filtra entre los peñascos de arriba y se recoge en un vaso labrado en las mismas peñas, y en el verano suele ponerse allí un ventero; hay también una capilla de San Adrián, y creo que es la que da su nombre a la montaña. Este paso es muy fuerte y difícil y quizá imposible de forzar; saliendo de él se entra en Guipuzcoa...»³⁸⁵.

Guillaume Manier, en 1726, ve así esta montaña y la región colindante:

«Esta montaña de San Adrián es una de las más altas del mundo, y se necesitan más de dos horas para llegar a lo alto. Una vez allí se ve una roca de un solo bloque, enorme como el castillo más grande que se pueda imaginar. Hay en su centro un túnel horadado que se llama túnel de San Adrián. Dentro hay una capilla y una taberna. Cuando se mira abajo, todo parece desde allí un precipicio. Se sube aún un poco más y se entra en un bosque. Al bajar, o al salir, se pueden ver a la derecha montes rojos de diferentes matices de coloración, algo muy curioso que recuerda los más hermosos tapices»³⁸⁶.

La condesa de Aulnoy, que estuvo en 1679, describe el carácter de toda esta región en invierno. Pondera, además, la buena disposición de sus habitantes hacia los que la visitan, ofreciéndose a limpiar los caminos de nieve, etc., para que puedan transitar sin gran dificultad:

(384) Humboldt, p. 116.

(385) Andrea Navagiero, *Il Viaggio fatto in Spagna et in Francia, del magnifico M. Andrea Navagiero, su oratore dell'illustrissimo senato veneto alla Cesarea Maestá di Carlo V. Con la descrizione particolare delli luochi, et costumi delli popoli di quelle Provincie*, Venecia, 1563. Vid. Santoyo, p. 40.

(386) Guillaume Manier, *Voyage d'Espagne en 1726 et en 1727, par Hanier de Noyon. Ecrit de sa main en 1736, Montdidier, 1890*. Vid. Santoyo, p. 139.

«No se encuentran aquí esos hermosos castillos que bordean el Loira y que hacen decir a los viajeros que aquel es el país de las hadas. No hay en estas montañas más que cabañas de pastores y algunas pequeñas aldeas, tan retiradas que para llegar a ellas hace falta buscarlas largo tiempo. Toda esta naturaleza, aunque causa temor, no deja, sin embargo, de tener su propio encanto: había tanta nieve que siempre teníamos veinte hombres que nos limpiaban los caminos con palas. Tal vez pienses que me costó mucho: pero hay unas órdenes tan bien establecidas y observadas, que los habitantes de un pueblo están obligados a marchar delante de los viajeros y a conducirlos hasta donde se encuentran los del pueblo cercano, y como no media acuerdo alguno para remunerarlos, la más pequeña liberalidad les satisface. A este primer cuidado se añade el de repicar sin cesar las campanas, para indicar a los viajeros los lugares a los que pueden retirarse en caso de que el tiempo empeore»³⁸⁷.

No opina lo mismo Hubertus Thomas Leodius —que la visitó en 1538—, a causa de las burlas de que fueron objeto por parte de los moradores de la localidad guipuzcoana de Segura:

«... Llegamos finalmente la víspera de Navidad, tras cruzar los difíciles vericuetos de los montes Pirineos y los inhóspitos pueblos de Vizcaya, a la aldea de Segura, al pie mismo de un monte muy alto que lleva el nombre de San Adrián... Al día siguiente intentamos abrirnos paso hasta lo alto del monte, con la ayuda de muchos hombres que alquilamos para que fueran limpiando los caminos cubiertos; pero era tanta la fuerza con que soplabla el viento que nos llenaba los ojos de nieve, y nuestros guías dijeron que no era posible seguir adelante con aquel tiempo, aun en el caso de que toda España estuviera en peligro. Así que fue preciso regresar a Segura, donde, además de las burlas y carcajadas de que fuimos objeto, apenas si nos quisieron recibir aquellos pérfidos vizcainos; nos lanzaron desde las ventanas bolas duras de nieve, pero no teníamos más remedio que soportarlo. Ni siquiera había allí un magistrado que castigara su atrevimiento»³⁸⁸.

En 1502 estuvo Felipe el Hermoso. Lalaing cuenta algunas incidencias de su viaje y sigue insistiendo en el carácter peligroso de estos montes:

«El lunes hizo Monseñor cuatro leguas y pernoctó en Segura, a donde muchos acompañantes llegaron también antes que él. Esta villa está al pie de la montaña de San Adrián, mala y peligrosa, siempre cubierta de nieves; en su cumbre hay un túnel por donde es fuerza pasar para ir a Santiago, en cuyo honor hay en el interior de dicho túnel una capilla, por lo que se sabe que aquél es el camino. Poca gente bastaría para guardar este paso, que es la fuerza y llave principal de esta región contra el país de Gascuña»³⁸⁹.

Estos montes han sido considerados en muchas ocasiones como auténticas murallas que han permitido, con otras circunstancias, que la franja del país comprendida entre ellos y el mar haya podido conservar su personalidad más fielmente que las tierras que se encuentran al sur. Ha llamado la atención el cambio que suponía el atravesarlos, dado que constituí-

(387) Marie Catherine Le Jumel de Barneville, condesa de Aulnoy, *Relation du Voyage d'Espagne*, La Haya, 1692. Vid. Santoyo, p. 116.

(388) Hubertus Thomas Leodius *Annalium de vita et rebus gestis Federici II Electoris Palatini*, Libri XIV, Franckfut, 1624. Vid. Santoyo, p. 43.

(389) Antoine de Lalaing, *Voyage de Philippe le Beau en Espagne en 1501*. Publicado por M. Gachard en la Collection des voyages des souverains des Pays-Bas, Bruselas, 1876. Vid. Santoyo, p. 30.

an un elemento natural que determinaba un cierto aislamiento para aquellas regiones. Este es, por ejemplo, el testimonio de Arnald von Harff, en 1499:

«Item, una legua desde Galarreta hasta San Adrián, subiendo la montaña del Puerto: en lo alto de la montaña hay una ermita y un paso horadado a través de la peña, donde viven los que cuidan de él; finaliza en este lugar el territorio español y su idioma, y comienza la tierra y lengua vascas; también cambian los vestidos masculinos y femeninos, e incluso las leguas o millas son aquí más largas»³⁹⁰.

En el mismo sentido se expresa el siguiente texto, de Lalaing, contemporáneo del anterior. Da curiosas referencias respecto a la región del Norte («montañosa y estéril»), y a algunos aspectos de sus costumbres, economía, etc.:

«Aquí termina la región montañosa y estéril de Vizcaya, Guipuzcoa y Vasconia, cuyos habitantes van a buscar sus vituallas con asnos y mulas a los muchos puertos que hay en estas zonas, como Fuenterrabía, Santa María, San Sebastián, Bilbao y Santander y otros, de donde salen muchos navíos que luego acuden a todas las partes del mundo.

Es costumbre en esta región no tener obispo, ni quieren tenerlo. Si se les pusiere uno, lo matarían. Sólo están sujetos al papa y a su sacerdotes, que unicamente responden ante el papa. Las mujeres de Vizcaya se visten de diversas maneras»³⁹¹.

La aspereza de los montes vascos ha servido a algunos escritores de motivo de comparación, de escenario de aventuras, etc., en obras de carácter religioso, como **Los doce triunfos de los doce apóstoles**, de Juan de Padilla, o en obras donde la fantasía juega un importante papel, como **El Trovador** de García Gutiérrez³⁹². Gabriel Celaya toma como punto de referencia «el viento que agita el Murumendi» para establecer una comparación consigo mismo:

«No sirvo para nada. Nunca encuentro un trabajo honrado y suficiente. Soy simplemente el viento que agita el Murumendi y ¡ay! llora en el Aizgorri y quiere decir algo que de hecho nunca logra»³⁹³.

Allí se encuentra el Santuario de Nuestra Señora de Aránzazu (Arantzazu), patrona de Guipuzcoa, habitado por frailes franciscanos. Constituye una de las manifestaciones más modernas de la arquitectura religiosa. Destaca en este sentido la obra escultórica llevada a cabo por Oteiza.

En Aránzazu estuvo Miguel de Unamuno; de su estancia nos habla en **De Oñate a Aitzgorri** —que parece remedar el título de la obra de Galdós, que también estuvo por estos lugares, **De Oñate a La Granja**—³⁹⁴:

«Aránzazu, en un hosco repliegue, húmedo y escarpado, entre verdura en un rincón monástico y eremítico, sin fisonomía ni erfil»³⁹⁵.

También Salaverría escribió sobre Aránzazu:

(390) Arnald von Harff, *Die Pilgerfahrt der Ritters Arnald von Harff von Cöhn durch Italien, Palästina, die Türkei, Frankreich und Spanien, wie er sie in den Jahren 1496 bis 1499 vollendet, beschrieben und durch Zeichnungen erläuterl hat*, Colonia, 1860. Vid. Santoyo, p. 25.

(391) Antoine de Lalaing, op. cit. Vid. Santoyo, p. 29.

(392) Anselmo, p. 43.

(393) Celaya, Canto, p. 34.

(394) Benítez, pp. 108-109.

(395) Unamuno, *Por tierras de Portugal y España*, I, p. 294.

«De la vida que allí se puede hacer nos ha contado Salaverría en su novela La Virgen de Aránzazu. Leedla»³⁹⁶.

Muy cerca de Aránzazu se encuentra Oñate. Su universidad fue fundada por un hijo suyo, el obispo Mercado Zuazola, que quiso hacer de Oñate lo que Cisneros hizo de Alcalá de Henares. Desgraciadamente, la real y pontificia universidad oñatiarra no tuvo la suerte de la Complutense, pues tras una vida azarosa y no muy próspera, acabó extinguiéndose³⁹⁷. En 1918, durante el Primer Congreso de Estudios Vascos, celebrado en esta universidad, se llegó al acuerdo de crear un organismo de investigación y tutela de euskera, para lo cual se crearía la Academia³⁹⁸.

En estos parajes se inspira Gabriel Celaya para componer su **Canto a Lizardi**, relacionando su verso con ese carácter fuerte y duro. Este poeta, cuyo verdadero nombre era José María de Aguirre (1896-1933), ha sido considerado como el más notable de entre los autores modernos de la literatura euskérica. Su obra poética está reunida en el libro titulado **Itz-Lauz**, publicado en 1934³⁹⁹:

«No es nada, si bien se piensa,
pero el canto transparenta cierta luz rara y total
en las cosas más pequeñas.
Yo me siento ahora Lizardi caminando hacia Urkizu
subiendo por el Erni.
Yo pienso en mi Lizardi, contemplando el Txindoki,
y pienso en la apertura vivaz del nuevo verso
que él nos trajo a los vascos
con un aire de montes nunca contaminados»⁴⁰⁰

Junto a estos montes, en Zaldibia (Zaldibia), nació otro importante escritor, Juan Ignacio de Iztueta (1767-1845)⁴⁰¹. Baroja lo considera como uno de los grandes poetas modernos guipuzcoanos:

«Los poetas modernos de Guipúzcoa han sido: Iztueta, Iparraguirre y Vilinch. Iztueta era de Zaldibia, Iparraguirre de Villarreal y Vilinch, Indalecio Bizcarrondo, de San Sebastián»⁴⁰².

La sierra de Aralar se encuentra en el límite mismo de Navarra y Guipuzcoa. Desde los 1.427 metros de su pico más alto⁴⁰³, y de la mano de Navarro Villoslada, se puede contemplar este espectáculo:

«Ante aquel sublime espectáculo queda anonadado el hombre. La vista alcanza sin esfuerzo desde los Pirineos Centrales que cierran el cuadro por el Oriente, hasta la curva del mar, confundido entre las brumas del Norte; desde las castellanas sierras de la cuenca del Ebro, Gorbea y Aizcorri, sobre Aránzazu hasta las montañas que dominan a San Sebastián, Hernani y la desembocadura del Bidaoa.

(396) Unamuno, Por tierras de Portugal y España, I, p. 289.

(397) Donosty, p. 135.

(398) Enciclopedia, Dic., I, pp. 90-91.

(399) Enciclopedia, Dic., I, p. 192.

(400) Celaya, Canto, p. 88.

(401) Michelena, p. 112.

(402) Baroja, País, p. 470.

(403) Sollube, I, p. 16.

En una palabra: tierras de Burgos y de Francia, de Vizcaya y Aragón; dos golfos y fuentes innumerables de caudalosos ríos.

Las formidables cordilleras de Pamplona parecen humildes escalones de la gran cordillera pirenaica; la famosa altura cónica de Monreal, que se divisa de toda Navarra, queda reducida a las proporciones de túmulo céltico y cerro artificial. Pamplona es un modesto caserío que tiene por cimiento las enormes peñas de Osquia, y por respaldo los Pirineos centrales.

Sólo hacia el Sur la sierra de Andía, cortada verticalmente por la de Urbasa, quiere como echarse encima de Aralar para contenerlo en sus pretensiones de rey de los gigantes; y entre uno y otro se tiende el valle de Araquil con todos sus pueblos, ríos, selvas y peñascos, que deleitan los ojos con detalles; todo lo demás desvanece por lo vago y dilatado; confunde el espíritu con la idea de la inmensidad.

Surgen del azulado fondo de los valles ingentes masas de rocas blanquecinas, oscuros lienzos de ciclópicas murallas, montes revueltos y desordenados como despojo de guerra de titanes. Por una parte, lo más profundo; por otra, lo más empinado; golfos que ciñen los suaves y templados valles de Aitor, cimas de casi perpetuas nieves, sobre las cuales se alzaban los fantásticos palacios y jardines de Luzaide y Maitagarri».⁴⁰⁴

También estas zonas aparecen en la novela barojiana **El cura de Monleón**.

En estos montes se conserva aún ciertos caracteres arcaicos, de los vascos. Algunos de ellos están habitados por pastores de rebaños, de cuya leche hacen excelentes quesos. Uno de estos lugares es Urbía, donde Unamuno ve esas características, ligadas a unas condiciones de vida realmente difíciles:

«¡Qué delicia al dar vista a la campa de Urbía, a aquel verde vallecito de prado, allá, en lo alto entre peñascos! El pecho respira aire lavado de las alturas, y el espíritu la paz de aquella soledad alpina. Siente uno el premio de la fatiga. Se bebe de la tierra.

Subían densos nubarrones desde el valle, en tropel. Y todo era cavilar si levantaría o no el tiempo. Cuando a ratos se descubría, entre los desgarrones de las nubes, algún retazo de azul, se nos levantaba la esperanza.

Llegamos a las cabañas de los pastores, donde habíamos de hacer noche: un pequeño pueblecito improvisado. No les dejan hacer casas estadzizas ni cerrar las cabañas por el invierno, ni cercar terreno alguno. Y allí, entre peñascos y hayas, junto a unos fresnos, se alza el aduar. Un verdadero aduar de rifeños, me figuro.

Así que cierra el otoño se van con sus ovejas a pastos bajos. Muchos de ellos apenas sabían castellano; hasta uno que ha servido en el ejército, en el Ferrol, lo hablaba pésimamente y acabará casi por olvidarlo.

Me acordé de la frase de Arturo Campión: que el vascuence va subiendo a las alturas y refugiándose en ellas para morir más cerca del cielo».⁴⁰⁵

También la poesía ha cantado a los pastores vascos y a toda la serie de símbolos que su vida encierra. Como Unamuno, Gabriel Celaya se sitúa en Urbía para realizar este cometido:

(404) Navarro Villoslada, Amaya, pp. 1129-1130.

(405) Unamuno, Por tierras de Portugal y España, I, p. 290.

«Tan última, remota,
la extensión ondulada de la campa,
y tan alto el silencio

La hierbecilla crece.
Si cede a quien la huella, pronto vuelve.
Anónima y menuda

Una extensión de hierba
creciendo poco a poco mansa y terca:

...

Otros pastores vascos
conducen en un sueño sus rebaños.
Milenarios y mansos
establecen también paz sin Historia.

Mas ¿no calzan abarcas?
¿No fabrican con técnica «mamiya»?
¿No construyen en «txabolas»?
¿Y no tienen un kaiku y un «malote»?

Humanos, sólo humanos,
sujetos al dolor de la esperanza
y a lo que nunca acaba,
también son criaturas con historia.

Inventan, luchan, sueñan,
y añaden a la leche el sabor raro
de una piedra quemada.
Y aunque arcaicos denuncian mi pereza.

También, también yo debo
arrancarme al encanto de la calma
de esta campa de Urbía
tan bella y femenina, tan sin alma»⁴⁰⁶.

En estrecha relación con esta forma de vida está el carácter naturalista del pensamiento vasco, que se manifiesta, en este caso, en estos mismos montes, por los que se siente veneración y respeto:

...

«La mañana inaugura
su túnica de luz, temblor y brisa
y arriba, el Padre Aitzgorri
pastorea unas nubes blancas de oro.

(406) Celaya, Canto, pp. 67-68.

Sálvame, Padre Aitzgorri.
 Armame varonil con tu alto ejemplo.
 Devuélveme a la lid
 que aún no gané el derecho a quedar muerto»⁴⁰⁷.

Como una de sus derivaciones, perviven abundantes elementos míticos, que siguen presentes en la vida de parte del pueblo: la brujería es su manifestación más conocida. En el mismo sentido, la peña de Amboto (1.360 m.) es el monte más afamado de toda esta zona, por ser la residencia habitual de la célebre Dama, una de las representaciones de la mítica **Mari**⁴⁰⁸:

«Yo soy el hombre malo,
 Vi un día entre el cristal y el agua milenaria
 de la gruta de Amboto cierta forma olvidada,
 reflejada con brazos de música y de sombra.
 Y allí quedé parado. Y allí sigo durando.
 Hechizando, me dicen, porque invoco llorando»⁴⁰⁹.

Por su carácter religioso el lugar más visitado de estos montes es, junto a Aránzazu, San Miguel de Aralar, en la Sierra del mismo —nombre. La antiquísima tradición que da sentido a este santuario ha sido recogida en muchos lugares; Baroja habla de ella en varias de sus obras, también Navarro Villoslada en **Amaya o los vascos en el siglo VIII**, etc. La leyenda conserva todavía el candor medieval de las luchas de ángeles y diablos, que recuerda a Gonzalo de Berceo:

«Respecto a los Goñi, en las ejecutorias se dice que descende de un Teodosio de Goñi, caballero del tiempo de Witiza, que después de matar a su padre y a su madre por inspiración del demonio, se echó al monte Aralar con una argolla al cuello y una cadena, para hacer penitencia. Un día de tempestad se le presentó un terrible dragón amenazador.

Don Teodosio elevó su alma a Dios y en ese trance se le apareció el arcángel San Miguel, que le rompió las cadenas. En conmemoración, don Teodosio mandó hacer la ermita de San Miguel in Excelsis en el monte Aralar»⁴¹⁰.

Unamuno en **San Miguel de Excelsis** también se refiere a este santuario. El autor, a diferencia de Baroja, se sitúa en el siglo XX, señalando las reliquias que en su interior se guardan, que recuerdan la leyenda y que siguen constituyendo objeto de culto para la devoción popular:

«La primitiva ermita se encuentra hoy en el interior de un templo mayor que sobre ella se ha construido. En la ermita se dijo la misa, y al terminarla dió el sacerdote a los fieles a adorar una imagen del arcángel. A la derecha del altar se ve, encuadrada en un marco, la abertura por donde salió el dragón. Los fieles introducen por ella la cabeza y rezan un credo, saludable antídoto contra dragones infernales»⁴¹¹.

Esta leyenda del arcángel San Miguel ha sido transmitida también por tradición oral, de generación en generación, por los cantares de ciegos que la recitaban, por coplas populares, etc.:

(407) Celaya, Canto, p. 90.

(408) Enciclopedia, Dic., I, p. 601.

(409) Celaya, Canto, p. 33

(410) Baroja, Memorias, VII, pp. 513-514.

(411) Unamuno, Por tierras de Portugal y España, I, p. 297.

«¡Compradme los gozos del príncipe gloriosísimo San Miguel Arcángel, primer ministro de Dios, que rompió las cadenas del caballero penitente don Teodosio de Goñi, en el monte Aralar»⁴¹².

El santuario constituye uno de los centros religiosos del País Vasco que goza de mayor veneración. Por estar situado en Navarra, para Unamuno define en parte el carácter de los habitantes de este territorio en contraposición con los restantes, donde la protectora es la **Virgen Madre** (de Aránzazu, Begoña o Estibáliz):

«San Miguel de Excelsis, en fin, un arcángel belicoso y no una virgen madre, en lo alto de un peñasco, a todos vientos y todos soles, sobre el abierto valle de la Barranca»⁴¹³.

En el Valle de Ayala (Aiara), al norte de Alava, cerca de Amurrio y de la Sierra de Gorbea, se encuentra Quejana, lugar de resonancias histórico-literarias por su relación con el canciller Pedro López de Ayala, autor del **Rimado de Palacio**:

«Quejana es un grupo pequeño de caserones antiguos, al lado de un arroyo; pueblo con varias torres almenadas, un castillo y una iglesia. Hay en él un puente ojival para cruzar el río, y un edificio con unos soportales, que deben servir a sus moradores de mercado, y de paseo en tiempo lluvioso.

En una de estas casas palaciegas hay 1 capilla donde existen varias sepulturas ya-centes; los dos sepulcros del centro se dice que son de don Pedro López de Ayala, el canciller historiador y poeta, y de su mujer doña Leonor de Guzmán; pero al parecer tiene más probabilidad el que sean de los padres del canciller, que fueron don Ferrán de Ayala y doña María Sarmiento»⁴¹⁴.

Estando prisionero, el Canciller escribió su obra, en la que se dirige a las dominicas de Quejana, como recuerda Baroja:

«... El caso es que allí cayó en manos de los portugueses, y se pasó quince meses preso en el castillo de Oviedes, cuyos ocios forzosos empleó en componer el **Rimado de Palacio**.

Desde la prisión se dirigió a las monjas dominicas de San Juan de Quexana convento fundado en 1372 por su padre, diciéndoles:

«Señoras, vos las dueñas que por mí y tenedes oración a la Virgen, e por mí la saludades, que me libre e me tire de entre estas paredes, do bivo muy quejado, segunt que vos sabredes»⁴¹⁵.

Durango, cerca de Abadiano (Abadino), también es centro de recuerdos históricos, principalmente por los herejes del siglo XV.

«... Asimismo en este tiempo se levantó en la villa de Durango una grande heregia, y fué principiador della Fray Alonso de Mella, de la Orden de San Francisco, hermano de Don Juan de Mella, Obispo de Zamora, que despues fue Cardenal. E para saber el rey la verdad, mandó a Fray Francisco de Soria, que era muy notable Religioso así en Sciencia como en vida, é á Don Juan Alonso Cherino, Abad de Alcalá la Real, del su Consejo, que fuesen a Vizcaya, é hiciesen la pesquisa; é gela tuxiesen cerrada

(412) Baroja, Leyenda, p. 185.

(413) Unamuno, Por tierras de Portugal y España, I, p. 294.

(414) Baroja, País, pp. 59-64.

(415) Baroja, País, pp. 65-66.

para que su Alteza en ello proveyese como á servicio de Dios é suyo cumplia; los quales cumplieron el mandado del Rey; é traída ante su Alteza la pesquisa, el Rey embió dos Alguaciles suyos con asaz gente, é con poderes los que eran menester para prender á todos los culpantes en aquel caso; de los quales algunos fueron traídos a Valladolid, y obstinados en su heregía, fueron ende quemados, é muchos más fueron traídos á Santo Domingo de la Calzada, donde asimesmo los quemaron; é Fray Alonso que habia seydo comenzador de aquella heregia, luego como fué certificado que la pesquisa se hacia, huyo y se fue en Granada, donde llevó asaz mozas de aquella tierra, las quales todas se perdieron, y él fué por los Moros jugado a las cañas, é así hubo el gualardon de su malicia»⁴¹⁶.

Geddes, en su Martirologio, supone que estos herejes de Durango eran Valdenses; Mariana (lib. XXI, cap. XVII) dice expresamente que la secta era la de los Fraticelli. A estas herejías parece ser que se refiere el Dr. Montalvo en su comentario al Fuero Real (Ley II, tit. II, lib. IV) donde escribe: «Item nunc nostris temporibus in dominatione Vizcayae, quidam vizcayni sunt de haeresi damnati; non tamen propter hoc omnes illi sunt universaliter haeretici». Cuando la Inquisición vino a Durango a formar el proceso, terminada la causa, siguió en la villa el tribunal por temor de que la herejía volviese a tomar cuerpo. Ya se había propagado por los pueblos y caseríos vecinos, como Mañaria, Izurza, Abadiano, Bériz, etc.⁴¹⁷.

Para Valdeón, los ideales de estos herejes se inspiraban claramente en los Fraticelli italianos y propugnaban la construcción de una sociedad sin bienes. Es evidente que esta secta recogía, en el lenguaje específicamente religioso, buena parte de la conflictividad social del siglo XV en el País Vasco⁴¹⁸.

Baroja se inspiró en estos hechos para escribir **Los herejes milenaristas**, que tiene a esta localidad por escenario. Respecto a su ideología opina:

«En estas tendencias milenaristas se unía el misticismo, el erotismo, el comunismo y algunas extravagancias oscuras del Apocalipsis. Lo mismo ocurría con los herejes de Durango...»⁴¹⁹.

Humboldt describe el carácter de esta localidad a principios del siglo XIX, refiriéndose a la serie de problemas que acompañaban a la elección de un alcalde:

«La villa de Durango, que hoy solo cuenta unas quinientas cincuenta familias, era antiguamente una localidad bien acomodada y acreditada por sus fábricas de espadas. De ello son testigo las agitaciones que muchas veces precedían en tiempos antiguos a la elección de alcalde, y que a menudo, alcanzando el grado sumo el espíritu de partido, tomaban un remate sangriento. Para prevenir esto en adelante se ha rodeado la elección con una cantidad de requilorios y ceremonias, y se la hace pasar por tantas manos diferentes, que la organización de la pequeña república de Durango es una de las más intrincadas que yo conozco. Sin embargo la dignidad de alcalde nada produce y solo dura un año...

El abastecimiento de la villa con pan, vino, carne, aceite, etc., está en manos de 5 regidores, y el pueblo ha tenido un cuidado particular de que administren debidamente su cargo. Pues no solo se les pone además dos inspectores, sino también debe com-

(416) Crónicas, Juan II, p. 608.

(417) Menéndez Pelayo, II, pp. 365-368.

(418) Valdeón, p. 209.

(419) Baroja, Vidas, p. 337.

probar a estos dos un tercero. También elige el pueblo estos tres magistrados, que conciernen a su más inmediato interés, más directamente, y solo por mediación de 25 electores nombrados por él mismo»⁴²⁰.

El mismo autor también ofrece interesante información acerca de una conmemoración popular, ya caída en desuso, qué era «muy benéfica para la integridad de las costumbres», quizá queriendo resarcir la mala fama que los de Durango tenían en algunas localidades vecinas a causa de sus herejes, y las bromas que, por este motivo, se les gastaba?

«Así había en otro tiempo una solemnidad muy benéfica para la integridad de las costumbres, y hoy en desuso, en Durango el día de Santa María de Ulibarri y de Santa Ana. Se acostumbra en estos días a presentar en las iglesias ofrendas (por lo general una pequeña pieza de dinero, con frecuencia sólo un **Ochavo**). Hombres y mujeres hacían ésto sin más ceremonia. Únicamente las muchachas solteras se reunían en traje de fiesta a estilo de calle. Cada calle era guiada por la de más edad, y se dirigía con el tamborilero a la cabeza a la puerta de la iglesia. Allí recibían solemnemente a la comitiva dos sacerdotes, y la conducían al son del tamboril y el silbo adentro de la iglesia, después también la acompañaban otra vez afuera. Como la señal distintiva del traje popular de las muchachas y de las mujeres casadas es, que las primeras van en pelo y las últimas con cofia, aparecían todas las muchachas en esta procesión con la cabeza descubierta, e iban también así al interior de la iglesia, lo que por lo demás es absolutamente extraordinario, así que hasta la **aldeana**, cuando va por el campo a la villa hacia la iglesia, siempre lleva sobre la cabeza un lienzo blanco doblado, que le ha de servir en la iglesia de velo, y que en toda España una forastera, que entre sin velo en una iglesia, en seguida es despedida. Pues bien, habiendo tenido una muchacha del lugar la desgracia de ser madre, y perdido por esto el derecho de ir a cabeza descubierta; las demás no le toleraban ya más en su comitiva, y como velaban en esta con rigor, y nadie se podía excluir de la solemnidad, bajo ningún pretexto, venía a resultar así una revista de moralidad. Ahora se va descuidando también la distinción en el traje con frecuencia. Pero en general queda de notar, que deslices de personas solteras, aunque tampoco son frecuentes, ocurren más a menudo en el país vascongado que en Castilla, pero la infidelidad conyugal en el pueblo casi nunca se encuentra. También las muchachas que han caído, hallan sin dificultad, en varios casos, mas fácilmente que otras, un hombre.

En el mismo día de Santa Ana, y en el de Santiago, había también en otro tiempo una ronda regular de toda la superioridad por todas las calles, en que se debía mostrar cada vecino con su arma en la puerta de la casa. También esto ha venido a olvidarse mucho. Sin embargo, todavía hoy están todos los vascongados obligados a comparecer unidos en masa caso de ataque enemigo...»⁴²²

En la novela de Baroja **El cura de Monleón** se describe el pueblo de Mondragón, que resulta característico por darse en él ese sincretismo entre historia y progreso, tradición e innovación, tan habitual en el país. La descripción que de él hace es la siguiente:

«Monleón, pueblo hundido en un valle angosto, presentaba el aire un poco banal y mediocre de casi todas las villas industriales guipuzcoanas. Dos ríos pequeños lo ro-

(420) Humboldt, pp. 134-135.

(421) Menéndez Pelayo, II, pp. 366-368.

(422) Humboldt, pp. 132-133.

deaban: llegaban ambos de barrancos próximos a los límites de la provincia, circunscribían el caserío y se unían en uno solo para internarse en Guipúzcoa...

Monleón, completamente industrial y moderno en su casco, ofrecía en los alrededores un tipo de vida agrícola y arcaica. Se hallaba constituido por el núcleo antiguo, por barrios modernos y por caseríos solitarios. Su término municipal, grande, no lo era tanto como el de las villas próximas de Vizcaya y de Alava, esencialmente rurales.

Tenía una iglesia espaciosa y un gran portalón con su tejado en la parte de atrás, donde se podía pasear los días de lluvia; una gran plaza con su Ayuntamiento de Fachada barroca; tres o cuatro calles estrechas, de pequeño comercio, un poco tristes y sombrías, y los anchurones producidos por derribos y las avenidas modernas. Al final de las calles viejas se abrían puertas en arco, antiguamente entradas de la muralla.

Cerca del pueblo se levantaba el cerro de **Santa Bárbara**, con árboles, asiento antiguamente de un poderoso castillo. En este alto solían pasear algunas parejas y rezar los curas sus oraciones»⁴²³.

A continuación, el autor se refiere a su tradición histórica, fundamentada principalmente en las luchas banderizas:

«El Castillo, construido, según algunos, por Sancho Abarca, lo mandó derribar Juan II de Castilla, y no se realizó la demolición hasta el tiempo de Enrique IV, y según el historiador local del siglo XVI existían en su tiempo torreones y murallas de la fortaleza.

Monleón tenía una tradición guerrera: había figurado en las luchas de los banderizos vascos, que trataron el pueblo a sangre y a fuego, y una tradición industrial por sus grandes herrerías y fundiciones»⁴²⁴.

El historiador del siglo XVI al que se refiere Baroja es Esteban de Garibay (1533-1599), natural de esta población. Arocena dice de él que «fue en términos absolutamente estrictos el primer historiador general conjunto de España»⁴²⁵. En otra de sus obras, escribe Baroja, refiriéndose a Mondragón:

«... tiene antigua parroquia y algunos caserones blasonados, en uno de los cuales vino al mundo el historiador Garibay»⁴²⁶.

Las luchas de los banderizos dieron lugar a abundantes poemas épicos vascos. Así, sobre la batalla y quema de Mondragón, en 1448, circularon cantares del bando oñacino y del gamboino, cuyos fragmentos, recogidos en la crónica de Iburgüen-Cachopin, dan cuenta de la dureza y mortandad de lo ocurrido⁴²⁷. También esta población es el escenario del poema anónimo **Endechas de doña Milia de Lastur** (1450)⁴²⁸.

En este mismo sentido tenemos, también en esta zona, otras composiciones. En Oñate, el **Cantar de Sandaili** (de la cueva de San Elías)⁴²⁹. En el valle de Léniz —en el límite entre Alava y Guipúzcoa— se han conservado vivas, por tradición oral, algunas variantes del **Cantar de Urruxola**, canto épico vasco de la segunda mitad del siglo XIV⁴³⁰. En Alava el **Cantar de Ara-**

(423) Baroja, Cura, p. 80.

(424) Baroja, Cura, p. 80.

(425) Arocena, pp. 91-92.

(426) Baroja, País, p. 94.

(427) Enciclopedia, Lit., I, p. 42.

(428) Enciclopedia, Lit., I, p. 49.

(429) Enciclopedia, Lit., I, p. 46.

(430) Enciclopedia, Lit., I, p. 36.

mayona, que canta la lamentación de Pedro de Abendaño —pariente mayor de la casa de Urquizu y Abendaño y de la villa de Villarreal de Alava (Legutio)— cuando es perseguido por el señor de Mendiola, cuya torre, en Aramayona, había quemado aquél (1443)⁴³¹.

Refiriéndose de forma general a todos estos conflictos, y volviendo al presente, Baroja escribe:

«La tradición de guerras y de luchas se había borrado por completo. La obra persistía, y quedaba un espíritu industrial entre sus accionistas, ingenieros y obreros técnicos venidos de aquí y de allá.

Fuera del pueblo, la única curiosidad la constituía una roca con una gruta donde, según las consejas antiguas, estuvo refugiado un santo.

La población era bulliciosa y alegre. Las muchachas, esbeltas y sonrientes; los hombres, ágiles, aunque entre ellos se destacaban algunos tipos de gordura un poco monstruosa que se dan en los guipuzcoanos de vida muy sedentaria»⁴³².

Con respecto al desarrollo industrial, hace una descripción de Mondragón, aplicable a cualquiera de las poblaciones desarrolladas de toda la zona:

«Monleón, pueblo alegre y sensual, vivía bien; tenía más de mil obreros empleados en las fábricas; la burguesía gozaba de grandes comodidades; había un hermoso cine cerca de la plaza, casas ricas y lujosas, muchos automóviles, altos empleados e ingenieros con sueldos de ministro.

...

La vida moderna e industrial del pueblo y la arcaica y campesina de los alrededores estaban vigiladas por aquellos dos gigantes de piedra, las peñas de Monleón.

El elemento obrero era casi casi todo él socialista. La religión andaba de capa caída entre la clase trabajadora y seguía muy ritual entre los campesinos y mezclada con supersticiones oscuras. La burguesía alardeaba de muy católica, pero se podía sospechar si en ella todo se reducía a formas»⁴³³.

Esta dicotomía se plasma también en el paisaje que en gran parte ha sido transformado por el progreso técnico:

«Monleón se encontraba en el nudo en donde se atan las tres provincias vascongadas, en la parte de montes más altos, más rudos y selváticos ...

Las dos peñas puntiagudas que se divisan desde los extremos del pueblo y de los altos próximos, ingentes y grises, se destacaban sobre un cielo limpio y azul con algunas nubes caprichosas y blancas. Una de aquellas peñas, completamente desnuda, se mostraba con sus piedras de color de ceniza; la otra, con la parte baja cubierta de matorrales, ostentaba la cumbre rocosa sin vegetación alguna.

Desde el cerro más próximo a Monleón, cubierto de árboles, el de Santa Bárbara, se veía el caserío de la villa, en su totalidad nuevo, las paredes negruzcas de la iglesia, después las instalaciones de la fábrica vieja próxima del río con sus tejados rojos negruzcos y con los edificios de los talleres con unas cubiertas de cementos converti-

(431) Enciclopedia, Lit.. I, p. 37.

(432) Baroja, Cura, p. 80.

(433) Baroja, Cura, p. 86.

das en estanques rectangulares llenos de agua azulada. En ellos se reflejaba el paso de las nubes blancas en el cielo brillante»⁴³⁴.

Parece que las religiosas de Mondragón no se beneficiaban del desarrollo económico. Así lo manifiesta Baroja con su curiosa interpretación onomatopéyica del sonido de las campanas de los conventos:

«La de un convento de monjas decía:

Beti miseriya
Beti miseriya

(siempre miseria, siempre miseria)

Las de otro convento de monjas contestaba:

Guc ere bai
Guc ere bai

(Nosotras también, nosotras también)

La de los frailes replicaba:

Izango da izango
izango izango

(La tendreis y la tendreis, tendreis y tendreis)

La parroquia terminaba el diálogo, por la voz de la campana grande:

Or compon
or compon
gu ongui gaude
ongui gaude.

(Allí os las arregleis. Allí os las arregleis; nosotros estamos bien. Estamos, estamos)⁴³⁵

5. Las zonas llanas

Entre los montes centrales y la frontera con las provincias vecinas, el País Vasco presenta una zona predominantemente llana, si la comparamos con la del norte, aunque existan importantes islotes montañosos —como la sierra de Cantabria, en Alava que no permitan hablar de una uniformidad total en el paisaje.

Dentro de esta amplia región existen diferencias, por lo que es preciso establecer una serie de subdivisiones. Así, en Alava tenemos la zona central de la provincia o Llanada Alavesa y la zona sur o Rioja Alavesa. En Navarra, la zona media y la Ribera.

La Llanada Alavesa o región del Zadorra es la continuación del valle navarro de Burunda. Puede decirse que las cuencas del Arga, en Navarra y la del Zadorra, en Alava, se dan la mano sin ningún tropiezo. Estas dos regiones naturales encierran en su seno la cubeta geográfica por excelencia del País Vasco. En ella están Vitoria y Pamplona (Iruñea) y se ha desarrollado casi toda la historia y el arte del país. La Llanada engloba docenas de pueblos, desde Araya y Salvatierra hasta Vitoria, muchos de ellos atrapados ya por los tentáculos renovadores de la industria»⁴³⁶:

(434) Baroja, Cura, pp. 7-8.

(436) Baroja, Cura, p. 93.

(436) Sollube, I, pp. 13-14.

«Se va casi dos leguas por montes y por collados con malos pasos, siguiendo el curso del Zadorra, y se baja luego a una gran llanura rodeada de montañas como un anfiteatro, en cuyo centro esta **Vittoria**, situada en un collado, y a su alrededor y en las faldas de los montes se ven por todas partes, lugarejos, aldeas y caseríos que forman muy agradable vista, y dicen en Vittoria q. hay tantos como días tiene el año, esto es, trescientos sesenta y seis; otros dicen que hay más, pero lo cierto es que el país es bellissimo; toda esta región se llama Tierra de Alava, y tendrá poco más de ocho leguas de largo y cuatro o cinco de ancho; no llega al mar; a la derecha confina con Navarra, y a la izquierda con Vizcaya; tiene enfrente a Guipuzcoa, y detrás Rioja.

... Cada uno de los lugares que se ven desde Vittoria tiene su monte de encinas, que es común a todos los vecinos, y cortan la leña con medida para que cada cual tenga lo que le toca y no más; los arboles son muy iguales porque todos están plantados al mismo tiempo, y cuando se cortan las leñas se hace por orden del lugar, y si se puede en un solo día, por lo que no hay un árbol más alto que otro, y parecen, no encinas, sino naranjos cultivados en un jardín, lo cual además de ser útil hace que el país sea bellissimo, y no parezca lleno de bosque, sino de jardines»⁴³⁷

En 1707, Juan Alvarez de Colmenar estuvo en esta región. La describe haciendo referencia principalmente a la fertilidad de su tierra y a sus cultivos:

«Algo mas allá de Salvatierra se encuentra una región que es tan fértil a un lado como estéril al otro: se atraviesa un gran número de pueblos y algo más adelante aparecen unos cerros pequeños, y a continuación un valle largo y hermoso como el anterior, cubierto de pueblos, aldeas y villas. El terreno es fértil en trigo y uva; pero no se ven arboles frutales; bien es verdad que no impiden así la vista de Vittoria, que aparece cuando aún se esta a dos leguas de distancia»⁴³⁸.

Una de las localidades mas importantes de la región del Zadorra es Salvatierra, cerca del límite con Navarra. A principios de Febrero de 1502 estuvieron allí Juana la Loca y Felipe el Hermoso⁴³⁹. El Conde de Salvatierra luchó en el movimiento comunero contra Carlos V, como señala Andrea Navagiero:

«Salvatierra es un buen lugar para el sitio donde está; era del Conde de Salvatierra; pero porque fue comunero y muy contrario al Cesar, éste le quitó el señorío... En Salvatierra acostumbran comer los ajos porros»⁴⁴⁰.

Otro lugar con importancia histórica es el castillo de Guevara, situado cerca de Galarreta:

«Galarreta es un pueblo situado al pie de la montaña. Cerca de allí se encuentra el alto castillo de Guevara, que pertenece al conde de Oñate, y dice un proverbio: «Antes condes en Guevara que no reyes en Castilla», a causa de la antigüedad de esta casa. Toda la región es muy buena y llena de pueblos muy próximos unos a otros»⁴⁴¹.

«Cerca de esta capital hay un pueblo llamado Guevara, donde puede verse un viejo castillo, que fue magnífico y que aún lo sería si se tuviera cuidado de mantenerlo en buen estado; pero nadie lo habita ahora, a causa de un duende que se ha apodera-

(437) Andrea Navagiero, op. cit. Vid. Santoyo, pp. 39-40.

(438) Juan Alvarez de Colmenar, *Les Delices de l'Espagne et du Portugal*, Leiden, 1707, Vid. Santoyo, p. 132.

(439) Lalaing, op. cit. Vid. Santoyo, p. 29.

(440) Andrea Navagiero, op. cit. Vid. Santoyo, p. 70.

(441) *Relation d'un voyage en Provenos, Espagne, Portugal, Angleterre et Hollande*, 1612, Vid. Santoyo, p. 70.

do de él, según dicen, y que asusta a todos los que allí acuden. Tiene una gran torre, y por encima sobresale otro torreón de aspecto atractivo. Todos los apartamentos están amueblados. Sólo en el gran salón se encuentra aún un viejo tapiz que representa personajes importantes»⁴⁴².

El Castillo de Guevara fue origen de los Condes de Oñate, de prelados, escritores y grandes dignatarios. La Casa de Guevara, apoyando a los reyes de Navarra y como cabeza de bando gamboino, sostuvo luchas con los Mendozas, oñacinos y partidarios de Castilla, hasta el siglo XIII.

Fue este castillo último reducto de las fuerzas carlistas, aún después del «Abrazo de Vergara» y de la partida de Don Carlos. Tras de tal valerosa defensa, la vieja fortaleza fue volada y reducida a ruinas:

«El castillo de Guevara, construido en el siglo XV, tomando como modelo el de Sant Angelo, de Roja, era para los carlistas una posición importante porque dominaba la Llanada de Vitoria y defendía el paso de los desfiladeros de la Burunda, por si los liberales pretendían entrar en Guipuzcoa, que constituía el baluarte del carlismo.

Este castillo servía a los carlistas de vigía para averiguar los movimientos militares de Vitoria. En dos ventanas altas de la fortaleza se habían colocado dos grandes catalejos: uno, apuntando a una buhardilla de la capital alavesa; el otro, en dirección de la carretera de Elgorriaga.

Desde la buhardilla se hacían señas convenidas, con luces, y los carlistas de Guevara sabían si iba a salir con fuerzas Zurbano o algún otro jefe y por dónde.

Generalmente, la salida hacia la montaña era por la carretera de Elgorriaga y se podía señalar —si no con exactitud, al menos muy aproximadamente— el número de enemigos o algún otro jefe, y por dónde»⁴⁴³.

La Condesa de Aulnoy describe brevemente el interior del castillo tal y como ella lo vio en su viaje de 1679:

«No había muebles, si se exceptúa un tapiz muy antiguo en una sala grande, que representaba los amores del rey Don Pedro el Cruel y de doña María de Padilla. En un lugar se la veía sentada como una reina en medio de sus damas, y el rey le estaba colocando una corona de flores en la cabeza... Subimos después a una torre, sobre la que se alza un torreón, que resultó ser la morada del duende; pero aquel día debía estar de paseo, porque no vimos ni oímos nada que se relacionara con él»⁴⁴⁴.

También el Marqués de Santillana estuvo en esta región. Según Vicente García de Diego su visita tuvo lugar en 1440, llegando hasta la frontera de Navarra a acompañar a D.^a Blanca cuando esta vino a desposarse con el príncipe Don Enrique⁴⁴⁵. Como memoria literaria de este viaje ha quedado esta **Serranilla**:

«De Vytoria me partía
un día desta semana,
por me passar a Alegría,
do ví moca lepuzcana.

(442) Juan Alvarez de Colmenar, op. cit. Vid. Santoyo, p. 133.

(443) Portilla, p. 84. Baroja, Vidas, pp. 323-324.

(444) Marie Catherine de Jumel de Barneville, op. cit. Vid. Santoyo, p. 118.

(445) Marqués de Santillana. p. 240.

I
Entre Gaona e Salvatierra
en esse valle arbolado
donde s'aparta la sierra,
la vi guardando ganado,
tal como el alvor del día,
en un hargante de grana,
qual tod'ome la querría,
non vos digo por hermana.

II

Yo loé las de Moncayo
e sus gestos e colores
de lo qual non me retrayo,
e la moçuela de Ores;
pero tal fisonomía
en toda la su montana
çierto non se fallaría,
nin fue tan hermosa Yllana.

III

De la moca de Beamar,
a fablarnos çiertamente,
raçón ove de loar
su grand e buen continente;
mas tampoco negaría,
la verdat, que tan loçana,
apres la señora mia,
non vi doña nin serrana»⁴⁴⁶.

Asentada en el centro de la Llanada, a orillas del Zadorra, se encuentra Vitoria. En el trazado de la ciudad se aprecian claramente tres momentos de impulso y de vida:

Vitoria gótica. La fundación de la villa data de 1181, por obra de Sancho el Sabio de Navarra. Eligió un lugar estratégico: el cabezo de la aldea de Gasteiz, de fácil defensa en sus espolones por las dos fortalezas que levantó en el lugar de la actual Catedral y en lo que hoy es iglesia de San Vicente.

Paso de trajinantes y peregrinos jacobeos; población famosa por sus mercados; sede de dos renombrados conventos erigidos, según tradición, por los propios patriarcas Francisco de Asís y Domingo de Guzmán; asiento de una rica judería ubicada en la actual calle de Nueva Fuera; ciudad gótica de famosos templos ojivales, enriquecida más tarde con palacios renacentes; cuna del Canciller Ayala (1332-1407), alcalde de la ciudad e importantísimo autor medieval⁴⁴⁷; conjunto evocador, que Victor Hugo comparaba con la Nüremberg medieval; calles apretadas, ricas en arte y en recuerdos⁴⁴⁸.

(446) Marqués de Santillana, pp. 240-241.

(447) Enciclopedia, Dic., I, p. 396.

(448) Portilla, p. 8.

«Vittoria esta en una altura; no es muy grande, pero es hermosa y alegre y con buenas casas y calles, donde viven bastantes mercaderes»⁴⁴⁹.

En 1572 estuvo en Vitoria Giovanni Battista Venturino, uno de los componentes del séquito oficial que acompañó al legado papal y al Patriarca de Alejandría en el viaje que éstos hicieron a Lisboa con el fin de asistir a la boda del rey don Sebastián. Ya de vuelta, cruzaron la ciudad en enero de 1572.

«Esta ciudad esta situada en un lugar muy elevado y es de forma casi alargada; a la entrada tiene una espaciosa plaza de mercado y un hermoso hospital. Tiene diez mil hogares, sus calles están adoquinadas, y la ciudad es hermosa, limpia y llena de artesanos; tiene una muy buena armería pública con muchos hombres, en la que se trabajan buenos coseletes de Placencia, villa vizcaina que se encuentra cerca, a ocho leguas; todavía usa artillería para guardia de las cárceles.

Tiene bellísimas mujeres, que no se pintan como en otras partes de España... En la iglesia de Santa María puede verse una gran cruz de plata, excelentemente trabajada, que tiene casi la altura de un hombre; hay en su interior una imagen de madera de nuestra Señora, que goza de grandísima devoción. La primera dignidad de este templo es el Chantre, con 300 ducados, seguido del Arcediano con 180, el Tesorero también con 180, un párroco que es del número de los canónigos (de los que hay 18 con 250 ducados) y 22 beneficiados con 150»⁴⁵⁰.

También de la Vitoria antigua, de sus murallas y de sus conventos, de sus plazas y de sus calles da noticias Albert Jouvin, tal y como la vio en 1672:

«Vitoria es una ciudad mayor, mas hermosa y más rica que San Sebastián, y una de las mas mercantiles de España, situada en terreno llano a orillas de un río que va al río sobre el que esta la villa de Bilbao, buen puerto de mar de Vizcaya, donde se encuentran dos pequeñas provincias, que son Guipuzcoa y Alava.

Vitoria es la capital de esta última, rodeada por una vieja muralla, y después por una segunda de mayor circuito, que esta sin ninguna fortificación, a donde primero se llega y se entra en la Plaza Mayor, adornada con un gran estanque con su fuente en el medio, y rodeada por la Casa Consistorial, su reloj, los conventos de San Francisco y Santo Domingo, la cárcel de la ciudad y varias hermosas casas; a esta plaza van a dar tres o cuatro de las calles mas grandes de la ciudad nueva, porque la vieja se encuentra un poco mas en alto.

Ocupa una plataforma en la que hay algunos jardines y algunas plazas casi inhabitadas, y en varias de sus calles crece la hierba; allí, sin embargo, esta la iglesia mayor de Nuestra Señora, colegiata adornada con una alta torre cuadrada y un reloj en lo alto.

La ciudad nueva está más baja que la vieja y hay en ella cinco grandes calles todas llenas de ricos comercios, que trafican con los países extranjeros por medio de los cercanos puertos de mar de Bilbao y San Sebastián, desde donde lo que les viene por mar lo envían ellos a Madrid, a Zaragoza y a toda España, principalmente el hierro de Vizcaya, como las herraduras, que vienen a buscar de Andalucía, de Granada, de Extremadura y de las demás regiones de esta nación»⁴⁵¹.

(449) Andrea Navagiero, op. cit. Vid. Santoyo, p. 40.

(450) Giovanni Battista Venturino. *Codex Barberini*. lat. 5250 de la Bibl. Vat. Vid. Santoyo, pp. 53-54.

(451) Albert Jouvin, *Le Voyageur d'Europe, où sont le Voyage d'Espagne et du Portugal et le Voyage des Pays-Bas*, París, 1672. Vid. Santoyo, pp. 112-113.

En el siglo XVIII la Vitoria gótica se desborda desde el espolón del Sur hacia el Camino Real, que pasaba bajo la colina. Los Arquillos solucionan el «salto» del cabezo al llano y la Plaza Nueva engarzarán la Vitoria vieja y la ciudad moderna, extendida al Mediodía de la ciudad medieval:

«Es la ciudad más importante y la capital de la Provincia.. Está situada en el extremo de un hermoso valle. Tiene un doble recinto de murallas, unas antiguas, otras modernas. Aparte de esto no tiene fortificación alguna. La plaza principal esta circundada por el Ayuntamiento, dos conventos y muchas casas bastante bien edificadas: su centro esta adornado con una fuente muy hermosa. Lo que hace por demás agradable esta ciudad son los hermosos arboles que bordean sus grandes calles; para que el calor no los dañe se tiene cuidado de conservar en buen estado unos arroyuelos de agua viva que los defienden con su agradable frescor de los ardores del sol. La ciudad está dividida en dos partes: la ciudad nueva y la vieja. Todo el mundo deja esta última para ir a vivir a la primera. Hay comerciantes muy ricos. Su comercio se efectúa en Bilbao o en San Sebastián... Hay en esta ciudad gente muy elegante; porque además del gran número de comerciantes que residen en ella por motivos de comercio, la situación agradable y la belleza del lugar atraen también a mucha nobleza, aun la mas encopetada, que acude a pasar la vida en un retiro tan hermoso»⁴⁵².

Entre estos visitantes destaca la reina María Luisa de Saboya, que se retiró a esta ciudad con sus hijos cuando el archiduque Carlos se dirigió a Madrid tras la batalla de Zaragoza y obligó al rey Felipe a salir de España, según testimonio de Carl Ludwig von Föllnitz, que escribe ademas (1725):

«Vitoria es una ciudad comercial: está situada en una llanura muy fértil y llena de aldeas. Sus calles son muy estrechas; y las casas, edificadas todas en madera, se proyectan de tal manera sobre la calle que casi pueden darse la mano de una casa a otra; esto hace que las calles sean muy sombrías.

... Nos alojamos en la Posta, donde estuvimos mucho mejor atendidos que en cualquier otro lugar de España»⁴⁵³.

Jean François Peyron disiente de la buena impresión que la ciudad causó a los viajeros del siglo XVII. Concretamente rebate las opiniones de Colmenar, vistas anteriormente⁴⁵⁴. Su testimonio data de 1778:

«Nada notable hay en Vitoria, si no es su gran plaza, que parece estar situada fuera de la ciudad; ni su regularidad ni los hermosos edificios que la rodean la hacen estimable, sino mas bien dos iglesias que se alzan en anfiteatro y algunas galerías adornadas con columnas al gusto antiguo. Las otras casas que la bordean están bastante mal edificadas; las calles de la ciudad, estrechas y oscuras, vienen casi todas a dar a esta plaza; están cerradas por unas puertas que les dan el aspecto sombrío de una prisión. No se encuentran ya «esas calles grandes» de que habla Colmenar, ni «esos grandes árboles que forman una sombra amena», ni «esos arroyos de agua viva que

(452) Juan Alvarez de Colmenar, op. cit. Vid. Santoyo, pp. 132-133.

(453) Carl Ludwig von Föllnitz, *Letres et Memoires du Baron de Pöllnitz, contenant les observations qu'il a faites dans ses voyages et les caractere des Personnes qui composent les principales cours de l'Europe*, Amsterdam, 1737. Vid. Santoyo, p. 137.

(454) Vid. cita n.º 17.

las defienden del ardor del sol con su frescor agradable». Ignoro dónde ha visto o de dónde ha tomado todo esto. Esta ciudad no está habitada. Yo he recorrido calles enteras sin encontrar una sola persona»⁴⁵⁵.

La Catedral de Santa María y la parroquia de San Miguel son otros dos templos que han tenido y todavía tienen renombre, en el panorama monumental de la ciudad.

La primera data del siglo XIV; fue elevada a Colegiata por traslado de la de Armentia en 1496, y erigida en Catedral en 1862, a raíz de la creación de la diócesis vasca, con sede en Vitoria; fue sustituida por la Nueva, neogótica, posteriormente. El exterior conserva recio sabor de fortaleza, sobre todo en el ábside y en su macizo costado Norte. Presenta planta de cruz latina, con tres naves, girola y triforio.

La parroquia de San Miguel fue levantada a fines del siglo XIV en la ladera sur de la colina de la primitiva Vitoria. Ocupa, seguramente, el mismo lugar de la iglesia juradera dedicada también a San Miguel. Ante la entrada principal, abierta al Sur del templo, se edificó en el siglo XVI el pórtico actual, cubierto por una bóveda gótica tardía. En este templo se venera la imagen de la Virgen Blanca, del gótico avanzado, patrona de la ciudad⁴⁵⁶.

«La iglesia principal es muy antigua, edificada en el buen estilo gótico; tiene forma de Cruz, y el coro no impide que la vista goce de toda su extensión, ya que está situado encima de la puerta de entrada; se ven muchos sepulcros. El altar mayor, cuya decoración se eleva hasta la bóveda, es un conjunto de esculturas en madera que representan la vida de Jesucristo, y las diversas escenas están muy bien ejecutadas; aún así no se pueden comparar a las de la iglesia de San Miguel, una de las que dan a la plaza grande de la ciudad; las figuras, de tamaño natural, están agrupadas en esta última con mucho arte y forman un conjunto digno de visitarse. El peristilo de la iglesia principal es tan audaz como ligero. Las tres puertas que sirven de entrada al templo están adornadas con bajorrelieves que el tiempo ha maltratado»⁴⁵⁷.

También Vitoria cuenta con señaladas muestras del arte pictórico. Este hecho llamó la atención de Humboldt, que se detiene en describir algunas obras que pudo contemplar en su viaje:

«El viajero empleará de buena gana el tiempo, que de todas maneras ha de permanecer en Vitoria a causa de la visita de su equipaje, en ver algunos cuadros en iglesias y colecciones particulares, que hay aquí varias. Entre ellos llamó principalmente mi atención una Magdalena de Tiziano en casa del Marqués de Alameda. La figura es de tamaño natural, de pie y completamente vestida. Su cabeza está vuelta hacia la derecha y los cabellos le caen por encima de los hombros sobre el pecho. La hermosura de este cuadro consiste principalmente en la alta dignidad, que ha sabido conservar el pintor al cuerpo y la fisonomía, en medio de la expresión de arrepentimiento. Libre de la intención mezquina de prestar solo un atractivo aún mayor a la imagen seductora de hermosura femenina por la confesión de la culpa —con lo cual se ven tan a menudo rebajada a una de las más vulgares una de las más nobles representaciones del arte moderno— ha tratado Tiziano su objeto más bien de un modo del todo elevado. La Magdalena, que nos presenta, no se despoja de un adorno,

(455) Jean François Peyron, **Nouveau Voyage en Espagne, fait en 1777 et 1778**, Londres y París, 1782, Vid. Santoyo, pp. 159-161.

(456) Portilla, p. 14.

(457) Jean François Peyron, op. cit. Vid. Santoyo, pp. 154-161.

que no tiene parte alguna en sus pecados; no levanta suplicantes ojos al cielo con débiles y tímidas lágrimas; su mano empuña junto su corazón, su mirada está vuelta en sí, verdaderamente tímida e intensa, pero dirigida enjuta y fija a un sitio. No se estremece ante un extraño juez vengador, reconoce con espanto al inexorable, condeñador, en sí misma. No renuncia a la dignidad de la humanidad en contrición arrepentida, siente más bien su vuelta y es por ésta alcanzada, pero fortalecida.

Rica en buenas piezas de varias escuelas es la colección de cuadros del marqués de Montehermoso, uno de los hombres más lleno de saber y de sentir más patriota, que yo encontré entre los grandes de España»⁴⁵⁸.

Vitoria todavía conserva gran parte de sus construcciones y zonas antiguas. Baroja en **El Cura de Monleón** da cuenta de muchos de estos lugares, y de otros que surgieron posteriormente, como consecuencia del crecimiento de la ciudad:

«Por curiosidad estuvo varias veces en el barrio donde vivían los judíos antes de ser expulsados.

En la calle Nueva de Adentro, o de la Puerta del Rey, existía antiguamente la Sinagoga, y a la salida de la ciudad el cerro llamado Judimendi, donde estaba en otro tiempo el cementerio de los judíos de Vitoria. Estos, al ser desterrados, entregaron el terreno al Ayuntamiento, a condición de que permaneciera inculto y no entrara el arado a remover los huesos de los enterrados allí. El lugar se llamaba popularmente «El Polvorín » .

Javier iba también al campo de los Sogueros, hacia la calle de la Herrería; a la calle del Resbaladero, detrás de los cuarteles; al solar de San Miguel con la casa del conde de Salvatierra y a la plaza de la Leña, hoy de Santo Domingo, donde descuartizaron a uno de los comuneros alaveses llamado Gonzalo de Barahona.

Había visto el sitio donde estaba antiguamente la Sinagoga, en la calle Nueva de Adentro; la casa del Portón, en la Cuchillería, y el lugar donde fue fusilado Montes de Oca en el Paseo de la Florida... Bajaba por uno de aquellos cantones en cuesta, salía a la Plaza Mayor, tomaba la calle de la Estación y se encontraba muy a gusto en su casa»⁴⁵⁹.

En torno a la colina de la Villa de Suso, se aprietan las calles gremiales; calles artesanas enriquecidas más tarde con casas señoriales, y ennoblecidas por viejas piedras armeras:

«Sin duda, las principales calles de Vitoria hacía un par de siglos eran únicamente las de las Colina y el núcleo de éstas era Villa Suso, luego llamado el Campillo. De Norte a Sur marchaban la Correría, la Zapatería y la Herrería, atravesadas de arriba abajo por cuatro cantones o callejas terminadas en los portales de San Roque, San Pedro, Portal Oscuro y Portal de Aldabe.

Por la parte oriental, la Cuchillería, la Tintorería y la calle Nueva, se veían cortadas en igual forma, y en sus extremos estaban los portales de San Ildefonso y el del Colegio.

Había en conjunto nueve cantones, el de Anorbin, de las Carnicerías, de San Francisco Javier, de San Marcos, de San Roque, Santa Ana, Santa María, del Seminario y de la Soledad.

(458) Humboldt, pp. 114-115.

(459) Baroja, Cura, pp. 41-42.

Entre las casonas antiguas aparecían algunos jardines cerrados, por encima de cuyas tapias se veían las copas de los árboles.. miraba con atención las casas antiguas, góticas, de la calle de la Correría, algunas de un magnífico carácter.

Le gustaba también la plazuela de Santa María, donde se levantaba la Catedral.

Solía sentarse con frecuencia delante del palacio del obispo, en una plazoleta con árboles y una escalinata. Este palacio era el antiguo del marqués de Monte Hermoso, donde se alojó el rey José en 1809. A la plazoleta daban las partes traseras de las casas de una calle vieja. En el gran pórtico de la Catedral, Javier leía las antiguas inscripciones de enterramientos de abades y canónigos.

Estas callecitas próximas a la Catedral y a la plazuela de Santa María, las conocía en todos sus nombres... la torre del Seminario como un tambor de muralla asomado a la cuesta de la Correría. La Escuela de Aguirre, por la parte de atrás, daba también a la misma calle y tenía un estrecho jardín.

Javier recorría el Campillo y bajaba los noventa y nueve escalones que hay desde la parte alta del pueblo hasta la Plaza Vieja»⁴⁶⁰.

La Plaza Nueva, y los Arquillos constituyen los dos conjuntos claves de la Vitoria neoclásica. La Plaza fue construida a fines del siglo XVIII, forma un armónico conjunto lleno de equilibrio. Al frente se levanta el edificio del Ayuntamiento, del mismo estilo y época, termina en frontón triangular que culmina en el escudo de la ciudad”:

«Por todas partes se observa vida y bienestar, y se ven muchos grandes edificios recién construídos, entre los que destaca la plaza del mercado, concluida en 1791. En cuadrangular, toda la piedra, y consta de 34 casas, entre las que la mayor es la **casa consistorial**»⁴⁶².

«Era un lugar apacible y discreto. Daba la vuelta a los soportales. Había tiendas de instrumentos agrícolas, un óptico, Mendía, y un café, «La Oñatiarra». Miraba hacia dentro en las tiendas profundas de ultramarinos. Debajo de los arcos, una mujer con un carrito vendía bollos, ensaimadas, bizcochos y caramelos a los chicos. Javier leía los nombres en las muestras de los comercios: Ataurí, Atorrasagasti, Zubillaga, Junguitu. Le daba todo una impresión amable. En un rincón estaba el café de «La Unión», con cierto aire del siglo XIX, y en una puerta un letrero muy vitoriano: «Luisa Zañartu. Se hacen vainicas...».

La arquitectura de la plaza, clásica y armónica, tenía sabor del siglo XVIII. Alrededor del quiosco del centro corría un banco con respaldo de hierro, un banco octogonal donde, algunos vagos, muy pocos, solían descansar de no hacer nada»⁴⁶³.

El parque de la Florida fue trazado en los años de 1820 y ampliado en 1855. Entre su arbolado se levantan los monumentos a Manuel Iradier, explorador de la Guinea española, y a Eduardo Dato e Iradier. Como prolongación de este parque, el Paseo de la Senda y el de Fray Francisco conducen al Parque del Prado, en cuya entrada se levanta el monumento al célebre filósofo y teólogo Fray Francisco de Vitoria, hijo de la ciudad:

(460) Baroja, Cura, pp. 41-42.

(461) Portilla, p. 48.

(462) Humboldt, p. 113.

(463) Baroja, Cura, pp. 39-40.

«La Florida se mostraba como un jardín muy bello y muy apacible, con sus grandes árboles, con sus estanques y sus cisnes. También tenían sus encantos el paseo de la Senda, el Prado y el Camino del Mineral».

Efectivamente, siguiendo el paseo puede llegarse al Mineral, arbolado en torno a la fuente de aguas sulfurosas que le da el nombre, y al vecino pueblo de Armentia, cuna de San Prudencio, patrón de Alava⁴⁶⁴.

El ambiente religioso de la ciudad de hace unos cuantos años está tratado con detenimiento por Baroja en **El cura de Monleón**; su protagonista, Javier Olarán, estudia en el Seminario de Vitoria:

«Había por entonces en Vitoria dos Seminarios: el Seminario de Aguirre y el Conciliar. Los dos estaban, cerca uno de otro, en el Campillo o barrio alto. El primero en una casa de la antigua Sociedad Económica Vascongada. El segundo, construido en 1883, tenía el título de **Siminarium Conciliare**.

El Seminario de Aguirre fue creado por un cura de este apellido a mediados del siglo XIX.

Domingo Ambrosio de Aguirre era un clérigo alavés, escapado de España en tiempo de la Guerra de la Independencia. Se instaló en Cuba y allí se dedicó a su ministerio y al mismo tiempo a la plantación de cafetales. Se hizo rico, volvió a Vitoria y entonces decidió emplear parte de su fortuna en crear un Seminario. Eligió la casa de la Sociedad Vascongada de Amigos del País, en el pueblo viejo, cerca de la Catedral, casa con una portada del Renacimiento.

Al principio, el Seminario de Aguirre era completo y se cursaban en él todos los estudios; tenía becas gratuitas y aceptaba alumnos internos; luego fue especializado, destinado a los estudios de latinidad»⁴⁶⁵.

De la catedral Nueva opina de manera parecida a muchas otras personas: «Esta pretensión de hacer una iglesia gótica en pleno siglo XX, le parecía demasiado absurda»⁴⁶⁶.

Vitoria ha tenido importancia literaria también en los últimos siglos. Han residido en ella o la han visitado —aparte de los ya mencionados— escritores como Jovellanos, Navarro Villoslada, etc.; han nacido en ella Manuel Díaz de Arcaya (1841-1916) Herminio Madinaveitia (1867-1943) etc. Entre sus hijos más preclaros hay que citar, en el siglo XX y en el campo de la literatura, a Ramiro de Maeztu (1875-1936) ya Ignacio Aldecoa (1925-1969)⁴⁶⁷.

El primer Ateneo del País Vasco fue el **Ateneo científico literario y artístico** de Vitoria, fundado en 1866. Se estableció en el n.º 20 de la calle de las Cercas Altas, actual Siervas de María. Su órgano de difusión fue «El Ateneo» sustituido en 1878-1880 por la «Revista de las Provincias Euskaras» hasta 1884, en que deja de publicarse⁴⁶⁸.

Jean François Peyron da cuenta de la pervivencia de las costumbres tradicionales vascas en la capital alavesa. Su testimonio data de 1778:

(464) Portilla, p. 48.

(465) Baroja, Cura, pp. 28-29

(466) Baria, Cura. p. 40.

(467) Enciclopedia, Dic., I, pp. 396-398.

(468) Enciclopedia, Dic., p. 213.

«He sido testigo de los bailes que se ejecutan en Vitoria bajo los árboles de un paseo que esta en los alrededores del lugar. El Alcalde Mayor daba el tono, dos tambores comenzaban a llamar a la gente, y las muchachas y los jóvenes de la ciudad se reunían en grupos. Las muchachas se unían unas a otras con pañuelos, los hombres hacían lo mismo; me recordaban la danza griega de Ariadna que M. Guis ha descrito en sus cartas. Formaban de este modo figuras diversas en torno a los árboles y sobre el césped, cada corro por separado. Después de cerca de un cuarto de hora de saltos y vueltas, siempre al son del tamboril (tiempo que cada uno de los jóvenes dedica a elegir con la vista a su pareja), se envían dos mensajeros a la fila que forman las muchachas para que busquen alternativamente a las primeras que se escogen: durante este intervalo continúan las danzas, y poco a poco los dos grupos acaban formando uno solo. Se crea entonces un verdadero laberinto, y las vueltas pasos y figuras son mas variados y rápidos; pero ante cierta señal que da el tambor se separan los que están bailando y pronto todo el prado parece moverse al son del fandango. No hay nada más ligero que estas vitorianas; se diría que cada una de ellas está sola con su acompañante, tan bien siguen sus pasos y movimientos. Nunca he visto menos confusión que en este lugar, cuando parece que debería esperarse todo lo contrario»⁴⁶⁹.

Lo tradicional y lo arcaico viene representado para Gabriel Celaya en el molino de Arriaga, donde «no pasa nada»:

«En el molino de Arriaga
no pasa nada.
Antes trabajaba el agua
y ahora, no, no pasa nada
que ya no rueda la rueda
del molinero de Arriaga.

El agua corre y no muele
atropellando un dolor.
El agua perdida busca
otro nuevo alrededor.
Molinero, eres lo arcaico
que aún no hemos resuelto hoy»⁴⁷⁰.

En Vitoria sitúa Larra el célebre artículo **Nadie pase sin hablar al portero** haciendo referencia, de manera crítica e irónica, a la ideología carlista en el País Vasco, desde el punto de vista de los liberales:

«De entonces acá cada alavés de aquellos es un portero, y Vitoria es un cucurucho tumbado en medio del camino de Francia: todo el que viene entra; pero hacia la parte de acá está el fondo del cucurucho, y fuerza es romperle para pasar»⁴⁷¹.

Este hecho ha sido consignado desde antiguo por los viajeros que visitaban la capital alavesa. En este sentido, Martín Zeiller, en 1617, escribe:

(469) Jean François Peyron, op. cit. Vid. Santoyo, pp. 159-161

(470) Celaya, Canto, pp. 118-119.

(471) Larra. p. 143.

... «Esta es la primera población española en que los viajeros deben declarar y manifestar todo lo que llevan, y no permiten que se pase ni siquiera una camisa nueva sin que la hayan inmerso antes en agua. Comparan algunas espadas con cierto patrón que poseen, y comprueban si tienen la longitud debida»⁴⁷².

En relación con ello está también el caso de Pamplona, que ha conservado durante mucho tiempo la costumbre de cerrar sus puertas por la noche. Así, Baroja escribe:

«Pamplona, en aquel tiempo, era un pueblo amurallado, cuyos puentes levadizos se alzaban al anochecer. Quedaban únicamente abiertas las puertas de San Nicolás y el Portal Nuevo. Esto daba a la ciudad un carácter medieval»⁴⁷³.

«Pamplona era entonces un pueblo extraño; se vivía en él como en tiempo de guerra; de noche se levantaban los puentes levadizos y quedaban no sé si uno o dos portales abiertos. Pamplona era un pueblo divertidísimo para un chico. La muralla con su glacis, sus garitas y sus cañones; las puertas, el río, la catedral y sus alrededores, todo esto tenía para nosotros grandes atractivos»⁴⁷⁴.

Todo ello guarda conexión con la enorme importancia que el movimiento carlista tuvo en el País Vasco⁴⁷⁵. Hasta tal punto, que para Larra, en **La Planta nueva** o **El Faccioso**, lo ve como un fruto más del país, que nace naturalmente.

«Cada país tiene sus producciones particulares: he aquí por qué son famosos los melocotones de Aragón, la fresa de Aranjuez, los pimientos de Valencia y los facciosos de Roa y de Vizcaya»⁴⁷⁶.

El centro principal del carlismo en Estella (Lizarra), en Navarra, junto a Montejurra. En la plaza de los Fueros está la casa que habitó Carlos VII, frente a la iglesia de San Juan⁴⁷⁷:

«Luego se fue a la plaza. Tocaba la charanga. Habla unos soldados formados. En el balcón de una casa pequeña, enfrente de la iglesia de San Juan, estaba Don Carlos con algunos de sus oficiales»⁴⁷⁸.

Entre los monumentos de Estella tenemos la iglesia de San Pedro de Rua, la de San Miguel Arcángel, que tiene aire de fortaleza y un gran pórtico románico, la del Santo Sepulcro, en la rúa de los Curtidores, la de San Pedro de Lizarra, de la ciudad vieja, y palacios y casonas con escudos heráldicos. Todo lo acumulado por una larga tradición histórica que se remonta al siglo XI, cuando el rey Sancho Ramírez inició con francos la repoblación del término⁴⁷⁹. De todos estos lugares habla Baroja en **Zalacaín el aventurero**:

«Tomaron por la rúa Mayor, la calle principal del pueblo antiguo. A un lado y a otro se levantaban hermosas casas de piedra amarilla, con escudos y figuras tallados.

Luego, terminada la rúa, siguieron por la calle de Curtidores. Las antiguas casas solariegas mostraban sus grandes puertas cerradas; en algunos portales, convertidos

(472) Martin Zeiller, *Itinerarium Hispaniae oder Raiss Beschreibung durch die Königreich Hispanien und Portugal*, Nuremberg, 1637. Vid. Santoyo, p. 80.

(473) Baroja, *Memorias*, VII, p. 542.

(474) Baroja, *Juventud, egolatría*, V, p. 194.

(475) En este sentido es de gran importancia la obra de Jaime del Burgo, *Bibliografía de las Guerras Carlistas y de las luchas políticas del siglo XIX*, Pamplona, Institución Príncipe de Viana y Diputación Foral de Navarra, 1953-1955, 3 vols.

(476) Larra, p. 150.

(477) Burgo, p. 114.

(478) Baroja, *Zalacaín*, p. 165.

(479) Burgo, p. 114.

en talleres de curtidores, se veían filas de pellejos colgados, y en el fondo, el agua casi inmóvil del río Ega, verdosa y turbia.

Al final de esta calle se encontraron con la iglesia del Santo Sepulcro y se pararon a contemplarla. A Martín le pareció aquella portada de piedra amarilla, con sus santos desnarizados a pedradas, una cosa algo grotesca; pero el extranjero aseguró que era magnífica...

En una calle transversal, las paredes de las antiguas casas hidalgas derrumbadas servían de cerca para los jardines... Volvieron y subieron a San Pedro de la Rúa, iglesia colocada en un alto, a la cual se llegaba por unas escaleras desgastadas, entre cuyas losas crecía la hierba.

... Desde allí se veía casi todo Estella y los montes que le rodean, abajo el tejado de la cárcel y en un alto la ermita del Puy. Una vieja limpiaba las escaleras de piedra en la iglesia con una escoba, y cantaba a voz en grito:

¡Adios los Llanos de Estella,
San Benito y Santa Clara,
Convento de Recoletos,
Donde yo me paseaba!⁴⁸⁰.

Otros lugares que aparecen en esta obra son el convento de Recoletos, el portal de Santiago, la calle de San Nicolás, el paseo de los Llanos, el puente del Azucarero, la rúa Mayor, el palacio del Duque de Granada, la Peña de los Castillos, la parroquia de Santa María, la iglesia de San Juan, la ermita de Nuestra Señora del Puy, patrona de la localidad, etc.

También tiene Estella otros recuerdos literarios y artísticos:

«En esta Estella patética del marqués de Bradomín, «feo, católico y sentimental», Gustavo de Maeztu manejó hábilmente los pinceles, recreando el paisaje de ocres dorados sumidos en la otoñada»⁴⁸¹

En esta localidad nació en 1524 Fray Diego de Estella, importante autor ascético, cuya principal obra es **Cien meditaciones devotísimas del amor de Dios**. Murió en Salamanca en 1578⁸².

Cerca, en Abárzuza (Abartzuza), tuvo lugar en 1874 una importante batalla entre liberales y carlistas, de la que han quedado, como memoria literaria, algunas composiciones poéticas?

«El extranjero explicó al paso la posición respectiva de liberales y carlistas en la batalla de Monte Muru y el sitio donde se desarrolló lo más fuerte de la acción en la que murió el general Concha»⁴⁸⁴.

Los años de las guerras carlistas fueron también descritos por viajeros del siglo XIX⁴⁸⁵ por Baroja en **Memorias de un hombre de acción**, etc. Este capítulo de la historia vasca no lo trata de modo ocasional, sino sistemático. En este mismo sentido, en **Zalacain** narra el viaje

(480) Baroja, Zalacain, pp. 166-167.

(481) Burgo, p. 112.

(482) Corella, p. 110.

(483) Enciclopedia, Dic., I, p. 53.

(484) Baroja, Zalacain, p. 154.

(485) Anselmo, pp. 44-45.

que su protagonista hace por esta zona navarra, concretamente desde Estella hasta Viana, pasando por los Arcos (Urantzia), Sansol (Santzol) y Torres del Río (Dorreaga). De la primera localidad era el excanónigo Echevarría, figura del carlismo, descrita por el mismo autor:

«Era un bárbaro: fuerte, rojo, robusto, muy corpulento, de formas atléticas... El cura Echevarría era un tipo de estos de franqueza simulada, que se da mucho entre aragoneses y navarros de la ribera. El cura Echevarría era terco y bruto con los inferiores y adulador de los más rastreros y serviles de don Carlos.. Era el agente de los navarros y trataba a la gente con un despotismo bárbaro»⁴⁸⁶.

«Ya estaba clareando; nubarrones de plomo corrían a impulsos del viento, y en el fondo del cielo rojizo y triste del alba se adivinaba un pueblo en un alto. Debía ser Viana»⁴⁸⁷.

El nombre de Viana (Biana) también evoca episodios histórico-literarios. Cesar Borgia, cuñado de Juan de Labrit rey de Navarra, murió trágicamente en Viana, a manos del Conde de Lerín, durante un asedio a la ciudad. Estuvo enterrado en la iglesia de Santa María⁴⁸⁸; posteriormente, en 1523, por deseo de Antonio de Guevara, obispo de Mondoñedo, fue sepultado en la calle, junto a la portada plateresca. En su memoria, existe un pequeño monumento con su busto en esta localidad⁴⁸⁹.

Este personaje histórico da nombre a la novela de Baroja **César o nada**, como protagonista. Por este motivo y por diversos detalles que concuerdan con su fisonomía pasada o actual (accesos, iglesias, caserones, paisaje, etc.) no es de extrañar —como opina Elizalde⁴⁹⁰— que Viana sea el escenario de la segunda parte de esta novela con el nombre de «Castroduro».

Aquí nació Francisco Navarro Villoslada (1818-1895), autor estrechamente ligado a la vida y a la historia del país. Escribió entre otras obras, **Doña Blanca de Navarra y Amaya o los vascos en el siglo VIII**, considerada como la epopeya del pueblo vasco⁴⁹¹.

Esta zona se encuentra al pie de un importante macizo montañoso, común a las provincias de Navarra y Alava. Se trata de una sucesión de sierras de menor altitud que las principales líneas montañosas del país, perforada por el Ebro en Haro, en el trozo conocido por Montes Obarenses⁴⁹². Esta cadena montañosa se inicia con la sierra de Codés, continua con la de Cantabria, toma el nombre de Sierra de Toloño a la altura de Samaniego y termina en los riscos de Buradón⁴⁹³.

Laguardia (Biasteri) es otra localidad de importancia en esta zona. En ella nació, en 1745, el célebre fabulista Félix María de Samaniego, sobrino del conde de Peñaforida; murió en este mismo lugar en 1801⁴⁹⁴. Junto a la parroquia de San Juan se encuentra su casa solariega⁴⁹⁵:

«Desde aquel camino alto se veía Laguardia, rodeada de su muralla, en medio de una esplanada enorme. Hacia el norte, limitaba esta explanada como una muralla

(486) Baroja, *Las figuras de cera*, IV, p. 222

(487) Baroja, *Zalacaín*, p. 200.

(488) Elizalde, p. 240.

(489) Burgo, pp. 117-119.

(490) Elizalde, pp. 240-242.

(491) Corella, p. 190.

(492) Sollube, I, p. 16.

(493) Sollube, I, p. 36.

(494) Enciclopedia, Dic., I, p. 397.

(495) Portilla, p. 134.

gris la cordillera de Cantabria; hacia el sur, podía extenderse la vista hacia los montes de Pancorbo.

En este polígono amarillento de Laguardia no se destacaban ni tejados ni campanarios, no parecía aquello un pueblo, sino mas bien una fortaleza. En un extremo de la muralla se erguía un torreón, envuelto en aquél instante en una densa humareda... Se acercaron a Laguardia. A poca distancia de sus muros tomaron a la izquierda, por la Senda de las Damas, hasta salir el camino de El ciego, y cruzando éste se acercaron a la altura en donde se asienta la ciudad. Dejaron a un lado el cementerio y llegaron a un paseo con árboles que circunda el pueblo»⁴⁹⁶.

Esta localidad aparece también en **De Oñate a la Granja**, de Galdós, donde además se citan otras localidades vecinas (Párganos, etc.), en **Orillas del Ebro** de Enrique Larreta, en **El cura de Monleón** de Baroja, etc. En **El País Vasco** este escritor hace referencia a su importancia histórica, citando a sus hijos ilustres y resaltando lo antiguo de su fundación:

«Laguardia es una ciudad antigua, de gran prestancia aristocrática, con murallas que la rodean y calles asfaltadas. Está puesta sobre un alto. Tiene hermosos palacios antiguos, el del conde de Salazar y aquel en que murió el fabulista don Félix María de Samaniego, y dos iglesias góticas, y una de ellas, en la de Santa María, un bello pórtico que luce una estatua de Sancho Abarca fundador de la ciudad.

Don Sancho en la noble sierra
fundó Laguardi brillante
y en ella un arco triunfante
con llaves con que abre y cierra
y un castillo militante»⁴⁹⁷.

«Estuvieron después en Laguardia, que gustó mucho a las dos señoras, por ser una pequeña ciudad rodeada de murallas, bien cuidada, con las calles asfaltadas, dos iglesias góticas y aire antiguo y en algunos rincones medieval. La torre de Santa María, aislada, que forma parte del castillo y la iglesia con sus detalles románicos y góticos interesó mucho a la irlandesa»⁴⁹⁸.

Yendo hacia Treviño nos encontramos con Párganos —escenario principal de **Orillas del Ebro**— y con Peñacerrada (Urizarra). Este lugar aparece en **El aprendiz de conspirador** de Baroja, donde relata un viaje que hizo aquí mismo en 1912⁹⁹. Lo califica de «pueblo adusto», con características semejantes a los del resto de esta zona navarro-alavesa:

«Antes, sin duda, había allí mucho azor. Zúñiga en el **Tratado de Cetrería**, habla del **falcón bahari**, que se criaba principalmente en los montes de Peñacerrada, pueblo adusto con una antigua puerta de muralla muy alta. El paisaje es allí serio, duro e hidalguesco»⁵⁰⁰.

Una caracterización general de los pueblos de la zona viene dada por la descripción de Labraz —que se ha identificado con Laguardia⁵⁰¹—, hecha por Pío Baroja. Como notas comunes y características de ellos se han señalado, entre otras, las siguientes: aspereza del pai-

(496) Baroja, Zalacaín, pp. 251-219.

(497) Baroja, País, pp. 77-79.

(498) Baroja, Cura, p. 180.

(499) Baroja, País, p. 69.

(500) Baroja, País, p. 47.

(501) Benitez, p. 106.

saje en que se enclavan, medievalismo, dignidad de algunas de sus construcciones (casas solariegas, palacios, iglesias, etc.), estado de abandono y de soledad, conservadurismo ideológico), etc.

Paisaje:

«Alrededor se extendían terrenos calizos; luego un extenso panorama de montes pelados y lomas desnudas rojas y blancas que se iban sucediendo, formando ondulaciones como las olas del mar; cerca del pueblo había huertas y a orillas del río filas de álamos, que a trechos se espesaban formando bosquecillos verdes»⁵⁰².

Carácter medieval:

«Era Labraz un pueblo terrible, un pueblo de la Edad Media. No había calle que no fuese corcovada, las casas tenían casi todas escudos de piedra. Casi todas eran silenciosas y graves, muchas estaban desplomadas, completamente hundidas»⁵⁰³.

Construcciones de valor artístico:

«La casa de hidalgo era grande, vieja, de piedra de sillería. Tenía las ventanas y balcones con adornos del Renacimiento y una puerta plateresca con un escudo nobiliario»⁵⁰⁴.

«... limitaba de un lado por los vetustos paredones de una iglesia, por otro por las altísimas paredes de un convento, y de otro por una vieja casa solariega»⁵⁰⁵.

Pobreza, conservadurismo y emigración:

«Chozas aumentó de tamaño, tuvo una bonita estación y alumbrado por la noche; en cambio, Labraz se fue arruinando, le quitaron a la iglesia la dignidad de colegiata, trasladaron el juzgado a Chozas y de aquí se fue todo el mundo»⁵⁰⁶.

En la actualidad, sólo ruinas de un floreciente pasado:

«Había cuatro o cinco iglesias arruinadas; algunas convertidas en pajares»⁵⁰⁷.

«Desde allí se veía Labraz alrededor de una gran torre, como un montón negruzco de tejados con sus chimeneas blancas y sus casas medio derrengadas»⁵⁰⁸.

«Más arriba de la iglesia, sobre una loma, aparecían las ruinas de un castillo que se continuaba con la muralla derruida».

«Labraz... era en otro tiempo ciudad importante de gran número de vecinos»⁵⁰⁹.

En la misma región están Marañón —cuna del «Trapense», personaje barrojo⁵¹⁰—, donde don Pio terminó **La casa de Aizgorri**, el 17 de julio de 1900⁵¹¹, y Treviño. En la zona también hubo señalados enfrentamientos durante las guerras carlistas:

«... estuvieron en el Condado de Treviño, donde vieron a un pastor que llevaba el capisayo antiguo que usaban los vascos en otro tiempo.

(502) Baroja, *Mayorazgo*, pp. 7-10.

(503) Baroja, *Mayorazgo*, pp. 7-10.

(504) Baroja, *Mayorazgo*, pp. 11-14.

(505) Baroja, *Mayorazgo*, pp. 7-10.

(506) Baroja, *Mayorazgo*, pp. 11-14.

(507) Baroja, *Mayorazgo*, pp. 7-10.

(508) Baroja, *Mayorazgo*, pp. 7-10.

(509) Baroja, *Mayorazgo*, pp. 7-10.

(510) Baroja, *Los recursos de la astucia*, III, p. 592.

(511) Baroja, *Casa*, p. 215.

Treviño... tiene algunas aldeas, un balneario y en la capital, si se puede llamar así, del condado, un puente con una torre. Todo el país debió de ser muy devastado en la primera y en la segunda guerras civiles.

En la pequeña comarca se habla mucho de la ermita de San Fromerio. Allí cerca, en la última guerra, hubo un encuentro entre liberales y carlistas, terminado con una carga de caballería dada por un coronel liberal que destruyó al enemigo»⁵¹².

Todos estos lugares —y la provincia, en general han sido visitados por numerosos viajeros. Concretamente Jovellanos estuvo tres veces: en 1791, en 1795 y en 1797⁵¹³. Jean François Peyron, en 1778, quien describe así La Puebla de Arganzón:

«A una legua de Miranda se pasa por Armiñón, un pueblo pequeño, y en seguida por la Puebla, villa rodeada de murallas; y es aquí donde se encuentra el hermoso camino que conduce a los Pirineos. Hay allí un convento de Franciscanos que, separados del mundo, viven en paz en medio de esta soledad, y un molino y grandes árboles en las orillas de un río pequeño, que forman un paisaje encantador. Se pasa por una venta aislada en esta región campestre, donde el aposento es tan agradable como la misma comida, sobre todo el pescado de agua dulce, condimentado a la usanza del país»⁵¹⁴.

Otra Torre de la Llanada es la de Mendoza; todavía sigue en pie. En ella tienen su origen todas las ramas del secular tronco que, enraizado en Alava desde tiempo inmemorial, aparece documentado ya desde el siglo XI para tomar definitivamente cuerpo a partir del XII con Don Lope de Mendoza. De este solar son oriundos Don Diego Hurtado de Mendoza, el Marques de Santillana, el Duque del Infantado, etc.⁵¹⁵.

«Después de comer marcharon primero a Mendoza. Estuvieron contemplando la aldea con su torreón gótico, cuadrado, lleno de hiedras que tapaban las paredes y las ventanas. Alrededor tenía su antigua muralla y más exteriormente sus fosos convertidos en prados. Los recorrieron. Apareció un charlatán campesino y después de decirles que de allí habían salido los Mendoza, familia que él consideraba muy ilustre en la historia, aunque no sabía lo que habían hecho...»⁵¹⁶.

Cerca de Mendoza, en la vecina aldea de Mártioda se levanta la torre de los Hurtado de Mendoza. Desfigurada por las edificaciones que la rodean, conserva no obstante restos de su foso y del puente, estrechas saeteras y huecos abiertos en sus muros. En Mártioda existe una curiosa creencia tradicional de carácter religioso que Baroja describe:

«En la parte alta de un cerro, no muy lejos de la iglesia, se levantaba una torre cuadrada y antigua, a la cual habían añadido hacía tiempo una construcción para vivienda. Alrededor de ésta corría una tapia con una puerta de madera un tanto desvencijada...

La iglesia del pueblo era gótica, con el techo con unas nervaduras terminadas en claves. Pasaron la iglesia y entraron en la capilla. Había enfrente de la puerta una ventana; a un lado un armario con cajones y al otro un altar con relicarios con piedras y cruces. Sobre el armario de sacristía para guardar las vestiduras se veían un estan-

(512) Baroja, Cura, pp. 190-191.

(513) Santoyo, p. 197.

(514) Jean François Peyron, op. cit. Vid. Santoyo, p. 159.

(515) Portilla, p. 84.

(516) Baroja, Cura, p. 186.

te único con un cristal y dentro doce calaveras tapadas en parte por antifaces de tela con las iniciales: J.H.S. en unos, y en otros H.R.A. Estos cráneos tenían alrededor nimbos de paño bordado.

En el altar de los relicarios había unas calaveras que parecía de niños escrofulosos, con las frentes abultadas...

Según la tradición son unos mártires de una legión tebana que fue sacrificada, y estas calaveras dicen que las trajeron de Barcelona»⁵¹⁷.

Otro aspecto a destacar es la influencia que la Iglesia ha tenido en toda esta región. Baste señalar, como ejemplo, la conmoción que causó en 1522 la elección como Papa de Adriano VI, que se encontraba en Vitoria en aquel momento. Blas Ortiz describe la solemnidad con detalle:

«Llegó finalmente el día de la alegría. Fue en las nonas de febrero (día 5) en que un cierto noble español llamado Astudillo, gentilhombre del señor cardenal Carvajal del título de Santa Cruz, trajo de Roma el Breve de la sagrada elección. Este mensajero, con impaciencia esperado no pudo atravesar los montes de prisa, a causa de la gran cantidad de nieve que había caído, cual no se había conocido muchos años atrás. A la llegada de éste aquella ciudad mercedamente llamada Victoria se llenó de alegría y con ella la provincia entera y después de algunos días gran parte de España. De todas partes acudía la gente para ver a tan gran Pontífice y para besar sus pies. De día en día aumentaba el número de personas que acudía a la ciudad y la multitud semejaba un enjambre de abejas que se encaminara a su colmena. Unos corrían para recibir la bendición, otros para admirar aquel nuevo espectáculo y otros para sus intereses particulares... el Pontífice había cambiado de alojamiento. En un principio habitaba en casa de Juan de Bilbao, y después eligió habitación en el convento de San Francisco, donde permaneció el resto del tiempo hasta su partida. Era tan grande de la afluencia de gente que cada vez se puso más rigurosa la entrada para ver al Papa y para evitar la confusión... ¡Oh feliz Victoria, esclarecida por este gran Vicario de Cristo y (por así decirlo) llena de generosidad y de bondad! Con razón puedes mostrarte orgullosa y gozar de ser la capital de la provincia de Alava»⁵¹⁸.

También Pamplona participa del «carácter levítico de los pueblos españoles con curas y beatas», según Baroja, a principios de siglo:

«Las campanas de San Saturnino contestaban a las de la catedral, las de San Nicolás a las de San Saturnino, las de San Lorenzo a las de San Nicolás. Las unas hacían ese tan, tan, triste, pesado y agobiador; las otras el tilín, talán, tan clásico de las dos campanas echadas a vuelo, que tan bien indican el carácter levítico de los pueblos con curas y con beatas; no faltaba el tin, tin agudo del esquilón del convento de monja»⁵¹⁹.

No reaccionaron igual los pamploneses de finales del siglo XVI, cuando pusieron inconvenientes a la instalación de una comunidad de jesuitas en su ciudad. Santa Teresa, en carta dirigida a D.^a María Enriquez de Toledo se queja de esta resistencia, pidiendo el favor de esta señora:

(517) Baroja, Cura. pp. 187-188.

(518) Blas Ortiz, *Itinerarium Adriani Sexti ab Hispania*, Toledo, 1546. Vid. Santoyo, pp. 36-37.

(519) Baroja, Las figuras de cera, IV, p. 245.

«Una merced me ha de hacer ahora vuestra excelencia en todo caso —porque me importa que se entienda el favor que vuestra excelencia me hace en todo— y es que en Pamplona de Navarra se ha fundado ahora una casa de la Compañía de Jesús y entró muy en paz. Después se ha levantado tan grande persecución contra ellos que los quiere echar del lugar. Hanse amparado del condestable y su señoría los ha hablado muy bien y hecho mucha merced. Dicen los del pueblo que lo que ellos gastaren ternán menos...»⁵²⁰.

Sin embargo, en Navarra existe el segundo gran santuario jesuita después del de Loyola. Se trata del castillo de Javier (Xabier), cuna de San Francisco, patrón de la provincia. Escribió **Afectos amorosos para con Dios**, y varios autores —entre ellos Caramuel, en **Conceptus Evangelicile** han atribuido el célebre soneto religioso «No me mueve, Señor, para quererte»⁵²¹.

«Es evidente que San Ignacio y Javier, los fundadores vascos de la Compañía de Jesús, eran, entre sus compañeros los más exaltados e inspirados. Voltaire encuentra en Loyola los rasgos de un caballero andante. Loyola es un don Quijote que realiza sus sueños. Siguiendo su marcha de exaltación, de astucia, según Voltaire, se acaba en la horca o en los altares. Lo que Loyola o Javier pudiesen tener de vascos era seguramente el ímpetu fisiológico de una raza europea con capacidad natural, encerrada en un rincón del mundo con un idioma milenario, impenetrable a la cultura. Las ideas de los dos fundadores eran las ideas del tiempo en el mundo católico»⁵²².

Cerca está Sangüesa (Zangoza), hito importante del Camino de Santiago procedente de Somport⁵²³. Allí nació, en 1570, Antonio de Eslava autor de **Noches de invierno** y de una obra caballerescas⁵²⁴. A poca distancia se encuentra el monasterio benedictino de San Salvador de Leyre; más al sur, junto a Carcastillo, la abadía cisterciense de Ntra. Sra. de La Oliva. Estamos en las llanuras ribereñas.

La llanura ribereña está constituida por un territorio que empieza en las estribaciones meridionales de la sierra de Toloño, en las Conchas de Haro, haciéndose progresivamente más plana y ancha hasta abarcar la parte baja de las cuencas de los grandes ríos navarros y la totalidad de algunos riachuelos directamente tributarios del Ebro. La ribera pasa por encima de Artajona y sigue por el norte de Tafalla, bordeando Ujué (Usua) y Sangüesa⁵²⁵.

La Ribera por antonomasia es la que tiene por centro Tudela. Este concepto comarcal puede extenderse también a toda esa zona que sube por Azagra, San Adrián, Lodosa, etc., y que participa de las características de lo navarro-riojano. Podría calificarse de sub-ribera la zona nordeste hasta Cáseda, Sangüesa y Lumbier (Irunberri). Tiene zonas ubérrimas de regadío y extensiones de olivo y cereales. También hay cría intensiva y extensiva de ganado, gran industria conservera y nuevas instalaciones agropecuarias y de productos diversos, ajenos a la industria tradicional⁵²⁶.

Hacia el Sur, desde la desembocadura del Aragón, en Milagro, aparece una nueva zona esteparia y desértica. Son las Bardenas, delimitadas por Tudela (Tutera), Tafalla y por la pro-

(520) Teresa, pp. 1008-1009.

(521) Corella, p. 129.

(522) Baroja. *Vitrina pintoresca*, V, pp. 738-739

(523) Burgo, p. 111.

(524) Corella, p. 125

(525) Sollube, I, pp. 24-25.

(526) Sollube, II, p. 32.

vincia de Aragón. Antiguamente fue utilizada para pastos y aprovechamientos forestales; poco a poco se han ido roturando algunos trozos⁵²⁷.

«Son más de cuatrocientos kilómetros cuadrados de terreno inculto en su casi totalidad, y un viajero francés que las visitó en el siglo pasado las llamó «horribles soledades». Imaginaba que España, después de ocho siglos de luchas por la Reconquista, había arrebatado a los árabes este rincón del desierto del Atlas. La Tebaida, lugar de retiro de los eremitas del tiempo de San Antonio anacoreta, era un lugar paradisiaco si se le comparaba con esta espantosa desolación baldía... Para algunos, las Bardenas carecen absolutamente de belleza. Cenac Moncaut escribía que para reproducir su paisaje bastaba con diluir polvo o ceniza en una cubeta, mojar en ella una escoba y fregar después el lienzo»⁵²⁸.

«La Ribera requiere perspectiva. Pero hay que mirarla de frente, sin titubeos ni vacilaciones, con los ojos muy abiertos, sin eludir el asombro ni el pasmo. Hay que sumergirse en ella sin reservas mentales, dejarse ganar por el ambiente, admirar a sus hombres laboriosos y alegres, a sus mujeres vivas de genio y porte de sultanas... Tierra de jotas que cantan con sencillez a la naturaleza, al trabajo, al amor:

Soñé que el fuego se helaba,
soñé que la nieve ardía,
soñé cosas imposibles,
soñé que tú me querías»⁵²⁹.

Baroja no es de la misma opinión; en varias de sus obras hace alusión a la jota navarra de un modo despectivo: la encuentra como una cosa petulante⁵³⁰. Tampoco siente excesiva simpatía por los ribereños. Esos valores humanos tan apreciados (nobleza, sencillez, bondad, etc.), que se les ha reconocido con derecho, quedan, por diversas causas, ocultos a los ojos de este escritor:

«Únicamente estos ribereños se humanizaban hablando del vino, por el cual tenían una verdadera adoración... En toda la ribera de Navarra, la agresividad es una costumbre... uno de los rasgos simpáticos que encontré en estos navarros, rasgo que quizá es común a todos los pueblos un poco primitivos, fué el tener cierto desdén por el dinero»⁵³¹.

Describe Las Bardenas con brochazos breves, certeros y veraces, aunque tampoco en el paisaje encuentra ningún valor positivo, ni digno de admirar:

«El sol iluminaba el campo desolado y desierto, cuando la partida se puso en marcha... Caminamos durante un par de horas hasta llegar a las Bardenas. El sitio era solitario y pobre, de una monotonía, de una tristeza y de una fealdad desagradables, agudizada por el tiempo bochornoso. La tierra cenicienta, se extendía como un mar y delante se nos presentaban unas colinas roidas por las lluvias»⁵³².

En esta misma obra —**La ruta del aventurero**— nos cuenta un viaje que hizo por estas regiones hacia 1915⁵³³. Entre los lugares que cita están Olite (Herriberri), Caparros (Kaparroso),

(527) Sollube, II, p. 32.

(528) Burgo, p. 39.

(529) Burgo, pp. 36-37.

(530) Elizalde, p. 246.

(531) Baroja, La ruta del aventurero, III, p. 738.

(532) Baroja, La ruta del aventurero, III, p. 741.

(533) Elizalde, pp. 242-243.

Valtierra (Balterra), Tudela, etc. Sus opiniones sobre cada uno de ellos está en perfecta consonancia con las anteriores. Sin embargo, esta tierra tiene valores que nadie puede negar:

«Tierra en que se le dice al pan pan y al vino vino, y donde las cosas se hacen o no se hacen. Aquí no se ha renunciado nunca a las viejas costumbres y a los nobles anhelos. El reino, en lucha por la supervivencia, alienta vital en la Ribera. En las ásperas torres del cerco de Artajona, en los claustros monásticos de La Oliva y de Fitero, en los antiguos palacios de Cortes, Valtierra y Marcilla, en los áureos castillos de Olite y de Tafalla, en las acres serranías de Ujué, en Viana, airón del principado, y en Tudela, donde se refugió la senectud de Sancho el Fuerte y los mazoneros medievales labraron el asombro de la Puerta del Juicio»⁵³⁴

Tudela fue fundada por Amrús, a principios del siglo IX; durante mucho tiempo estuvo ligada a la frontera árabe. Tuvo reyes moros propios, y en el siglo IX, Aben-Hud, de la dinastía de los Omeyas, gobernaba el reino de Zaragoza. En 1119, el normando Rotrón, conde de Perche, conquistó la ciudad a los moros⁵³⁵.

La estancia de los moros en Tudela ha dejado testimonios ilustres en el mundo de la literatura, de la filosofía y de la cultura, en general:

«A la morería perteneció el poeta conocido por el sobrenombre de «El ciego de Tudela», y a la judería el incansable viajero Benjamín, Yehuda ha Leví y Abraham ibn Ezra»⁵³⁶.

También de Tudela fue el más famoso de los juglares navarros: Guillermo de Tudela, autor de una canción de la Cruzada contra los Albigenses⁵³⁷. En el Renacimiento, destaca la figura de Jerónimo de Arbolanche (1543-1572), que escribió una novela pastoril con fondo tradicional, titulada **Los nueve libros de los Havidas**⁵³⁸. También fue tudelano para algunos, Miguel Servet (1511-1553), quemado por hereje⁵³⁹.

En épocas posteriores tenemos, entre otros, los nombres de José Yanguas y Miranda (1782-1863), autor del importantísimo **Diccionario de antigüedades del Reino de Navarra**⁵⁴⁰, José María Iribarren (1906-1971) que ha escrito obras sobre las guerras carlistas (**Espoz y Mina**), sobre temas del país (**Vocabulario Navarro, Batiburrillo navarro, Navarrerías**)⁵⁴¹, etc.

Aunque nacido en Zaragoza, un personaje que por su vida y su familia estuvo enraizado a este lugar es Julio Cejador y Frauca, historiador y filólogo, a quien Baroja conoció⁵⁴².

Don Pío describe así Tudela:

«A pesar de ser la mayoría de las casas de ladrillo, eran hermosas; algunas verdaderos palacios con grandes puertas, balcones espaciados y una galería alta con arca-das en el segundo piso. Empotrados en la pared ostentaban escudos abultados y salientes de piedra blanca, y en las ventanas se veían orlas esculpidas con los primeros del Renacimiento incrustadas en el ladrillo»⁵⁴³.

(534) Burgo, p. 37.

(535) Burgo, p. 128.

(536) Burgo, p. 130.

(537) Corella, p. 59.

(538) Corella, p. 118.

(539) Corella, p. 107.

(540) Corella, p. 182.

(541) Corella, p. 217.

(542) Elizalde, p. 221.

(543) Baroja, La ruta del aventurero, III, p. 743.

La impresión que le causó Tafalla fue más negativa:

«Es una ciudad colocada en una enorme llanura. Tiene trigales y huertas. Este pueblo se me figuró una granja, colocada en tierras de labor... La gente me pareció agresiva y malhumorada»⁵⁴⁴.

La leyenda atribuye la fundación de este lugar a Túbal, de quien dice la tradición que fue el primer poblador de la Península. La historia nos aclara que al principio fue un castillo en el cerro de Santa Lucía; después, unas casas en la vega; luego, el testimonio de su presencia, en 1034, en su lucha contra el hijo de Sancho el Mayor, el infante Ramiro, que se alía con los moros de Zaragoza, Huesca y Tudela, para acometer el reino de su hermano mayor. También participan los tafalleses con Sancho el Fuerte en las Navas de Tolosa. Es famosa la romería anual que se hace a Nuestra Señora de Ujué⁵⁴⁵.

Baroja cuenta su experiencia en Tafalla, camino de Pamplona:

«Del viaje de Madrid a Pamplona recuerdo que, al llegar a Tafalla, el tren sufrió un pequeño accidente y obligó a los viajeros a permanecer en el pueblo durante horas»⁵⁴⁶.

«Fuimos a una fonda de la plaza, donde nos prepararon una comida abundante. Para nosotros tuvo mucho aliciente el retraso, que nos permitió jugar en un caserón grande, que recorrimos de arriba abajo. En los descansillos de la escalera había tinajas y toda clase de cacharros llenos de un vino negro, espeso y dulce»⁵⁴⁷.

También Tafalla aparece en otra de sus obras, **Silvestre Paradox**⁵⁴⁸. En esta misma localidad nació —según la **Biographie Universelle** de Michaud—, hacia mediados del siglo XVI, Jean de Echeverri o Etcheverry, «el más famoso de los poetas vascos»⁵⁴⁹.

En el castillo de Tafalla y en su vecino —el de Olite— residió durante mucho tiempo Don Carlos, príncipe de Viana (1421-1461), que escribió **Crónica de Navarra, Respuesta rimada a Diego de Castro**, etc.⁵⁵⁰.

«Nada más majestuoso y amenazante que este esfuerzo de la arquitectura gótica, que se eleva a las más altas cimas de la sublime belleza antes de perecer. Olite —escribía Cenac Moncaut en 1854— no tiene que recurrir a los cuentos de hadas para atraer la atención hacia su castillo, cuya pátina rojiza y dorada por el sol de las centurias, contrasta con la blancura de los arabescos que manos moras dibujaron con primor»⁵⁵¹.

Toda esta región ha dado nombres de relevancia en el ámbito cultural. De Miranda de Arga (Argamiranda) era Bartolomé Carranza de Miranda (1503-1576), autor de los **Comentarios del Catecismo Cristiano** (Amberes, 1558), obra por la que fue involucrado en un proceso inquisitorial⁵⁵². De ello trata el autor vasco Elías Amézaga en **Auto de Fe en Valladolid**. De Puente de Rada, Don Rodrigo Jiménez de Rada (1170-1247), «el primer historiador antes de

(544) Baroja, La ruta del aventurero, III, p. 738.

(545) Burgo, pp. 119-120.

(546) Baroja, Memorias, VII, p. 542.

(547) Baroja, Memorias, VII, p. 542.

(548) Elizalde, pp. 236-237.

(549) Enciclopedia, Lit., I, p. 205.

(550) Corella, p. 86.

(551) Burgo, p. 122.

(552) Corella, p. 133.

Alfonso X el Sabio»; escribió **De Rebus Hispaniae, Historia Romanorum**, etc.⁵⁵³. En Lerín nació el célebre filólogo y crítico literario Amado Alonso (1896-1952); además de sus estudios sobre poesía y dialectología están sus trabajos sobre las consonantes de timbre sibilante en el dialecto baztanés, etc.⁵⁵⁴. De Cascante (Kaskante) era fray Pedro Malón de Chaide (Echaide) (h. 1530-1589), autor del **Libro de la conversión de la Magdalena**⁵⁵⁵.

«Feliz por el pan, el vino, la leche y los ganados»: así definía su paso por Navarra aquel inefable peregrino del siglo XII que se llama Aymeric Picaud... A buen seguro que aquí comió bien y bebió mejor»⁵⁵⁶.

Efectivamente, el País Vasco ha gozado y goza de fama merecida en el orden gastronómico. Por ello existe una gran afición, tanto en las grandes ciudades como en los núcleos de menor extensión:

«En el pequeño microcosmo de Arnazábal, cerca de Pamplona, casi todos podían entrar en el grupo de los grandes comedores y bebedores. Sólo con las aventuras estomacales del barbero, se podía formar un tomo»⁵⁵⁷.

En las fiestas de los pueblos es donde, quizá, se puede apreciar mejor este aspecto por la variedad, calidad y cantidad de los manjares que, con este motivo, se preparan:

«El pueblo celebraba sus fiestas, que en Navarra se llaman «mecetas» y la gente comía constantemente desde las nueve de la mañana hasta las diez de la noche sin parar. El desayuno se mezclaba con el segundo desayuno de las once; este con la comida, la comida con la merienda, y la merienda con la cena»⁵⁵⁸.

Baroja se refiere, concretamente, a las fiestas de Larumbe, pueblo cercano a Pamplona, resaltando exageradamente esta costumbre, que puede sorprender al que no se encuentra vinculado a la población en fechas tan señaladas. También escribe sobre las fiestas de Huarte- y de Pamplona —«los sanfermines»— como después haría Hemingway, a quien se ha levantado un monumento en la capital navarra. La impresión de aquél es negativa:

«Una de las cosas que me parecieron más ridículas fueron las fiestas de Pamplona. En Pamplona había una mezcla de brutalidad y de refinamiento verdaderamente absurda. Durante unos días se iba a las corridas, y, después de anochecer, se recibía con luces de bengala a Sarasate»⁵⁵⁹.

«Durante el día la gente no acudía mucho a la feria. Si iban, era más bien a los puestos de juguetes y baratijas y algunos a la matropea o feria de ganados. Pero cuando oscurecía y se cerraban las puertas de la ciudad, comenzaba la animación. Las luces de las barracas se encendían, sonaban las campanillas, el tambor, el bombo y el cornetín y el pistón...»⁵⁶⁰.

Pamplona se encuentra en la región del Arga: el conjunto de valles y cendeas, cuyo centro de asiento es lo que se llama Cuenca de Pamplona. En tiempos no muy lejanos se le

(553) Corella, p. 64.

(554) Enciclopedia, Dic., I, p. 514.

(555) Alborg, I, pp. 892-893.

(556) Burgo, p. 137.

(557) Baroja, La sensualidad pervertida, II, p. 854

(558) Baroja, Juventud, egolatría, V, p. 195.

(559) Baroja, Memorias, VII, pp. 542-543.

(560) Baroja, Juventud, egolatría, V, p. 195.

(561) Baroja, Las figuras de cera, IV, p. 248.

conocía por el nombre de Iruñerri. La capital navarra, la Iruña nativa, se emplaza en una amplia meseta sobre el río Arga, en medio de un circo de montañas⁵⁶²:

«Los montes de la cuenca pamplonesa, el Perdón y el Ezcaba, el Servil y la higa de Monreal, San Cristóbal y las sillas de Pilato, aparecen azules en el cielo inflamado»⁵⁶³.

Pamplona es una ciudad cargada de historia. Por ella han pasado romanos, godos y sarracenos. La parte principal estaba habitada por navarros, y se llamaba Navarrería. Sólo ésta se titulaba ciudad, a diferencia del resto de la población donde estaban los burgos medievales. La distinción entre navarros y francos se mantiene hasta 1423, año en que Carlos III el Noble pacifica la ciudad otorgando a los vecinos el Privilegio de la Unión, formando un solo ayuntamiento y demoliendo las murallas interiores%.

Como consecuencia de las guerras carlistas, Pamplona ha vivido en el pasado —según Baroja—, hasta hace bien poco tiempo. Hemos visto cómo por la noche se cerraban las puertas de la ciudad; en **La sensualidad perversa** —donde aparece esta ciudad con el nombre de Villazar⁵⁶⁴ (zar = viejo, a)— atribuye este ambiente al gran peso e influencia que en la ciudad ejercía la Iglesia y el Ejército:

«En Villazar los curas y los militares tenían una absoluta preponderancia. Los curas tenían también una gran influencia e intervenían en todos los actos de la vida de Villazar. Pero a pesar de que parecía que el pueblo les seguía ciegamente, no había tal cosa. Lo que ocurría es que los paisanos villazarenses sentían en el fondo como los curas».

«En los pueblos de guarnición, como Villazar, los militares son los amos. Tienen unos supuestos tácticos, unas líneas de defensa, que a ellos les parecen muy serias y a los demás un poco absurdas... Los militares de Villazar eran orgullosos y petulantes. Se creían los dueños de la ciudad; para ellos debía serlo todo, y oficiales, sargentos y soldados inundaban el pueblo con su presencia»⁵⁶⁵.

Santa Teresa hace alusión en varias ocasiones a su deseo de fundar en Pamplona; el mayor inconveniente que la reformadora ve para su propósito es que el convento —estamos en el siglo XVI—, estaría «lejos de todas estotras casas»⁵⁶⁷.

La descripción que hace Baroja de una ejecución que presencia resulta interesante y sobrecogedora, a la vez que ilustra sobre un aspecto de la ciudad a finales del siglo XIX:

«Una de las impresiones más grandes que recibí en Pamplona, nos cuenta (Baroja), fue la de ver pasar por delante de mi casa a un reo de muerte, a quien llevaban a ejecutar a la Vuelta del Castillo. El reo se llamaba Toribio Eguía, y había matado a un cura y a su sobrina, en Aoiz. Iba el reo en un carro, vestido con una ropa amarilla con manchas rojas y un gorro redondo en la cabeza. Marchaba abrazado por varios curas, uno de los cuales le presentaba la cruz; el carro iba entre varias filas de disciplinantes con sus cirios amarillos en las manos. Cantaban éstos resposos, mientras el verdugo caminaba a pie, detrás del carro, y tocaban a muerto las campanas de todas las iglesias de la ciudad.

(562) Sollube, I, pp. 27-28.

(563) Baroja, *Las figuras de cera*, IV, p. 244.

(564) *Burgo*, pp. 142-143.

(565) Elizalde, p. 209.

(566) Baroja, *La sensualidad perversa*, V, pp. 863-864.

(567) Teresa, *Carta* 441, 6, p. 1.122.

Luego por la tarde, lleno de curiosidad, sabiendo que el agarrotado estaba todavía en el patíbulo, fui solo a verle y estuve cerca, contemplándole. Parecía un fantasma horroroso, vestido de negro y manchado de sangre. Tenía las alpargatas sin meter en los pies. Al volver a casa no pude dormir por la impresión y el recuerdo me duró largo tiempo...»⁵⁶⁸.

En el siglo XIX Estébanez Calderón contó a La Rochapea entre los barrios castizos de España⁵⁶⁹. En los jardines de La Taconera se levanta un sencillo monumento a Juan Huarte de San Juan. El autor del **Examen de Ingenios** nació en San Juan de Pie de Puerto, hacia 1529; sus padres emigraron a Baeza, donde hizo sus estudios⁵⁷⁰. Con ocasión del descubrimiento de dicho monumento (el 15 de octubre de 1933), pronunció una conferencia el doctor Marañón en el salón del Ateneo⁵⁷¹.

El Ateneo Navarro se fundó en Pamplona en 1933, patrocinado por el Consejo y Comisión Permanente de Cultura de Navarra. Su primer presidente fue Don Victoriano Juaristi. Su local propio lo tendrán en la Plaza del Castillo. Allí se instaló la revista mensual ilustrada «Cultura Navarra», que se publicó de julio a diciembre de 1933 y en la que colaboraron Pío Baroja y Gregorio Marañón, entre otros. El Ateneo Navarro organizó conferencias, exposiciones y actos culturales⁵⁷².

En 1881, Baroja fue a vivir a la capital navarra:

«En 1881 de Madrid marchamos a Pamplona»⁵⁷³.

Fue a vivir a una casa de la calle Nueva, que «era trístísima y no pasaba un alma, quitando las horas de la mañana»⁵⁷⁴:

«La casa en que fuimos a vivir era espaciosa, con cuartos un poco irregulares y escaleras para pasar de uno a otro. Tenía balcones anchos a la calle. Por la parte de atrás daba a un patio, en el cual había siempre dos o tres carros, que transportaban trigo, desde los pueblos a un almacén de la planta baja, que era del señor Irisarri»⁵⁷⁵.

Estudió un año en el colegio de Huarte y posteriormente pasó al Instituto:

«Nos llevaron, en seguida, a los chicos al colegio de Huarte, que estaba en San Agustín. Este colegio tenía un corredor muy largo a la entrada, y a la puerta, un zapatero remendón»⁵⁷⁶.

«Yo estuve un año en el colegio; luego me hice independiente, y estudié o no estudié; pero cursé el bachillerato en plena libertad»⁵⁷⁷.

«Me sentía muy abandonado, muy desvalido. Cuando iba al Instituto, donde al principio no conocía a nadie, me parecía notar en los demás chicos cierta agresividad. Quizá, a fuerza de timidez, hubiera sido capaz de hacer alguna barbaridad»⁵⁷⁸.

(568) Baroja, Memorias, VII, pp. 550-551.

(569) Anselmo, p. 42.

(570) Alborg, I, pp. 1.012-1.014.

(571) Enciclopedia, Dic., III, p. 213.

(572) Enciclopedia, Dic., III, p. 213.

(573) Baroja, Memorias, VII, p. 541.

(574) Baroja, Memorias, VII, p. 544.

(575) Baroja, Memorias, VII, p. 544.

(576) Baroja, Memorias, VII, p. 544.

(577) Baroja, Memorias, VII, p. 545.

(578) Baroja, Memorias, VII, p. 560.

Es, pues, lógico que la capital navarra aparezca en varias de sus obras: **Silvestre Paradox**, **La sensualidad pervertida**, **Juventud**, **egolatría**, **Las figuras de cera**, **Memorias**, **La ruta del aventurero**, etc. Allí conoció al célebre poeta José Zorrilla⁵⁷⁹.

En su obra se refiere a abundantes lugares concretos y acontecimientos que caracterizan o han caracterizado a la ciudad: la Plaza del Castillo, San Cernín, la Mañueta, el teatro Gayarre, la Vuelta del Castillo, La Taconera, la Catedral, las murallas, el Paseo de Valencia, la Puerta Nueva y la de San Nicolás, la calle de Curia, y la Estafeta, las fiestas de San Fermín, etc.

Junto a la antigua Pamplona se levanta una nueva ciudad, que ha sabido y sabe conservar la rica tradición que ha heredado:

«... la venerable antigüedad de Pamplona en nada se contradice con la moderna urbanización de sus grandes avenidas, la de Carlos el Noble, la de San Ignacio, la de Roncesvalles, y sus geométricos jardines y parques, como el de Taconera, el de la Media Luna... Las tortuosas callejuelas y pasajes de sus viejos Burgos medievales son el contrapunto de la Plaza del Castillo, y la visión unilateral de ambos extremos nos daría una perspectiva tópica. Y no es el tópico, sino la paradoja de la coexistencia de lo antiguo y lo moderno, del espíritu y el asfalto, de la esencia tradicional y del progreso futurista»⁵⁸⁰.

En Pamplona nació José de Moret (1615-1687), cuya obra principal fue **Anales del Reino de Navarra**⁵⁸¹. También Arturo Campión «el personaje de más talla que produce Navarra en todo el siglo XIX», según opinión de Corella⁵⁸². Escribió **Los orígenes del pueblo Euskaldun**, **El tamborilero de Erraondo**, **Consideraciones de la cuestión foral**, etc.⁵⁸³.

También la tierra navarra —de la que han tratado numerosos viajeros⁵⁸⁴— ha dado importantes músicos. Destacan en este sentido los nombres de Gaztambide, Arrieta, Eslava, Gorriti, Gayarre y Sarasate⁵⁸⁵.

«Estamos en la plaza del Castillo, sin castillo.

De las mesas del café Iruña llegan rumores de un seis doble ahorcado y palabras de transacción comercial, agrícola y ganadera. En los salones del casino, la modorra seesteante de los sin quehacer.

Bancos, bancos, bancos, unos para acumular dinero. Otros para sentarse a escuchar los conciertos de la entrañable banda de «La Pamplonesa».

Y bares, muchos bares, donde un día cualquiera puede Ernesto Hemingway renacer a la vida que truncó un pistoletazo.

O Emile Verhaeren volver a entusiasmar su estio poetico porque «Pampelune rime avec lune»⁵⁸⁶.

(579) Elizalde, p. 235.

(580) Burgo, p. 144.

(581) Corella, p. 146.

(582) Corella, p. 200.

(583) Corella, p. 200.

(584) De este aspecto se ha ocupado Jaime del Burgo en un libro sobre viajeros románticos, citado en la Bibliografía.

(585) Burgo, p. 78.

(586) Burgo, p. 149.

BIBLIOGRAFÍA

- ALBORG, Juan Luis, **Historia de la literatura española**, 2.^a ed., Madrid, Ed. Gredos, 1972 (en publicación), 3 vols., 25 cms.
- ALDECOA, Ignacio, **Gran Sol**, Barcelona, Ed. Noguer, 1957, 208 págs., 20 cms.
- AMEZAGA, Elías, **Auto de Fe en Valladolid**, Bilbao, Gráficas Ellacuría, 1966, 582 págs., 23,5 cms.
- ANSELMO DE LEGARDA, Fray, **Lo vizcaino en la literatura castellana**, San Sebastián, Biblioteca Vascongada de Amigos del País, 1953, 589 págs., 22,5 cms.
- AROCENA, Fausto, **Diccionario bio-geográfico vasco**, San Sebastián, Ed. Auñamendi, 1963, 215 págs., 21,5 cms. Col. Auñamendi, n.º 32.
- BAROJA, Pío, **La casa de Aizgorri**, Madrid, Ed. Caro-Raggio, 1972, 215 págs., 19 cms.
- BAROJA, Pío, **La leyenda de Jaun de Alzate**, Madrid, Ed. Caro-Raggio, 1972, 324 págs., 19 cms.
- BAROJA, Pío, **Locuras de Carnaval**, Madrid, Ed. Caro-Raggio, 1973, 268 págs., 19 cms.
- BAROJA, Pío, **El mayorazgo de Labraz**, Madrid, Ed. Caro-Raggio, 1972, 297 págs., 19 cms.
- BAROJA, Pío, **Obras Completas**, Madrid, Bibl. Nueva, 1946-1951, 8 vols., 22 cms.
- BAROJA, Pío, **El País Vasco**, Barcelona, Ediciones Destino, 1961, 2.^a ed., 519 págs., 21,5 cms.
- BAROJA, Pío, **La sensualidad pervertida**, Madrid, Ed. Caro-Raggio, 1975, 388 págs., 19 cms.
- BAROJA, Pío, **Vidas sombrías**, Madrid, Ed. Caro-Raggio, 1974, 368 págs., 19 cms.
- BAROJA, Pío, **Zalacaín el aventurero**, Madrid, Ed. Caro-Raggio, 1972, 260 págs., 19 cms.
- BECQUER, Gustavo Adolfo, **Obras Completas**, 11.^a ed., Madrid, Ed. Aguilar, 1964, 1.331 págs., 14 cms.
- BENITEZ CLAROS, Rafael, **La tierra vasca en la literatura**, Madrid, Publicaciones Españolas, 1961, 133 págs., 21,5 cms.
- BORROW, George, **La Biblia en España**, Introducción, notas y traducción de Manuel Azaña, Madrid, Ed. Alianza, 1970, 628 págs., 18 cms.
- BRETON DE LOS HERREROS, Manuel, **Obras**, Madrid, Imprenta de Miguel Ginesta, 1883-1884, 5 vols., 29 cms.
- BURGO, Jaime del, **Navarra**, Madrid-Barcelona, Ed. Alfaguara, 1972, 149 págs., 29 cms.
- BURGO, Jaime del, **Viajeros románticos**, Pamplona, Diputación Foral de Navarra, 1974, 30 págs., 32 cms.
- CALLE ITURRINO, Esteban, **Mi cancionero vasco**, Bilbao, La Editorial Vizcaina, 1971, 213 págs., 24 cms.
- CAMPS, José María, «El Edicto de Gracia» en **Primer Acto**, Madrid, 1974, n.º 174, págs. 12-48, 23,5 cms.
- CARO BAROJA, Julio, **Introducción a la historia social y económica del pueblo vasco**, San Sebastián, Ed. Txertoa, 1974, 124 págs., 20 cms.
- CASTRESANA, Luis de, **Obras selectas**, Bilbao, La Gran Enciclopedia Vasca, 1968-1971, 5 vols., 16,5 cms.
- CELAYA, Gabriel, **Canto en lo mío**, Madrid, Ed. Ciencia Nueva, 1968, 142 págs., 20 cms.
- CELAYA, Gabriel, **La higa de Arbigoiriga**, Madrid, Ed. Alberto Corazón, 1975, 92 págs., 20 cms., Col. Visor de poesía, vol. LVIII.

- CERVANTES, Miguel de, **El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha**, Madrid, Ed. Espasa-Calpe, 1967, 810 págs., 24 cms.
- CORELLA, José María, **Historia de la literatura navarra (Ensayo para una obra literaria del viejo Reino)**, Pamplona, Ediciones Pregon, 1973, 401 págs. 22 cms.
- COSSIO, José María de, **Rutas literarias de la Montaña**, Santander, Diputación Provincial, 1960, 527 págs. 25,5 cms.
- CRONICAS de los Reyes de Castilla**, Madrid, Ediciones Atlas, 1953, 744 págs., 27 cms., B.A.E., LXVIII, II.
- CUENTOS españoles del siglo XIX**, Madrid, Ed. Magisterio español, 1973, 311 págs., 18 cms.
- DONOSTY, José María, **San Sebastián y Guipuzcoa**, León, Ed. Everest, 1974, 179 págs., 18,5 cms.
- ELIZALDE, Ignacio, **Personajes y temas barojianos**, Deusto, Universidad, 1975, 279 págs., 23 cms., Publicaciones de la Universidad de Deusto, Facultad de Filosofía y Letras, vol. 4.
- ENCICLOPEDIA general ilustrada del País Vasco**, San Sebastián, Ed. Auñamendi, 1969 (en publicación), 14 vols., 28,5 cms. Contiene cuatro cuerpos: Diccionario, Literatura, Bibliografía y Juegos y Deportes Vascos.
- ERCILLA, Alonso de, **La Araucana**, Madrid, Edición de la R.A.E., Imprenta Nacional, 1866, 2 vols., 12 cms.
- FONTANES ARIÑO, Jacinto, **El mundo vasco en la obra de Luis de Castresana**, Bilbao, La Gran Enciclopedia Vasca, 1972, 72 págs., 16 cms.
- FRADEJAS LEBRERO, José, **Geografía Literaria de la provincia de Madrid**, Madrid, Instituto de Estudios Madrileños, 1958, XVI, 260 págs., 24,5 cms., C.S.I.C. Bibl. de Estudios Madrileños, vol. VI.
- GARCIA MERCADAL, José, **España vista por los extranjeros**, Madrid, Biblioteca Nueva, S.A., 3 vols., 19 cms.
- GARCILASO DE LA VEGA, **Poesías castellanas completas**, Ed. de Elías R. Rivers, 2.ª ed., Madrid, Ed. Castalia, 1972, 211 págs., 18 cms. Col. Clásicos Castalia, n.º 6.
- «GEOGRAFIA barojiana». en **Índice de Artes y Letras**, 1954, Madrid, núms. 70-71, págs. 2-3, 39 cms.
- GEOGRAFIA regional de España**, Dirigida por H. de Terán y L. Sole Sabaris. Con la colaboración de B. Barcelo, J. Bosque Maurel, etc. Barcelona, Ed. Ariel, 1968, 503 págs., 23,5 cms.
- GUIDE littéraire de la France**, París, Lib. Hachette, 1964, XXII + 836 págs., 15 cms., Bibl. des Guides Bleus.
- HUGO, Victor Marie, **Obras**. Traducción Edit. Lorenzana. Barcelona, Edit. Lorenzana, 1964, 3 vols. 17 cms.
- HUMBOLDT, Wilhelm Freicher von, Los vascos. **Apuntaciones sobre un viaje por el País Vasco en primavera del año 1801**. Traducción de Telesforo de Aranzadi, San Sebastián, Ed. Auñamendi Argitaletaria, 1975, 189 págs., 18 cms., Col. Auñamendi, n.º 103.
- IRIBARREN, José María, **Hemingway y los sanfermines**, Pamplona, Gómez, 1970, 215 págs., 20 cms.
- JOVELLANOS, Gaspar Melchor de, **Obras**. Colección hecha por Cándido Nocedal. Madrid, Imp. Hernando y C.º, 1898, 2 vols., 26 cms.
- KINDER, Hermann y Hilgemann, Werner, **Atlas histórico mundial**, 2.ª ed., Madrid, Ediciones Istmo, 1971, 2 vols., 18 cms., Col. Fundamentos, núms. 1 y 2.
- LABANDEIRA FERNANDEZ, Amancio, **Repertorios por lugar de nacimiento**, Madrid, Fundación Universitaria Española, Seminario «Menéndez Pelayo», 1975, 149 págs., 24 cms., Col. Bibl. Bibliogr. Hisp., dirigida por Pedro Sainz de Robles, vol. I.
- LAPESA, Rafael, **Historia de la lengua española**, 6.ª ed., Madrid, Ed. Escelicer, 1965, 421 págs., 19 cms.
- LARRA, Mariano José de, **Artículos**. Prólogo de Juan de Ontañón, México, Ed. Porrúa, 1968, XXIV + 463 págs., 22 cms.
- LARRAMENDI. Manuel de, **Corografía o descripción general de la muy noble y muy leal provincia de Guipuzcoa**, Edición de J. Ignacio Tellechea Idigoras, San Sebastián, Sociedad Guipuzcoana de Ediciones y Publicaciones, 1969, XXXV + 322 págs., 21 cms.
- LARRETA, Enrique, **Obras Completas**, 2.ª ed., Madrid, Ed. Plenitud, 1958, 1.369 págs., 22 cms.
- [LOPEZ DE MENDOZA, Iñigo] Marqués de Santillana, **Canciones y decires**. Edición de

- Vicente García de Diego, Madrid, Ed. Espasa-Calpe, 1968, XXXV + 244 págs., 19,5 cms. Col. Clás. Castellanos, n.º 18.
- MARQUES DE SANTILLANA, VID. LOPEZ DE MENDOZA, Iñigo.
- MARRODAN, Mario Angel, **Guía lírica de Vizcaya**, Prólogo de Luis de Castresana, Bilbao, Ed. La Gran Enciclopedia Vasca, 1974, 182 págs., 23 cms.
- MARTIN VIGIL, José Luis, **Obras Completas**. Prólogo de José María Roca Franquesa, Barcelona, Ed. Juventud, 1964, 3 vols., 18 cms.
- MENENDEZ PELAYO, Marcelino, **Historia de los heterodoxos españoles**, Edición de Enrique Sánchez Reyes, Madrid, C.S.I.C., 1963, 2.ª ed., 8 vols, 21,5 cms.
- MICHELENA, Luis, **Historia de la literatura vasca**, Madrid, Ed. Minotauro, 1960, 180 págs., 20 cms., Col. Biblioteca Vasca, vol. VII.
- MUGICA, Rafael, Vid. Celaya, Gabriel.
- NAVARRO GONZALEZ, Alberto, **El mar en la literatura medieval castellana**. La laguna, Universidad, 1962, 500 págs., 24 cms.
- NAVARRO VILLOSLADA, Francisco, **Obras Completas**, Madrid, Ediciones Fax, 1947, 1.664 págs., 16,5 cms.
- OTAZU Y LLANA, Alfonso de, **El «igualitarismo vasco»: mito y realidad**, San Sebastián, Ed. Txertoa, 1973, 454 págs., 20 cms.
- OTERO, Blas de, **Que trata de España**, París, Ruedo Ibérico, 1964, 199 págs., 21 cms.
- OTERO, Blas de, **Expresión y reunión (1941-1969)**, Madrid-Barcelona, Ed. Alfaguara, 1969, 311 págs., 21 cms.
- OTERO, Blas de, **Historias fingidas y verdaderas**, Madrid-Barcelona, Ed. Alfaguara, 1970, 236 págs., 20,5 cms.
- OTERO, Blas de, **Parler clair (en castellano)**, París, Ed. Pierre Seghers, 1959, 139 págs., 19 cms.
- OTERO, Blas de, **Pido la paz y la palabra**, Torrelavega, Ed. Cantalapiedra, 1955, 82 págs., 20,5 cms.
- PEREZ GALDOS, Benito, **Obras completas**. Edición de Federico Carlos Sainz de Robles, 11.ª ed., Madrid, Ed. Aguilar, 1968, 6 vols., 18 cms.
- PEREZ RIOJA, José Antonio, **Guía literaria de Soria**, Madrid, Patronato José María Quadrado, C.S.I. C., 1973, 306 págs., 225 cms.
- PINILLA, Ramiro, **Guía secreta de Vizcaya**, Madrid, Ed. Alborak, 1975, 410 págs., 21 cms.
- PORTILLA, Micaela Josefa, **Alava**. León, Ed. Everest, 1971, 156 págs., 18,5 cms.
- QUIEN es quién en las letras españolas**. Madrid, Instituto Nacional del Libro español, 1973, 546 págs., 24 cms.
- [RUIZ, Juan] Arcipreste de Hita, **Libro de Buen Amor**. Edición de Julio Cejador y Franca, 10.ª ed., Madrid, Ed. Espasa-Calpe, 1970, 2 vols., 19,5 cms., Col. Clásicos Castellanos, núms. 14 y 17.
- SAINZ DE ROBLES, Federico Carlos, **Creadores líricos vascos**, Bilbao, La Gran Enciclopedia Vasca, 1972, 215 págs., 24 cms.
- SALAVERRIA, José María, La **Virgen de Aranzazu**, Madrid, Compañía Ibero-Americana de publicaciones, 1931, 144 págs., 21,5 cms.
- S[ANCHEZ] GRANJEL, Luis, «Vasconia en la literatura barojiana», en **Índice de Artes y Letras**, Madrid, 1954, núms. 70-71, págs., 2, 3, 39 cms.
- SANCHEZ MAZAS, Rafael, **Apología de Bilbao**, Bilbao, Biblioteca Vascongada Villar, 1969, 277 págs., 16,5 cms., Col. Ibaizábal, n.º 7.
- SANTOYO, Julio César, **Viajeros por Alava**, (siglos XV a XVIII), Vitoria, Obra cultural de la Caja de Ahorros Municipal de Vitoria, 1972, 312 págs., 17,5 cms., Biblioteca alavesa «Luis de Ajuria», vol. 6.
- SESMERO PEREZ, Francisco, **Vizcaya**, León, Ed. Everest, 1969, 192 págs., 18,5 cms.
- SIMON DIAZ, José, **Bibliografía de la Literatura Hispánica**, Prólogo de Joaquín de Entrambasaguas, Madrid, Instituto Miguel de Cervantes., C.S.I.C., 1950, (en publicación), 10 vols., 24 cms.
- SIMON DIAZ, José, **Vida y Obras de Navarro Villoslada**, Madrid, R.B.N., VII, 1946, págs. 169-200.
- SOLLUBE, I. de, **Geografía del País Vasco**, San Sebastián, Ed. Auñamendi, 1969-1972, 3 vols., 18,3 cms.
- TELLEZ, Fray Gabriel, **Comedias escogidas**, Juntas en colección e ilustradas por Juan Eugenio Hartzenbusch, Madrid, Ed. Atlas, 1944, XLIV + 724 págs., 26,5 cms., B.A.E., vol. v.
- TERESA DE JESUS, **Obras completas**, Edición de Efrén de la Madre de Dios (O.C.D.) y

- Otger Steggink (o. carm.), 3.^ª ed., Madrid, Editorial Católica, 1972, XXXVII + 1.179 págs., 19 cms. B.A.C., vol. 212.
- TRUEBA, Antonio de, **Cuentos de color rosa flor**, Madrid, Imp. de m. Guijarro, 1875, 476 págs., 17,5 cms.
- TRUEBA, Antonio de, **El libro de los Cantares**, Madrid, Librería de Don Leocadio López, editor, 1864, 6.^ª ed., 237 págs., 12 cms.
- UNANUMO, Miguel de, **Obras Completas**, Ed. de M. García Blanco, Madrid, Ed. Escelicer, 1966-1971, 9 vols., 21,5 cms.
- VALDEON BARUQUE, Julio, **Los conflictos sociales en el reino de Castilla en los siglos XIV y XV**, Madrid, Ed. Siglo XXI, 1975, 219 págs., 20 cms.
- VALDES, Alfonso de, **Diálogo de Mercurio y Carón**, 5.^ª ed., Madrid, Ed. Espasa-Calpe, 1971, 246 págs., 19,5 cms., Col. Clásicos Castellanos, n.º 96.
- VALERA, Juan, **Obras Completas**. Con un estudio preliminar de Luis Araujo Costa, 2.^ª ed. Madrid, Ed. Aguilar, 1942, 2 vols.
- ZUNZUNEGUI, Juan Antonio de, **El adiós a una mina de hierro y otros apuntes y esbozos de mi país**. Prólogo Gregorio San Juan, Bilbao, La Gran Enciclopedia Vasca, 1975, 316 págs., 23 cms.

REPERTORIOS POR LUGAR DE NACIMIENTO (*)

- ARRESE, José Luis de, **Colección de biografías corellanas**. (En Obras seleccionadas. Madrid, Editora Nacional, 1970, Tomo II, págs. 1.243-1.719, 21,5 cms.).
- BELAUSTEGUI E ITURBE, Ignacio, **Noticia histórica de la Villa de Zumárraga con la biografía de sus hijos ilustres**, Tolosa, Imprenta, Librería y Encuadernación de E. López, 1900, 87 págs., 22 cms.
- BOSQUEJO de las biografías de los ilustres hombres vergareses cuyos retratos figuran en el Salón consistorial de esta villa de Vergara**. (En *Euskal-Erria*, LIII, San Sebastián, 1905, págs. 1-12). Tirada aparte: Imp. J.F. López, 1905, 27 págs., 19 cms.
- DIAZ DE ARCAYA, Manuel, **Dos poetas alaveses del siglo XIV. Siluetas biográfico-literarias de los ilustres proceres D. Pero González de Mendoza y D. Pero Bélez de Guebara**, Vitoria, Imprenta Provincial de Alava, 1901, 4.^º
- ENSAYO de una colección de memorias de hombres célebres y sujetos notables en virtud y doctrina, naturales de Guipuzcoa**, Florencia, Imprenta de la Purísima Concepción de Rafael Ricci, 1876, VII + 216 págs., 8.^º
- FUENTE, Julio de la, **Catálogo, por orden alfabético de escritores vizcaínos antiguos y modernos, de que tengo noticia, así como los que han publicado sus obras como de aquellos cuyas producciones permanecen inéditas**, Bilbao, Juan E. Delmas, 1871, 106 págs., 20 cms.
- GARMENDIA, Pedro de, **Índice por orden alfabético de escritores vizcaínos antiguos y modernos**. (En *La Obra de Pedro de Garmendia*, Bilbao, Junta de Cultura de Vizcaya, La Edit. Vizcaína, 1950, págs. 107-128).
- GIL Y BARDAJÍ, Paulino, **Memoria acerca de los hombres célebres de Navarra, desde la antigüedad hasta nuestros días**, Pamplona, Provincial, 1882, 103 págs., 8.^º
- G[ONZALEZ] DE ECHEVARRI, Vicente, **Alaveses ilustres**, Vitoria, Edición especial acordada por la Excelentísima Diputación de Alava, Vitoria, Imprenta Provincial, 1900-1906, VI. vols., 4.^º
- LANDAZURI Y ROMARATE, Joaquín Joseph de, **Los varones ilustres alaveses, y los fueros, exenciones, franquezas de que siempre ha gozado la M.N. y M.L. provincia de Alava, deducido de documentos auténticos y autores originales**, Vitoria, Baltasar Mantelí, 1799, XX + 246 + XII págs., + 1 h., 21 cms.
- LANDAZURI Y ROMARATE, Joaquín Joseph de, **Los varones ilustres alaveses, y los fueros, exenciones, franquezas de que siempre ha gozado la M.N. y M.L. provincia de Alava, deducido de documentos auténticos y autores originales**, Vitoria, Baltasar Mantelí, 1799, XX + 246 + XII págs., + 1 h., 21 cms.

(*) En Labandeira, pp. 63, 98, 94, 47, 69, 95, 96, 43, 47, 46, 69, 70, 53, 46, 43, 53, 68, 69.

- LOPEZ-ALEN, Francisco, **Iconografía biográfica de Guipuzcoa. Galería de retratos de guipuzcoanos distinguidos, coleccionados, dibujados a pluma y expuestos con una relación compendiada de los hechos más culminantes de cada figura**, San Sebastián, Imprenta de J. Baroja e Hijo, 1898, IX + 333 págs. + 1 h. Con retratos, 4.º mayor.
- LOYARTE, Adrián de, **Donostiaras del siglo XIX**, San Sebastián, Librería Editorial Baroja, 1913, VII h. + 522 págs., 22 cms. (Dedicación autógrafa). (Tomo I, único publicado).
- PEREZ GOYENA, Antonio, **El valle de Baztán, Colección bio-bibliográfica**. Pamplona, Gómez [1957], 187 págs. 19 cms.
- RODRIGUEZ-FERRER, Miguel, **Los vascongados, su país, su lengua y el Príncipe L. L. Bonaparte. Con notas, ilustraciones y comprobantes sobre sus antigüedades, sus principales nombres históricos, su literatura euskara, su bibliografía vasca, sus artistas y obras de arte, su música, sus danzas, sus supersticiones, su organización social antigua y moderna, condición de sus respectivas clases, sus fueros, carácter que estos presentan y perturbación de sus partidos actuales con el influjo que tuvo este país en enuestras conquistas y descubrimientos ultramarinos**, Madrid, Imprenta de J. Noguera, 1873, LIX + 348 págs. + 1 h., 4.º.
- SORALUCE Y ZUBIZARRETA, Nicolás de, **Más biografías y catálogo de obras vasco-navarras**. Vitoria, 1871, 42 págs. + 2 h., 21,5 cms.
- SORALUCE Y ZUBIZARRETA, Nicolás de, **Historia general de Guipúzcoa**, Madrid, Carlos Builly-Bailliere, 1870, 2 vols., 21 cms.
- VILLAVASO, Camilo de, **Bilbaínos ilustres**, (En **Euskal-Erria**, II, San Sebastián, 1898, págs. 199-203; IV, 1900, págs. 150-156 y 247-254).